

---

## LOS CABELLOS DE ORO.

EPISODIOS DE UNA VIDA ERRANTE.

---



Tenia yo 17 años y volvía de un viajecito por el norte de Alemania. Me era preciso apresurar mi vuelta si quería llegar á Praga para la apertura de los cursos de la Universidad. En una agradable tarde del mes de Setiembre subía yo á un pesado coche amarillo al que estaban enganchados dos miserables pencos, cuya parada era el patio del hotel de Polonia, en Leipzig, y que debía, mediante una pequeñísima cuota, trasladarme á Dresden. No había en esta época más que un trozo del camino de hierro que une á estas dos poblaciones, y este trozo, considerado como una maravilla, no servía sino para trenes de recreo.

Un monton enorme de baules y bultos me hizo adivinar en seguida que algunas faldas iban á ocupar el interior del amarillo vehículo; ¿pero qué clase de sociedad sería esa? La conversacion que se entabló desde el momento que entré en el coche me lo reveló.

Una mujer que ocupaba ella sola todo el fondo y obstruía parte de la portezuela, empezó sonriéndose con bondad:

—Debo pedir á mis compañeros de viaje que me perdonen si les usurpo el sitio á causa de mis proporciones excepcionales y con las cuales inevitablemente molesto.....

Una larga y flaca aparición de jóven, sentada cerca de mí, frente por frente de la señora gorda y cuya cabeza tocaba con el techo del coche y que no ocupaba por completo su asiento, tomó la palabra dirigiéndose á mí:

—Lo que hace perder mi madre lo recompensó yo, puesto que apenas ocupó la mitad del sitio que pago.

Lo que decia era muy cierto; miraba yo á estas dos personas de aspecto tan diferente y que hablaban sin cumplido, siendo las primeras á reirse de su figura como lo hubiesen hecho con un antiguo amigo; tan sorprendido estaba, que no me fijé al pronto en un tercer sér femenino, que acurrucada en el otro ángulo del coche al lado de la señora gorda, parecia una violeta cerca de una tuberosa. La violeta me miraba con sus hermosos ojos azules, y en ellos se veia la firme conviccion de que su presencia no tenia necesidad de excusas.

Y tenia mucha razon; esta violeta se llamaba Otilia. Yo estaba sentado en frente de ella, y era tan bonita que ¡pobre estudiante! no sabia ya qué hacer de mis ojos y rodillas. En mi confusion trataba de buscar algun rinconcito para colocar mi pequeño equipaje; todo estaba lleno, y forzoso me fué tenerlo encima de mí lo mejor que pude. De pronto hizo Otilia un imperceptible movimiento y se encontró al lado de mi saco de viaje una inmensa cesta de provisiones que tenia ella en sus manos. Indignado de esta franqueza, alcé los ojos para mirar á mi vecina; pero la mirada que encontró la mia fué tan amable, tan viva, tan picaresca, que involuntariamente fuí á coger el saco gigantesco que ella tenia sobre sus rodillas para añadirlas al monton que habia sobre las mias.

—¡Pero Otilia! exclamó la señora gorda.

—¡Pero Otilia! repitió la hija.

—¿Tia mia? ¿Crescentia? contestó Otilia, como si no comprendiese el reproche de las otras.

—Permitidme, os lo ruego—dije inclinándome hácia la tia y su hija;—no me molesta nada.

Despues de lo cual nuestro coche amarillo se puso en marcha. Apenas habiamos dejado detrás á Leipzig, cuando la tia, cuyos movimientos estremecian el coche y provocaban una nueva reflexion de Otilia, me cogió la cesta de provisiones, sacó una botella y carne fiambre que repartió. Crescentia comió con toda finura con la punta de los dedos. Su aspecto era el de una jóven divinamente educada y que piensa ser institutriz; hablaba un aleman muy escogido y se mantenia muy derecha. Otilia, por el contrario, replegada sobre sí misma, cuando la tia empezó á hacer las partes se puso á re-

volver, á buscar, á tirar á un lado lo que no le gustaba hasta que encontró un buen pedazo que tomó y me ofreció sin ceremonia.

—Tomadlo—dijo la tia, y Otilia me miró de un modo tan imperioso que me fué forzoso aceptar.

—Ya veis, apreciable señor—continuó la tia,—que yo no viajo nunca sin provisiones. Nadie sabe lo que puede suceder; puede uno pisar una yerba del hambre (1); luego es más fácil hacer amistad con un compañero de viaje cuando hay algo que partir con él. ¡Oh! yo tengo mucha experiencia en los viajes. Desde que murió mi marido, mi hija Crescentia y yo llevamos una vida verdadera de judío errante. Mis parientes y los de mi difunto el superintendente (2) Morebins, están esparcidos en todos los Estados de la Alemania. Voy de la casa del uno á la del otro. Ahora vengo de Osterode, donde he hecho una visita á mi cuñado el coronel retirado Malsburg; me llevo conmigo á su niña mimada, á esta pequeña Otilia, y voy á Dresden, donde tengo un cuñado consejero. Voy á tratar de enseñar á mi Otilita las buenas maneras, pues es un angelito, pero un angelito muy mal enseñado, y los sajones son gente de buen tono. Ellos darán cultivo á esta planta salvaje del Hartz.

Crescentia movia lentamente su tieso cuello en señal de aquiescencia á lo que decia su madre; en cuanto á Otilia, soltó una carcajada tan franca, que me hizo reir tambien como ella. Comprendí muy pronto que difícilmente se doblegaría á las buenas maneras sajonas, pues creia conocerla ya antes de que hubiese dicho dos palabras. Cada uno de sus movimientos, cada mirada, su silencio, hasta su postura particular en su rinconcinto, todo respiraba en ella simpatías. Pero su travesura no se desplegó hasta despues de la merienda.

—Supuesto que hemos gozado de los dones del Señor, dijo la superintendente con uncion, entonemos un cántico en alabanza.

(1) Alusion á una supersticion popular de Alemania. El que camina sobre ciertas yerbas se puede ver acometido de un hambre repentina.

(2) Superintendente, alta dignidad en la Iglesia protestante.

Al punto se puso Crescentia en disposicion, cruzó los brazos sobre las rodillas, arqueó los lábios y entonó el coro:

«El que se somete á la ley del Señor.»

Su madre y prima la acompañaron. Crescentia lo marcaba como un canto de iglesia; su madre seguia sus lábios con la vista, y en vano se esforzaba por hacerlo bien; Otilia daba notas frescas y vibrantes, pero iba demasiado despacio contra su gusto. Pronto marcó ella con su mano un compás más vivo. Crescentia no se inmutó lo más mínimo. Entonces Otilia rompió á cantar á toda voz con notas rápidas y pasó repentinamente á un canto popular:

«Si yo fuese un pajarillo  
Y yo tuviera dos alas.»

Estos dos versos resonaron con tal alegría, que las dos cantoras se detuvieron súbitamente.

Crescentia se puso seria; pero la tia concluyó por reirse diciendo:

—A la verdad, Otilia, no estoy nada contenta, pues en tres dias es esta ya la décima vez que interrumpes mis ejercicios de piedad.

Pero Otilia parecia inquietarse poco de esta advertencia; exaltada, las mejillas encendidas, se volvió hácia mí, golpeó sus manos una contra otra exclamando con una desesperacion fingida:

—Figuraos, señor estudiante, que desde hace tres dias estoy condenada á oír esta horrible música. Crescentia canta con tan poco oído, que debe atacarle los nervios á Dios, y mi tia, que se cree obligada á elevarse con su hija hasta el quinto cielo y que ni siquiera tiene una idea de lo que llaman segundo, aulla como una gata. ¡Qué desgraciada soy!

Hablando así Otilia se habia tirado en su rinconcito con la más graciosa expresion de desagrado. Refunfuñaba y tenia fijos los ojos sin mirar, mientras que sus lábios se movian y murmuraban aún. La tia sonreia como siempre. Con su eterno *Pero Otilia* no conseguia calmar á la jóven; por fin me dijo:

—Otilia es muy música y sabe sacar mucho partido de ella; una nota falsa la pone fuera de sí; Dios solo oye la voz del corazón y se contenta con tal que esta no sea falsa. Mira, pequeño Ante-Cristo, no interrumpas otra vez mi devoción; y tú, Crescentia, empieza otra vez.

Esta recomenzó y su madre la siguió.

Otilia recogió todas las mantas y chales que pudo encontrar en el coche y se envolvió en ellas para taparse las orejas; pero pronto tuvo demasiado calor, y tirando todo lejos de sí se dirigió á mí y me dijo con resignación:

—Vamos á hablar. ¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿Quién os ha bordado ese precioso saco de viaje? ¿Cómo os llamais?

Respondí á todas sus preguntas y tuve que hacerle mil explicaciones sobre la Bohemia, mi patria. A su vez ella me dijo que era hija de un antiguo coronel retirado del servicio, el cual habia en su juventud seguido al duque de Brunswich, habia asistido á la batalla de Leipzig y de Waterloo y habia entrado en París. Habló del viejo duque de Brunswich con tal fuego, que me pareció oír por su boca la voz de su padre y el bello entusiasmo de aquellos tiempos. Un vivo color iluminaba sus mejillas de niña, sonrosadas y redondas; sus hermosos ojos chispeaban, sus brazos se agitaban como para manejar una espada. Contando cómo su padre habia hecho prisionero á un coronel francés:

—¡Rendíos!—exclamó ella—agarrándome por el cuello tan fuerte, que la tia y Crescentia asustadas dejaron de cantar y se volvieron á mirar á nuestro lado con espanto. Viendo aquellas caras tan asustadas, soltó una gran carcajada, y trató de desasir su mano, que yo habia cogido y apretado involuntariamente mientras que ella me hacia prisionero. Desde ese instante fuimos grandes amigos.

Llegamos así á una de esas aldeas en las cuales los postillones, por una antigua y santa tradición, tenían costumbre de hacer una parada. Otilia, apoyándose en mi espalda, saltó como una cervatilla fuera del coche; su tia cayó con todo su peso en mis brazos; Crescentia no me dió más que la punta de los dedos para apearse. Salían de la iglesia próxima los sonidos de un órgano. Arreglaban el instrumento y la iglesia

estaba abierta. Otilia se dirigió á ella corriendo, y por primera vez pude juzgar el todo armonioso de esta aparicion encantadora. Era más bien baja que alta; pero delgada, ligera y bien formada. Corria con aquellos piececitos con la gracia de un niño; su cabecita redonda se inclinaba bajo el peso de los rizados cabellos de un rubio dorado y hechos trenzas alrededor de ella dando muchas vueltas. Sus torneadas piernas se marcaban bajo su traje, algo corto, de merino azul, y llevaba en los hombros un chal blanco que flotaba como ligera nubecilla.

—Dios mio—decia la tia—no puede pasar por donde hay un órgano. Este diablillo tiene más cristianismo en el cuerpo de lo que ella quiere confesar. Y la siguió maquinalmente; Crescentia y yo seguimos á las dos.

Cuando llegamos al sitio donde estaba el órgano, ya la encontramos instalada delante del teclado y ensayando los pedales. Los obreros la miraban con asombro y tambien el maestro de escuela, anciano ya y cuya cabeza se veia adornada de largos cabellos blancos. Uno de los obreros puso en juego el fuelle.

—Vamos, tia mia—exclamó Otilia,—ahora sí que podeis cantar.

Alisó sus cabellos y se puso á tocar. En cuanto resonó el órgano, una gravedad repentina trasformó sus facciones añadas. Jamás desde aquel dia he podido imaginarme ser Santa Cecilia de otro modo. Sonidos arrebatadores, cantos sublimes, los cantos del infinito se elevaron de pronto para ir á resonar en los oscuros ángulos, para repercutirse en nuestros corazones y extasiarnos profundamente. Tocaba el coro variado de Bach, «el año viejo ha pasado.»

¡Oh patria mia! ¡Oh Alemania donde el inocente niño comprende esta música y le gusta expresarla! Mucho he viajado, pero nunca me ha ocurrido nada parecido en los países extranjeros.

Se apagaban las últimas vibraciones, y Otilia se levantaba; mas los obreros se agruparon á su rededor para retenerla, y el maestro de escuela, sujetándola por los hombros, la obligaba á volver á sentarse; luego rodeando con sus brazos su cabeza, la apretó contra su corazon.

—¡Oh hija de los ángeles!—exclamó depositando un beso en sus rubias trenzas—¿quién te ha enseñado á tocar así? ¿Por qué no viniste el domingo á abochornar delante de todos á este viejo estudiante y á mi infernal batahola?

Aproveché la exaltacion general para coger la mano de Otilia y depositar un ardiente beso. Lo vió la tia y exclamó:

—¡Eh, eh! señor estudiante, aquí no se hace eso y ménos con una chiquilla así.

Pero..... ya estaba hecho. Crescentia, con las manos cruzadas, estaba sumida en una meditacion profunda.

El postillon vino á llamarnos; salimos de la iglesia apresuradamente y partimos. Otilia volvió á ocupar su sitio. Estaba pensativa y su fisonomía séria é inspirada expresaba aún el profundo trabajo de su pensamiento.

Mi experiencia no era grande, y, sin embargo, me dí cuenta de que en aquel jóven corazon habia inclinacion á la poesia y al lado sério de la vida. ¡El lado sério de la vida! ¿Ni qué sabia yo mismo? Pero á los 17 años cree uno haberlo profundizado todo y le gusta á uno hablar de todo. Hubiera sido feliz si hubiese podido tener en silencio largo tiempo comprimidas entre las mias las manos de Otilia.

Ya estábamos bastante lejos de la aldea cuando nos alcanzó el viejo maestro de escuela, casi falto de aliento.

—Buen viaje—gritó tirándole á Otilia un puñado de frutas acabadas de arrancar de los árboles.

La jóven, despertada por estas palabras, asomó medio cuerpo fuera de la portezuela y dió las gracias por señas. Luego, con la sonrisa que habia ya reaparecido en sus labios, se puso á repartir las frutas.

Avanzaba la noche y el silencio iba extendiéndose sobre la vasta llanura. La tia y Crescentia cantaron el coro: «A esta hora duermen los bosques.» Otilia, fiel á su táctica de la mañana, me dirigió nuevas preguntas y me relató varias historias. Cuando llegamos al lugar donde debiamos pasar la noche, sabiamos cada cual la vida del otro. Un gran debate tuvo lugar en el patio del hotel. La tia, la sobrina y la hija, querian á todo trance que bajasen del coche toda aquella Babilonia de bultos y baules para colocarlos en sitio

seguro, es decir, en su misma habitacion. El postillon se negaba á ello diciendo que el patio estaba admirablemente guardado por magníficos perros, capaces de hacer añicos á todos los ladrones del mundo, y que además, al dia siguiente no iba á tener tiempo que perder para volver á cargar. Intervine entónces y les ofrecí quedarme en el coche en calidad de guardian. Otilia lo aceptó al instante, y la tia, despues de haber hecho muchos cumplimientos; cenamos en el cuarto de la superintendente, y Otilia sirvió el thé. Iba y venia y nos servia con tal gracia que yo pensaba en mi interior:

—¡Ah! qué buena ama de casa haria. A los 17 años piensa uno mucho más en el matrimonio de lo que se cree á los treinta. Es uno más candidato y al mismo tiempo se tiene más simpatías por todo lo legal. Y además, ¿quién á esa edad no ha sido capaz de poner hasta su vida entera al azar de una carta?

La señora gorda empezaba á bostezar; me levanté y fuí á ocupar mi sitio; Otilia me tendió la mano, no sin decirme que era el sér más noble y el mejor corazon de Alemania. Cuando llegué al coche traté de arreglarme una cama lo mejor posible. Las señoras me habian dado sus chales; me envolví las espaldas y el pecho con el de Otilia, destinando los otros para calentarme los pies, y me eché... por supuesto en el sitio de Otilia.

Al principio todo fué bien. Pensaba en Otilia, en el órgano, en el thé; soñababa despierto. Pero luego más tarde, cuando el criado que velaba soltó los perros, empezó para mí un suplicio imprevisto. Estos perros grandes y fuertes como leones apenas hubieron olido que habia un hombre en el coche, empezaron un asedio en toda regla, dando saltos terribles y ladridos. Se encolerizaron tanto, que temí verme asaltado; pero felizmente, los cristales estaban levantados. El criado se habia retirado ya y no me atrevia á pedir socorro, temiendo que Otilia, cuya ventana daba sobre el patio, conociese mi miedo. Me recosté, pues, suspirando, y ví que lo mejor que podia hacer era estarme quieto. Tranquilizó esto á los animales, que se acostaron gruñendo alrededor del coche. Pero al más imperceptible movimiento que hacia se levantaban tan furiosos, que me fué preciso guardar la inmovilidad de un



muerto durante un cuarto de hora, en el cual guardaron silencio. De pronto se abre una ventana y oigo que llaman:

—¡Estudiante! ¡estudiante!—Era la voz de Otilia. Me levanté para verla al resplandor de la luna; pero no me atrevia á levantar un cristal, pues los perros saltaban á más y mejor.

—He querido volveros á dar las buenas noches,—dijo Otilia; y luego añadió:—¡Dejaos ver, pues! Con el valor de la desesperacion abrí bruscamente el vidrio y saqué la cabeza sonriéndome dolorosamente. Cinco horribles hocicos de perros me saltaban á la cara, y me miraban diez ojos centelleantes.

—Buenas noches, Otilia,—exclamé yo. Los perros saltaban cada vez más, yo no me movia. Otilia me saludó con la mano y yo hice lo mismo. Uno de los perros apoyado contra el coche me devoraba con los ojos. De un fuerte puñetazo en la cabeza le hice rodar por tierra. Está fué la señal del ataque general. Los perros se abalanzaron todos á la vez. Felizmente fué llamada Otilia por su tia y tuve tiempo de levantar el vidrio. Bañado en sudor frio me acurruqué en un rincon y dejé á los perros continuar su cometido. Despues de las doce las gentes de la casa se decidieron á saber la causa de este ruido inusitado. Vino el criado á encadenar los perros, y así me ví al fin libre de mis enemigos. Pero el sueño se habia marchado; de vez en cuando me adormecia pensando en Otilia; pero me despertaba en seguida; en fin, desde que noté que habia ya algun movimiento en la casa me levanté á fin de ir á avisar á mis compañeros de viaje, segun lo convenido.

—¡Cielos!—dijo la superintendente,—no entreis, que estas señoritas no han concluido aún de hacer su toilette.

No habia concluido de hablar cuando Otilia quitó el cerrojo diciendo:

—Entrad, entrad, fiel guardian, que no es justo dejaros así á la puerta.

Y á la verdad, no habia motivo para otra cosa. Las cortinas estaban caidas, las jóvenes vestidas, solo sus cabellos estaban en desórden. Y tuve así un espectáculo como no he tenido otro jamás en toda mi vida. Los cabellos sueltos de Otilia le llegaban á los tobillos, cubriéndola con un explén-

dido manto de oro; su vestido azul se veía por delante, desapareciendo el resto bajo ese traje de incomparable riqueza.

Me detuve en la puerta extasiado contemplando ese esplendor, y no encontraba palabras para explicarme; luego, sin saber lo que hacía, extendí mis manos para tocar aquel tisú de oro; entónces solamente fué cuando Otilia se fijó en mi admiración, la que la hizo reír con toda su alma.

La tía me dijo:

—Sí, sí, el refran tiene razon. *Muchos cabellos, poco juicio.*

Crescentia y su madre arreglaban y empaquetaban todo apresuradamente, y no se fijaron en mis tonterías, que las hubiese hecho reír. Yo trataba de coger los cabellos de oro, pero Otilia se escapaba sin cesar con evoluciones y locuras, que aumentaban aún más mi entusiasmo.

Tan pronto, completamente cubierta, solo mostraba su encantadora cara y miraba como al través de una careta; tan pronto, echando el cabello para atrás, corría por el cuarto luminosa como un cometa, de pronto se arrodillaba gravemente en el suelo y su cabellera se extendía sobre sus pies y en el pavimento, como la cola de una reina en oración. Arrastrado, magnetizado, fingí que tomaba parte en sus juegos infantiles, y arrodillándome cerca de ella, besé el borde de aquel áureo traje.

—¡Basta de niñerías y vamos!—exclamó la superintendente.

Otilia se puso en pie de un brinco, y en un instante convirtió esta inmensa masa de cabellos en dos preciosas trenzas que principió á enroscar al rededor de su cabeza; pero yo la rogué que las dejase en libertad por esta vez.

—¿Y por qué? En viaje hace uno lo que quiere.

Tomamos lentamente el camino de Dresden. Este segundo día ya no era yo un extraño, sino un amigo; como decía la tía, «una amistad agradable de viaje.» Además, ella me tenía por una persona muy particular, un verdadero tipo de estudiante, lo que le hacía pasar mis pequeñas escentricidades, y achacaron á mi singularidad los juegos que tenía con las doradas trenzas. Absorto las tenía en mis manos, y las manoseaba horas enteras. ¡Con cuánta tristeza abandoné yo aquellas hermosas trenzas! cuando ya en las cercanías de Dresden mandó la su-

perintendenta á su sobrina que ocultase, como debia, sus cabellos bajo el sombrero. Hablamos mucho, pero entré silencioso en Dresden. En el patio del hotel fueron recibidas las señoras por un enjambre de parientes; hubo abrazos, apretones de manos, preguntas; yo seguia pensativo con mi saco y mi baston de viaje en la mano, mientras que descargaban bulto por bulto, que entregaban á los parientes. Todos rodearon á Otilia, que pronto desapareció entre la multitud. A la tia le pareció que debia presentarme como un agradable compañero de viaje, diciéndome luego que sentia no pudiesen continuar nuestras efímeras relaciones. Concluyó con una profunda reverencia, y tambien hizo lo mismo Crescentia. Otilia abrazaba á uno de sus tios, mientras que yo partia. Pero en el momento en que pasaba cerca del coche, volví á encontrar á Otilia.

—Dadme vuestra palabra,—me dijo vivamente,—de que si alguna vez pasais por Osterode, ireis á verme.

—Os la doy—le respondí apresuradamente, y estreché la mano que me ofrecia.

—Adios.

—Adios.

---

Ocho años más tarde, ó más bien dicho, ocho años menos tres meses, volví á encontrarme en la Alemania del Norte. Venia de la universidad y me daba prisa para llegar á una pequeña posesion donde me esperaban aquella noche varios amigos. A mi lado, en el coche, estaba un estudiante suabio, el cual se entretenia en echar al hermoso cielo de una mañana de Junio inmensas espirales de humo, hablándome sin parar de la casa de Hohenstauffen y de la union alemana. Mas al llegar á un ameno valle, repentinamente se puso mi vecino pensativo y taciturno. Apretó entre sus dientes la pipa, y apoyados los codos en la portezuela se puso á mirar en una direccion fija con aire triste y melancólico. Poco á poco murmuró palabras ininteligibles, y luego cuando en el fondo del valle principiaron á verse los empinados tejados de las casas, exclamó con su acento más dulce y en su jerga suabia:

—¡Oh! Osterode, si supieses!...—y se interrumpia.

Parecia dominado por un éxtasis. Sin embargo, este nombre de Osterode trajo á mi memoria aquel viaje de estudiante de Leipzig á Dresden, á Otilia, el órgano y los cabellos de oro.

—¿Es eso Osterode?—pregunté al suabio.

Volvióse hácia mí, y declamó de nuevo: «¡Oh, Osterode, si supieses!...»

—Os pregunto si es Osterode.

—No me interrumpais,—dijo él con mal humor.—Estoy improvisando. ¡Oh, Osterode, si supieses!...

Ya no me quedaba la menor duda de que la pequeña poblacion que veiamos era Osterode, pues que el estudiante continuaba siempre dirigiéndose en apóstrofes á los elevados tejados.

—¿Conoceis á Osterode?—le pregunté.

—¡Que si conozco á Osterode!—exclamó con el acento más patético.—Ya lo creo que lo conozco... Lo conozco como el sentimiento más secreto de mi corazon. ¡Oh, Osterode!

—¿Y no conoceis también á una señorita de Malsburg?

El estudiante, abriendo desmesuradamente los ojos, me miró estupefacto. Despues de un momento de silencio dijo:

—¿Acaso ha penetrado su fama hasta en el fondo de los bosques de Bohemia? ¡Ella es el objeto de mi entusiasmo poético!

—En ese caso podreis enseñarme el camino de su casa, y si nuestra estancia aquí es bastante larga, iré á verla.

El suabio me miró de mal modo, como si le atormentasen los celos. Traté de calmarle diciéndole:

—Hace ya ocho años que ví por primera y última vez á la señorita de Malsburg.

Respiró al oirme y volvió á estar amable.

—Sí, sí,—me dijo,—id á verla y me direis luego cómo está, os lo ruego, y qué traje lleva, y si está contenta hoy. ¡Ay, qué desgraciado soy! nunca la he sido presentado. La adoro de léjos. Nunca he tenido valor para dirigirle la palabra. ¡Ay! ¡nosotros los suabios!—dijo suspirando y dándose con los puños en la frente. Luego continuó:—Todas las semanas vengo

aquí á contemplar sus ventanas, como el caballero de Toggengurg, *y alguna mañana encontrarán aquí mi cadáver* (1).

Y se entregó á fúnebres meditaciones. El conductor me prometió añadir á los diez minutos de parada otros cinco ilegales, á fin de concederme un cuarto de hora; habíamos llegado á la gran plaza de la poblacion.

El estudiante, despues de haberse comprometido á esperar mi regreso, me indicó con la mano la casa que estaba situada en una altura, desde la cual dominaba toda la poblacion. Atravesé corriendo la calle y llegué sofocado á la casa, y despues de subir lentamente los escalones del primer piso, pregunté casi falto de aliento á la criada si podia hablar á la señorita Otilia.

—Está en el jardin con una amiga: voy á llamarla,—dijo la criada alejándose.

Entré en el salon: todo estaba muy limpio y bien cuidado; pero de elegante y supérfluo no se veia nada. En un lado varios grabados finos estaban colgados en la pared, el otro lado estaba casi ocupado con el piano sobre el cual se veian esparcidos varios cuadernos de música.

Recobrada la sangre fria, empecé á notar mi extraña posicion, y hasta á temer el ridículo.

¿No era cuando ménos tonto el cumplir una palabra dada de niño á niña, y no pareceria fátuo el quererse hacer reconocer por la niña ya mujer? Las facciones del adolescente habian cambiado completamente en ocho años, su tez se habia tostado bajo el cielo de Italia y de otros climas, la piel lisa de su fisonomía se ocultaba ya bajo una espesa barba. Yo me esperaba un desconcierto y tomé sin saber lo que hacia un aire grave y respetuoso. ¿Pero y ella, cómo se me presentaria? Otilia, el capullo de rosa, aun cerrado, vivia en mi imaginacion desde hacia mucho tiempo y con ella las sensaciones acumuladas en mi corazon durante aquellos dos dias de viaje. Estaba muy agitado mi corazon, latia con fuerza, de temor, con la incertidumbre de la esperanza, cuando oí resonar pasos en la escalera.

Abrióse la puerta, y Otilia entró con su amiga, la cual te-

---

(1) Palabras de una balada de Schiller.

nia en la mano su cestita de labor. En el dintel tuvo un momento de sorpresa; luego, adelantándose, me alargó la mano nombrándome y deseándome la más cordial bienvenida.

A su vez me tendió la mano su amiga diciéndome:

—¡Ah, el compañero de viaje entre Leipzig y Dresden!

Yo no era, pues, un extraño, á lo que parecia, en el círculo de Otilia; así es que mis inquietudes desaparecieron.

—Ya veis—dijo Otilia—que vuestra visita no me ha sorprendido nada; ya sabia que cumpliriais vuestra palabra.

A pesar de esta amable acogida, me encontré aún más encogido que al entrar. Aunque reconocí inmediatamente á Otilia, no era, sin embargo, la misma; en vano me esforzaba en encontrar la Otilia de ocho años atrás. Era aún bonita y tenia la misma gracia de siempre en los movimientos; pero era la belleza de la rosa que se deshoja; y su atrevida vivacidad de ántes habiase tornado en una expresion tranquila y reservada. Una tristeza digna veíase en todo su sér, hasta cuando se sonreía tristemente recordando las travesuras de nuestro viaje. Las mejillas redondas de la niña habian palidecido; sus grandes ojos azules se habian hundido algo, y habian perdido su brillo. Busqué involuntariamente los cabellos de oro y me encontré que el color era siempre el mismo, pero que la inmensa cantidad habia desaparecido. Y, sin embargo, Otilia era aún más bella que cuando la conocí; bella como el crepúsculo de la tarde, como la flor próxima á deshojarse.

Temiendo conociese la impresion dolorosa que me hacia, entablé una viva conversacion. Pregunté por su tia, habia muerto ya; por Crescentia, se habia casado con un pastor protestante. Otilia me interrogó tambien sobre mi vida durante esos ocho años. Avaro del poco tiempo que tenia, le hice una extraña y rápida relacion, pues que mezclaba todos los hechos, viajes repentinos, nombres de hombres y de poblaciones de todos paises. Luego yo la interrogué á mi vez sobre su vida. Como quien despierta de un sueño pasó su mano flaca y afilada por su frente como para evocar sus recuerdos.

—Yo—dijo tristemente—he estado siempre en Osterode, en casa, al lado de mi padre.

¡Soledad... Soledad triste, fria, mortal! Siempre el deber.

¡Nada de alegría, nada de amor! Esto pensaba yo bajando los ojos. Otilia tenia fijos en el pavimento los suyos. El tiempo volaba. Me levanté y me despedí. La amiga de Otilia me deseó un feliz viaje, y esta me acompañó hasta la escalera. Me tomó las manos, diciéndome:

—Os pido por segunda vez lo mismo. Si volveis á este pueblo...

—Pero...—balbuceé yo.

—Me encontrareis todavía—interrumpió.

Yo la miraba, y ella no evitaba mi mirada, pero sonrió tristemente; y haciendo un ligero movimiento con los hombros, dijo:

—¿Puedo acaso abandonar á mi padre, que no tiene á nadie más que á mí? Y además, no tengo fortuna, y pronto no tendré juventud.

Yo le besé la mano en silencio, y ella repitió:

—¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo.

Habia ya bajado algunos escalones, cuando agarrándose con una mano á la barandilla y con la otra apoyándose en mi hombro, me presentó su frente.

Imprimí en ella un beso ardiente, y huí temiendo que las lágrimas me saltasen en aquel momento.

No volví la cabeza hasta que me encontré en el coche.

El estudiante sujetaba á los caballos por la rienda, y apenas los hubo soltado cuando partieron.

—¿Cómo está ella?—gritó con toda su fuerza.

—Muy bien.

—¿Qué traje lleva hoy?

—Azul.

—Gracias.

Cuando ya habiamos pasado la casa de correos, saqué la cabeza por la portezuela y me puse á mirar hácia atrás. Otilia en pie en su ventana me saludaba. Y cuando ya habiamos pasado las calles y estábamos en una eminencia, ví aún á Otilia que agitaba su pañuelo como último saludo. El suabio debió apercibirse de esto, pues que corrió tras el coche gritándome y apretando los puños:

—Miserable traidor.

Me encogí de hombros, y el coche se alejó.

Y hé aquí cómo me he convencido de que es á veces un vano deseo decir á la hora de partir «Hasta la vuelta.» Esto solo nos sirve para hacernos pensar amargamente en que hemos pasado cerca de la dicha. No es tan raro ni tan difícil el encontrar la felicidad; pero la perdemos sin fijarnos en ella.

MAURICIO HARTMANN.

## ¡ALAS! ¡ALAS!

(Imitacion de J. Ruckert).

Alas dad á mi pecho fatigado!  
Quiero lanzarme en atrevido vuelo  
Más allá de esos montes, cuyas cimas  
Osan tocar las bóvedas del cielo!

Quiero alegrar mi corazon doliente  
En los fúlgidos rayos de la aurora;  
Alas para cruzar el mar hirviente,  
Para salvar la muerte destructora.

Alas, cual tuvo mi esperanza un dia,  
Alas, cual tuvo mi ilusion soñada,  
Como tuvo esa sombra de alegría  
Que apénas vislumbré, ví disipada!

Alas para escalar el firmamento  
Y en él buscar mis esperanzas bellas;  
Y embriagado en sublime sentimiento,  
De mi perdido bien seguir las huellas.

Alas, como la errante golondrina  
Que abandona su nido en el invierno,  
Y ráuda cruza la extension marina  
En pos de un clima de verdor eterno.

Alas, cual la pintada mariposa  
Halla al nacer, y trémula suspira  
Cuando rompe su cárcel, temerosa,  
Y en el límpido azul se lanza y gira.

Alas dadme en la noche encantadora  
Y en una estrella proseguir mi sueño.  
Vana ilusion! al rayo de la aurora  
Cual Ícaro en las ondas me despeño.

ANTONIO SELLEN.



---

APUNTES SOBRE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA  
EN LA AMÉRICA MERIDIONAL  
Y SUS RELACIONES CON LA ESPAÑOLA (1)

---

I.

Sirve de base y fundamento á lo que me propongo escribir sobre el asunto que el epígrafe de este artículo enuncia, la importantísima *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*, recientemente publicada, y tan sábia como discretamente *ordenada con notas biográficas*, por el Excmo. señor D. José M. Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España, literato insigne, crítico desapasionado y profundo, y, sin perjuicio de su evidente y sincero patriotismo, exento en cuanto cabe de ciertas preocupaciones contra su antigua madre patria que, á deshora ya y sin fundamento, dominan aún á muchos de los naturales de las que fueron un tiempo más bien provincias que colonias españolas.

Bajo su aspecto material considerado, el libro á que me refiero nada deja que desear al más exigente bibliófilo, así por la excelente calidad del papel en que está impreso, como por la belleza, elegancia y buen gusto de su parte tipográfica. Sensible es para el amor propio de españoles y americanos que no pueda decirse que se hizo esa obra en alguna imprenta peninsular ó ultramarina; pero la verdad es que se debe á la prensa parisiense, y tambien que, atendida esa cir-

---

(1) Este artículo y el que ha de completarle, se han escrito por vía de *Introducción* al exámen que su autor se propone hacer de las producciones más importantes de los *escritores venezolanos contemporáneos*, contenidas en la *biblioteca* del Sr. D. José María de Rojas.

cunstancia, apenas si merecen tomarse en cuenta sus erratas, cuyo exíguo número supone en los cajistas franceses no escasa atención á su trabajo, y en el editor una diligencia y esmero de que solo podrán formar cabal idea los que tengan alguna práctica de la tan ingrata como minuciosa tarea de corregir pruebas, sobre todo cuando en país extranjero hay que desempeñarla.

Pero de poca monta me parece la belleza material de la *Biblioteca* del Sr. Rojas, si la comparo con su importancia literaria, ya se la considere en abstracto, ya con relacion á la República venezolana solamente, ó ya, en fin, y así á mi especial propósito conviene, como dato trascendental para formar juicio de las dotes literarias que distinguen y caracterizan á la raza á que pertenecemos, así los habitantes de la vieja España del mundo antiguo, como los descendientes de nuestros mismos abuelos, que son hoy ciudadanos de las repúblicas independientes del vasto occidental hemisferio por Cristóbal Colon descubierto.

En abstracto, reducir á tan escaso volúmen, relativamente hablando, lo más selecto de la produccion literaria, durante cerca de medio siglo, de un país entero, al movimiento universal de la civilizacion moderna muy recientemente llamado, es sin duda alguna suministrarle un dato más que curioso á la historia del entendimiento humano; y por lo que hace en particular á Venezuela, honra grandemente á sus hijos el hecho de que, no obstante los trastornos políticos y civiles contiendas que su territorio, ni más ni ménos que el de su antigua metrópoli, han subvertido durante los últimos cuarenta años, sean tantos los que entre ellos hayan cultivado con éxito feliz el estudio de las humanidades, y no pocos ciertamente los que se han conquistado, aquende como allende el Atlántico, un nombre y fama tan gloriosos como merecidos.

Más de noventa son, en efecto, y nada ménos, los literatos de cuyo ingenio se encuentran testimonio y muestras en la *Biblioteca* del Sr. Rojas; y si no todos ellos rayan á la altura que Bello, Maitin, Baralt y Calcaño, por ejemplo, muchos hay en aquel número que superan en talla al comun de las

medianías á que en la Península, y muy probablemente en Ultramar tambien, suele aplaudir el vulgo seudo inteligente, ya por caprichos de la moda, ya cediendo inconsciente al impulso que la habilidad del pandillaje á imprimirle acierta, con más frecuencia que conviniera y generalmente se imagina.

Paréceme curiosa, y espero que se me permita hacerla aquí constar, aunque bien sé que no faltará quien de minuciosa impertinente observacion lo tache, la circunstancia de que entre los noventa y tantos apellidos de escritores venezolanos de que consta el catálogo de los incluidos en la *Biblioteca*, solamente ocho ó nueve son los que no acusan con evidencia lo castizo del español linaje de que descienden las distinguidas personas que los llevan, y con su talento los ennoblecen.

Nada más natural, puesto que españoles fueron los descubridores y pobladores del Nuevo Mundo, y de ellos, que no de las razas indígenas, procede la inmensa mayoría de los ciudadanos de las actuales repúblicas americanas; pero conviene hacerlo constar: primero, como antídoto, si alguno cabe más que la razon y el tiempo, contra el veneno de la repulsiva desconfianza con que no pocos americanos se obstinan en mirarnos todavía á los españoles; y en segundo, pero no inferior lugar, para que unos y otros nos convenzamos de que, si pertenecemos á naciones irrevocablemente y para siempre separadas, en cuanto á las respectivas autonomías políticas atañe, no por eso dejamos de ser individuos de una misma raza y nietos de los mismos abuelos, ni de hablar el mismo idioma, aprendido acá y allá en los mismos libros, ni de haber de formarnos en los mismos modelos, si queremos en la república de las letras naturalizarnos y distinguirnos.

Tan cierto es que, al trasportarse el ingenio español desde las columnas de Hércules á las feraces regiones de la

«Virgen del mundo, América inocente,»

como nuestro moderno Tirteo la ha llamado, en nada se alteraron sus características dotes, que estamos seguros de que quien, ignorando los nombres de sus autores y el lugar en que se escribieron, leyese cualquiera de las composiciones in-

sertas en la coleccion del Sr. Rojas, que no se refiera especial y determinadamente á local asunto, fácilmente se persuadiria de que era obra de algun peninsular poeta.

Porque, en efecto, la misma índole en bellezas y defectos, análogas condiciones en aciertos y extravíos; igual la vehemencia de la fantasía, y, salvas, aquí y allí, contadísimas excepciones, tambien la falta de profundidad filosófica; la misma exuberante galanura en la sonora, conceptuosa frase; la inspiracion, en fin, debida siempre más al corazon que al pensamiento, y la magia del colorido, ocultando con frecuencia la incorreccion del dibujo: todo eso es lo que hallará el crítico, tanto en las obras de los literatos americanos como en las de los españoles de nuestros dias. Porque uno mismo es el ingenio que á la Providencia departirnos le plugo, y salvos los accidentes de tiempo, lugar, circunstancias y sugeto, las manifestaciones del estro que á unos y á otros nos inspira, necesariamente obedecen á la identidad de origen, y á la ley moral que á nuestra raza preside.

Literariamente, la América que fué española es indivisible de su antigua metrópoli; no porque de ella dependa ni haya de depender, ni aun en eso, sino porque hablando el mismo idioma, y teniendo su cultura intelectual, como ya lo apuntamos, la misma historia, así como tienen aquellos pueblos la misma religion que nosotros, es cierto, y sin menoscabo para su independendencia, que cual bellamente lo dijo un ilustre Prócer-Poeta (1),

«Ahora y siempre, el Argonauta osado,  
 »Al arrojar el áncora pesada  
 »En las playas antípodas distantes,  
 »Verá la cruz del Gólgota plantada  
 »Y escuchará la lengua de Cervantes.»

Para siempre ha desaparecido la dominacion española del continente americano; de esa verdad estamos plenamente convencidos, quizá sin excepcion alguna, los españoles todos; y deliran los americanos que nos creen todavía capaces de

---

(1) El duque de Frias.

alimentar, no diré quiméricas esperanzas, pero ni siquiera vagos deseos de reconquista, ó vanas pretensiones de necia supremacía.

Lo que sí deseamos ardientemente, lo que sí esperamos, en fé de la razón y del sentimiento á un tiempo mismo, es lo que con placer indecible vemos que ya rápida y felizmente se va realizando: la unión literaria, el acuerdo unánime entre todos los que, á una y otra orilla del Atlántico, hablamos el idioma castellano, para conservarlo, sin perjuicio de que progrese, para enriquecerlo, sin consentir que se abastarde con exóticas innecesarias importaciones.

Somos muchos, mejor dicho, somos casi todos los americanos y los españoles que al cultivo de las letras, con más ó ménos talento y fortuna nos hemos consagrado, los que á ese noble y santo propósito de consuno conspiramos, poniendo cada cual de su parte cuanto en sus fuerzas cabe para que á realizarse llegue.

Y se realizará sin duda; porque si para siempre los vínculos políticos se han roto entre España y sus antiguas colonias, literariamente el *habla de Cervantes* nos une en lazo indisoluble; y en cuanto á esa se refiere, con no menor fundamento ahora, que ante las prodigiosas expediciones de Cristóbal Colón, pudiera el Océano clamar furioso:

«¡Conque es en vano

»Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo

»El valladar profundo

»De mis terribles ondas,

»Un mundo haya negado al otro mundo!» (1)

En vano ha sido hasta ahora; en vano sigue siendo; y en vano será siempre, mientras del continente americano no desaparezca la lengua castellana, perenne vehículo de tradiciones, ideas y sentimientos, que son el comun patrimonio de la raza española en ámbos mundos.

(1) Quintana: Oda al mar.

## II.

Hasta qué punto tiene, á mi juicio, trascendental importancia cuanto concierne á la conservacion y perfeccionamiento de la lengua castellana en toda la América que fué española, fácilmente se deduce de las indicaciones que consignadas de jo en el párrafo anterior; y, eso supuesto, no extrañará el lector ni que en ello todavía insista, ni ménos que procure, como voy á hacerlo, así dar cuenta de cuanto en tal sentido se hizo y se está haciendo, como quizá indicar algo de lo que, á mayor abundamiento, á mí me parece que podria en la materia hacerse.

Uno de los más señalados caractéres de las razas y de las nacionalidades, es indudablemente el idioma á cada cual de ellas peculiar y propio. Cada lengua corresponde á una manera especial de ver, de pensar y de sentir; porque hay entre la fórmula del lenguaje y la esencia de la idea, de la nocion y del afecto, una relacion íntima, si bien misteriosa y no fácilmente explicable, no por eso ménos evidente y de positivos efectos.

Aparte el hecho incontrovertible y notorio de que el entendimiento y el corazon se forman en los primeros años y con las primeras lecturas, y que en aquellos y en estas el pátrio idioma, y las pátrias tradiciones y tendencias, son los más poderosos, cuando no los exclusivos, elementos, ¿quién ignora que no se piensa lo mismo en francés ó en aleman, por ejemplo, que en castellano? ¿Quién no sabe que la mayor dificultad para hablar, correctamente siquiera, una lengua extraña, es habituarse á pensar tambien en ella?

En la redaccion de las leyes, en el alegato del abogado, en el discurso parlamentario, en el artículo del periódico, lo mismo que en la conversacion familiar, y hasta en la oracion que á Dios alzamos en nuestras tribulaciones, la lengua imprime carácter; y en el fondo como en la forma, el sello peculiar de cada nacionalidad, y áun de cada época en la nacionalidad misma, aparece siempre en alto relieve.

Conservar, pues, el idioma de nuestra raza—y cuenta que

por *conservacion* no entiendo yo en esto, ni en nada, esa especie de petrificacion que excluye todo racional progreso— conservar, repito, el idioma de nuestra raza, vale tanto como mantener íntegra su entidad natural, y preservarla del riesgo inminente de perecer absorbida ó subyugada por fuerzas extrañas.

La unidad de lenguaje es condicion indispensable para la unidad social y política; y, sin ir á buscarlos fuera de casa, ejemplos de esa verdad inconcusa tenemos de sobra en España, que con triste evidencia la acreditan. Con Castilla, fácil y sólidamente se han amalgamado Aragon, las Andalucías, las Astúrias y Galicia, porque hablan el mismo idioma, salvas diferencias provinciales de poca monta; pero allí donde predominan otras lenguas, como las de origen lemosin ó el vascuence sobre todo, allí es donde todas las rebeliones de carácter trascendental y relativamente duradero, encontraron siempre su más firme asiento. Análogas lenguas son el portugués y el castellano; pero aunque análogas, al cabo lenguas diferentes; y no es ese el menor obstáculo que se opone á la realizacion de la mucho más deseable que posible, union ibérica.

Esas, amen de otras muchas y no ménos importantes consideraciones, que en obsequio de la brevedad omito, hacen del asunto de que voy tratando uno de los de mayor interés y trascendentales consecuencias que ventilarse pueden en la esfera de los no directamente políticos. Y digo *no directamente político*, porque en realidad, indirectamente político viene á ser y mucho.

La América, que fué española, desde el momento mismo en que proclamó su independendia dividióse en tantos ó más Estados cuantas fueron ántes las provincias de nuestra monarquía en aquel continente. Fuera de Méjico y del Perú, que en una ó en otra forma, conservaron más ó ménos, hasta cierto punto, la unidad de los antiguos vireinatos, todo el resto del centro y del Sur de América repartióse en diversas y pequeñas Repúblicas, si confederadas hoy, mañana independientes, cuando no entre sí enemigas; y, en consecuencia, con exactitud matemática puede afirmarse que, desde luego, todos los vínculos de union entre los pueblos hispano-ame-

ricanos desaparecieron, menos el ódio á la dominacion de la Metrópoli, la identidad de la religion y el comun idioma. De esos tres poderosísimos lazos, el primero ha perdido la eficacia con su razon de ser; y, si tradicionalmente y más como preocupacion que en otro concepto, puede conservar alguna fuerza, esa vá cada dia disminuyendo, y con los progresos de la ilustracion no puede ménos de extinguirse en breve. No es á España ciertamente á quien, ni hoy ni para en adelante, tienen los americanos de raza española que temer en nada, y mucho ménos que en nada, en cuanto á su independendencia respecta.

En cuanto á religion, la católica sigue siendo, y probable aparece que seguirá siéndolo todavía largos años, la dominante en toda la América y la exclusiva en muchos de sus Estados; pero no sabemos si, como elemento político, conserva allí todavía el clero la casi omnipotente preponderancia de que gozó un tiempo. En todo caso, no es de mi propósito ni me parece necesario, tratar aquí más que de lo puramente humano; de aquello que, como tan vulgar como gráficamente suele decirse, cae de tejas abajo.

Y de tejas abajo, en efecto, el único lazo de mancomunidad que, normal y permanentemente, uné y puede unir entre sí á las Repúblicas hispano-americanas, es ya, con evidencia, el idioma comun, la lengua castellana, vehículo exclusivo de la tradicion, de las ideas y de los sentimientos peculiares á la raza hispano-latina.

Pues ahora, fíjese un momento siquiera la consideracion en el poder, en la riqueza, en el espíritu emprendedor y aventurero, en el constante y rápido crecimiento y en el prestigio, además, de la gran República del Norte-América, y dígaseme de buena fé si nos faltan razones á los que en ámbos mundos procuramos, en cuanto nos es dable, que al ménos se conserve allí incólume y capaz de resistir al poderío de la siempre invasora raza sajona, el idioma que, con la cruz y el pendon de Castilla, llevaron las caravelas del inmortal genovés á las playas del Nuevo Mundo.

Hay en esto, para nosotros los españoles, algo más grave todavía que el natural y legítimo orgullo á que nuestra histo-



ria nos da derecho: hay el interés de raza y la obligación moral que nos incumbe de conservar intacto el rico tesoro literario que nuestros padres nos legaron, sí, pero en fideicomiso, para trasmitírselo, cuando ménos íntegro, á nuestros hijos. Y hay en los americanos, para que al mismo propósito concurren, además de todos los deberes que sobre nosotros pesan—porque de nuestro linaje son al cabo, y de nuestros mismos abuelos descienden—hay, además, un grandísimo y directo interés político.

¿Qué mucho, pues, qué mucho, que de algunos años á esta parte, en América como en España se haya pronunciado en toda la grey literaria un marcadísimo y saludable movimiento de concordia y de union, en cuanto al asunto se refiere?

Nadie que esté en antecedentes, como ahora se dice, extrañará, por tanto, que el Sr. D. José María de Rojas, ministro plenipotenciario de su República en España, y tan afecto á su pátria, y tan poco parcial de la antigua dominacion castellana en ella, como tendremos ocasion de verlo más adelante, haya sin embargo dedicado su *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos* á la *Real Academia Española*.

Pero como no todos están en antecedentes, y quizá algunos no quieren estarlo, bueno será poner el negocio en claro.

### III.

Todo el mundo sabe que existe en España, ciento sesenta y tres años hace, una corporacion literaria que se llama la *Real Academia Española*, cuyo principal instituto, segun sus primitivos y sus actuales Estatutos, es *cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana*, extendiéndose además, muy lógicamente, á todo cuanto más ó ménos directamente pueda contribuir al logro de tan importantes fines.

De esa corporacion, como de todas las de su género, dentro y fuera de España, se ha murmurado mucho, censurándola estos por lo que hacia y aquellos por lo que de hacer dejaba, y unos acusándola de excesivamente conservadora, y otros de fácil de sobra en seguir la corriente del movimiento literario en determinadas épocas.

Fundadas pueden haber sido las censuras algunas veces, que falibles son y á errar están sujetas las corporaciones, ni más ni ménos que los individuos, aunque sean críticos y no académicos; pero en suma, la verdad es que la Academia ha prestado grandísimos servicios á la lengua española, así con dar á la estampa obras de nuestros antiguos clásicos, como con sus propios libros didácticos y, muy señaladamente, con las repetidas y ya numerosas ediciones de su Diccionario, imperfecto sin duda, como todo trabajo humano, pero en constante progreso de edicion á edicion, y hasta hoy superior con mucho, y sin ningun género de duda, á cuanto en la materia se ha publicado respecto á nuestro idioma.

Por lo que hace á la murmuracion, ponzoñoso fruto, por desdicha tan abundante como espontáneo en nuestro suelo, generalmente hablando, ha recaido más bien sobre las personas que sobre las obras académicas. Para los murmuradores nunca fué digno el nuevo académico, porque ellos tienen siempre de reserva alguna media docena de candidatos de sus respectivas pandillas, por de contado, á quienes se ha hecho notoria injusticia, no llevándolos, y con pálio, á ocupar el sillón vacante. ¡*Inde iræ!* Aunque la Academia no se equivocara nunca en sus elecciones (que bien puede), como para cada vacante suele haber varios aspirantes, y no cabe elegir más que á uno, claro está que han de quedar más personas descontentas que satisfechas del nombramiento.

Mal es ese con difícil remedio, y sobre el cual bien pudiera yo contentarme con citar el conocido epígrama de un Académico francés, cuyo nombre no recuerdo ahora, aunque sí sus versos, que dicen:

«Tant que nous sommes *quarante*, l'on se moque de nous: En sommes-nous *trente et neuf*?—L'on tombe á nosgen oux.»

Lo cuál, libremente traducido, quiere decir que hay muchos que solo dicen que están verdes las uvas, porque alcanzarlas no pueden.

Cúmpleme, sin embargo, aunque no sea más que para atenuar el error que cometió nuestra Academia, admitiéndome con sobrada indulgencia en su seno treinta y tres años hace,

consignar aquí algunos de los nombres, no de ninguno de mis actuales compañeros, sino de varios de los más insignes y conocidos literatos que en sus sillas les han precedido.

Trátase, y esto conviene tenerlo muy presente para que la Academia sea con equidad juzgada, de un período de más de siglo y medio, que es preciso considerar dividido, por lo que á la historia literaria respecta, á lo ménos en cuatro, y quizá realmente en cinco muy distintas épocas.

La primera comprende los dos reinados de Felipe V y Fernando VI, época toda, bajo ese aspecto considerada, de marasmo y de infecundidad, en que del génio esplendoroso de nuestro siglo de oro, apenas si se conservaba el recuerdo; y en que, si algo de aquella rica herencia nos quedaba, eran los resábios del mal gusto y del culteranismo.

Bajo el cetro de Cárlos III luce la aurora del moderno renacimiento de las letras entre nosotros; nadie puede disputarles esa gloria á aquel bien intencionado monarca, ni á sus ilustrados ministros; pero no son, propiamente hablando, las letras españolas las que entónces renacen, sino las de la antigüedad clásica para unos, y para el vulgo de los literatos, de lo que se trata en realidad, es de aclimatar en nuestra pátria las producciones francesas del siglo de Luis XIV.

Por lo que hace al teatro, esas doctrinas triunfan algo más tarde en absoluto y no sin gloria, aunque efímeramente, con Moratin y su escuela; pero en cuanto á la poesía lírica, tuvimos la fortuna de que, tanto á orillas del claro Tormes, como en las márgenes del soberbio Guadalquivir, el númen de Garcilaso allí y aquí el de Herrera, inspiraron más ó ménos por completo á los insignes vates, príncipes del renacimiento y modelos todavía los más de ellos, que con razon atentamente estudia la juventud amante de las letras.

Síguese á esa época de relativa bienandanza literaria, otra llena, primero de sangre y de gloria, de abatimiento y prostracion despues, bajo el ominoso cetro de un anacrónico cuanto opresor y estúpido absolutismo. La poesía, que durante la guerra de la Independencia apenas ha sido posible más que para el patriótico vigoroso númen del gran Quintana, y alguno que otro de sus adeptos, desaparece luego, por-

que los poetas gimen unos en los calabozos, mendigan otros el pan en tierra extraña, y los restantes enmudecen aterrados ante la golilla de los alcaldes del crimen, ó la cruz verde y la vara de los familiares del Santo Oficio.

Para que se juzgue de la decadencia de nuestro teatro durante ese tiempo y el que le siguió inmediatamente, no tenemos más que remitirnos al catálogo de piezas dramáticas publicadas en España durante el siglo XVIII y hasta el año de 1825, formado por Moratin y que acompaña, por vía de apéndice, al discurso preliminar que á la coleccion de sus comedias precede.

Corto en demasía fué el respiro que á la libertad y á las letras concedió el cielo en los tres años del 1820 al 1823; pero, aunque breve y caramente pagado en la reaccion absolutista, que debimos á nuestros buenos vecinos los franceses, no fué aquel tiempo estéril del todo, ni mucho ménos, para el porvenir de nuestra poesía y de nuestra escena. El fuego sacro prendió entónces en más de un corazon y de una mente á la sazón infantiles, pero que, madurando con los años, fueron en su dia honra y gloria de las pátrias musas.

Durante ese período de incubacion, por decirlo así, que partiendo del año de 24, tuvo su término con el de la vida de Fernando VII, fuese preparando en las entrañas de nuestra sociedad juntamente con la revolucion política, la literaria conocida con el nombre de *romanticismo*; revolucion, no queremos negarlo ni hay para qué, cuya iniciativa, respecto á nosotros al ménos, perteneció á la Francia, pero que dichosamente desde sus primeros pasos en España se hizo española, volviendo desde luego y con acertadísimo instinto, los ojos á nuestros grandes poetas de los siglos XVI y XVII.

Seríamos, empero, soberanamente injustos, si no reconociéramos que antes del advenimiento solemne del romanticismo, tuvimos ya en aquella época poetas muy dignos de aprecio, y que en el teatro, desierto desde que enmudeció la musa de Inarco Celénio, y en que apenas como fugaz meteoro brilló un momento el autor de la *Indulgencia para todos*, habia ya aparecido y en su cénit resplandecia un astro luminoso: Breton de los Herreros, poeta dramático en su tiempo muy aplau-

dido y con justicia de sobra, pero á quien, ó mucho me engaño, la posteridad ha de otorgar mayores lauros aún que sus contemporáneos mismos.

Desde la aparición del romanticismo á este momento, la historia de nuestra literatura se halla tan al alcance de cualquiera que en el asunto se interese, que es ya sin duda tiempo de poner aquí término á esta digresion, que sentiria les pareciese á mis lectores intempestiva ó prolija. Yo me he creído en la necesidad de hacerla, principalmente para probar, con los nombres que á citar voy luego, que apenas hubo celebridad literaria de las de su tiempo que á sí no llamara la Academia; y tambien que, á pesar y sin perjuicio de su índole esencialmente conservadora, siempre ha contribuido al progreso de la literatura, en cuanto en sus medios y atribuciones cabia.

#### IV.

Pero, se me preguntará tal vez: ¿á qué esas pruebas? ¿Qué tienen ellas que ver con la literatura contemporánea en la América Meridional, y sus relaciones con la española?

Las pruebas que intento, responderé, son necesarias para evidenciar, por una parte, la autoridad literaria y moral de la Academia; y por otra, la importancia trascendental de la obra de fraternizacion literaria, que tiene ya muy adelantada en América.

Y digamos algo, que es hora, de los que ántes que los actuales han sido académicos de la Española.

Fundada esa á imitacion de la Francesa y en los primeros años del siglo XVIII, lógicamente habia de comenzar su vida bajo los auspicios de la aristocracia del nacimiento, que, en honor de la verdad sea dicho, no ha sido nunca en España incompatible con el talento y la instruccion literaria. Pero sea como quiera, fundador y primer director de la Academia fué D. Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena; pero co-fundadores con él, entre otros literatos, Ferreras, el analista; D. Gabriel Alvarez de Toledo, uno de los poetas

más importantes de su época; el mercenario Fr. Juan Icterian de Ayala, teólogo, orientalista y poeta; y el jesuita P. Casani.

En el mismo siglo XVIII ingresan sucesivamente en la Academia, Nasarre, el furibundo y apasionado, no sé si diga crítico ó enemigo encarnizado de nuestro nacional teatro, pero castizo escritor y docto humanista; Montiano y Luyando, campeón de la misma pseudo-clásica escuela, que entónces gozaba de gran crédito; D. Ignacio de Luzán, el retórico doctor de aquella secta; Huerta, el autor de la Raquel, intrépido y no inhábil mantenedor de la tradicion literaria de nuestro siglo de oro; el fabulista Samaniego; Campomanes, de quien basta estampar el nombre; el matemático Bails; D. Tomás Sanchez, el erudito colector primitivo de los poetas castellanos anteriores al siglo XV; D. Vicente de los Rios, ilustrado oficial de artillería, y excelente literato, autor del concienzudo cuanto discreto análisis del Quijote, preliminar á la magnífica y ya muy rara edicion de aquel libro inmortal, publicada por la Academia el año de 1780; Jovellanos, honra y gloria á un tiempo del Foro y del Parnaso españoles; y, para no extenderme ya más, D. Martin Fernandez Navarrete, el erudito escritor á quien deben tan notorios como importantes trabajos nuestra historia y nuestra literatura.

Ni es ménos abundante, como á verlo vamos, la cosecha de literatos, célebres unos, ménos conocidos otros, pero beneméritos y útiles todos, con que la Academia ha sabido honrarse y acreditar su acierto por una parte, y su imparcial criterio por otra, durante el siglo que corre todavía.

Procedentes de la pasada centuria, pero que en la presente han florecido bastantes años, citaremos á los eruditos, liberales y muy notorios presbíteros, D. Joaquin Lorenzo Villanueva, cuyo *Viaje literario á las Iglesias de España*, es obra clásica en su género; y D. Francisco Martinez Marina, el ilustrado autor de la *Teoría de las Córtes*. Los nombres que á continuacion escribimos no son los de todos, sino los de algunos de los más notables literatos que han ingresado en la Academia durante el siglo XIX, excepcion hecha de los que aún viven; y para obviar todo género de pretension á calificarlos, citámoslos segun el órden cronológico de las fechas de sus

respectivos nombramientos, á partir desde el año de 1801.

Han sido, pues, académicos: D. Nicasio Alvarez Cienfuegos; D. José Antonio Conde, el historiador de los Arabes en España; D. Diego Clemencin, el comentador del Quijote; Gonzalez Carvajal, traductor de los Salmos; Melendez Valdés; Quintana; Vargas Ponce; Tapia; Martinez de la Rosa; Arriaza; Búrgos, traductor de Horacio; D. Alberto Lista; D. Juan Nicasio Gallego; Breton de los Herreros; el duque de Rivas (D. Angel Saavedra); D. Mateo Seoane, tan excelente filólogo como buen médico; D. Antonio Gil y Zárate; Ventura de la Vega; el duque de Frias, padre del actual; Don Agustin Durán, erudito, crítico y poeta; D. Antonio Alcalá Galiano; D. Pedro José Pidal; Lopez Cepero; Ochoa; D. Joaquin Francisco Pacheco; Segovia (el Estudiante); Nicomedes Pastor Diaz; Bálmés; Donoso Cortés; Baralt, filólogo y poeta americano; Ferrer del Rio; Monlau; Catalina (D. Severo); Cutanda; Gonzalez Brabo; Nuñez Arenas; Rios y Rosas, y Olózaga (D. Salustiano).

¿No basta esa lista, aunque incompleta, á demostrar hasta la evidencia que las puertas de la Academia Española han estado siempre, como lo están hoy, de par en par abiertas para toda celebridad literaria, y que son muy raras las contemporáneas cuyos nombres no han figurado en el catálogo de sus individuos? Paréceme indudable que sí demuestra lo que yo pretendo; mas como, sin embargo de ser eso verdad, hay tres apellidos de contemporáneos ilustres que faltan, en efecto, en los anales académicos, debo y quiero hacerme anticipadamente cargo del argumento que, pronunciándolos, pudiera hacerse.

Ni los dos *Moratines*, padre é hijo, ni *Espronceda*, ni *Zorrilla*, constan en el número de los académicos pasados ni presentes. Confieso el hecho, deplorándolo; pero permítaseme examinar el cómo y el por qué de tal fenómeno.

D. José Zorrilla fué electo el año de 1848; no tuvo por conveniente tomar posesion de su silla, y esta fué declarada vacante en 1850, un año más tarde de lo que con arreglo á los Estatutos procedia.

En cuanto á Moratin, ó por mejor decir, á los Moratines,

porque el padre y el hijo fueron ámbos muy dignos de los honores académicos, y no quisieron, sin embargo, obtenerlos en España al ménos, preciso será entrar en alguna explicacion, ya que el punto se ha tocado.—El primero, el autor de la *Hormesinda* y de las inimitables quintillas de la *Fiesta de toros en Madrid*, era un excelente poeta lírico, mucho más, á mi juicio, que su hijo, pero fanático por el clasicismo; probo y recto, así en la vida literaria como en la privada; y hombre, en suma, que haciendo de sus opiniones literarias dogmas casi religiosos, y de la perseverancia en ellas caso de conciencia, no podia ménos de adolecer, como adolecia en efecto, de cierta inflexibilidad estóica, y de una fé implícita en su propio mérito, tal que, para no pasar por vanidad, tenia que afectar la forma de una modestia excesivamente quisquillosa. Con excelentes relaciones en la córte y en el palacio mismo, Moratin padre no quiso pretender nunca empleo alguno; opositor á una cátedra de poética, y habiéndose distinguido notablemente en los ejercicios, no acierta á resolverse despues á practicar las diligencias en aquella época indispensables para obtenerla, y abandona voluntariamente el campo á su amigo y competidor Lopez de Ayala; por complacer al Duque de Medina-Sidonia, su grande amigo y valedor, préstase una vez á luchar con Talassi, admirable improvisador italiano, de paso entónces en Madrid, y lucha con gloria suya y aplauso universal y ardiente, de cuantos le escuchan; pero quiere entónces el Duque que la prueba se repita, y Moratin se niega rotundamente, con muy buenas razones, concluyendo con esta gráfica frase: «Gocemos de su »extraordinaria habilidad (la de Talassi), cante él solo, y es- »tá seguro de los aplausos de cuantos tengan la fortuna de »oirle; pero no se me estorbe á mí la dulce satisfaccion de »ser su amigo.»

Moratin no queria ni vencer, ni ser vencido; Moratin no queria lucha, porque temia dejar de ser amigo de aquellos con quienes luchara.

Hombres en cuyo carácter tanto domina el personalismo—y observémoslo de paso, en nuestros literatos del siglo pasado ese achaque era endémico—no suelen ser afectos á las



corporaciones académicas, ni á propósito para pertenecer á ellas; porque en su seno, cuando el individuo no se resigna á fundirse en la colectividad, irremediabilmente ha de ser un perturbador elemento.

La Academia, sin embargo, estaba pronta á recibir al padre de Inarco Celénio, como ese mismo lo confiesa, diciéndonos que el amigo de aquel D. Eugenio Llaguno le instaba para que lo solicitase, *asegurándole que seria inmediatamente admitido*. Debe notarse aquí que, desde la fundacion de la Academia, hasta que el año de 1847 fueron reformados por el Gobierno sus Estatutos, era circunstancia indispensable para ingresar en ella la de que, por medio de un memorial, o solicitase el que lo deseaba: pero es tambien muy de advertir, que nunca el tal memorial se presentaba, sin que prévia, aunque extraoficialmente, se supiera con evidencia que no habia de ser desairado.

Aun así, D. Nicolás Fernandez Moratin negóse rotundamente á estampar su firma en aquella solicitud, que le parecia denigrante, porque á su juicio, *no podia concebirse absurdo más torpe que el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratara de pretender un estanquillo*. Este argumento seduce á primera vista: bien examinado, entraña un absurdo, mucho más grande y evidente que el supuesto en la exigencia del memorial.

Aparte de que era costumbre establecida la de que nadie presentara ese papel sin estar antes moralmente seguro de no ser desairado, ¿no era más natural y más lógico que fueran los aspirantes los que el riesgo de una negativa corrieran, que la corporacion misma el de ser desairada? Por poco que la Academia suponga, ¿es fácil que un solo individuo valga él solo más que toda ella? El caso es posible en rigor, pero no probable; generalmente hablando, no puede negarse que la manifestacion del deseo de pertenecer á una corporacion debe de ser circunstancia indispensable para ingresar en ella.—Hoy la Academia no exige el memorial: pero sí que los proponentes de todo candidato respondan de que ese aceptará la silla, en caso de ser elegido.

Mas no fué la ya discutida la dificultad sola que á Mora-

tin retrajo de la Academia; y en verdad sea dicho, las que á resumir voy, parécenme mucho más fundadas que aquella, si bien con la exageracion intransigente propia del carácter del ilustre poeta están formuladas.

Moratin echaba de ménos en los Estatutos primitivos de la Academia, aunque directamente no lo dice, sin duda alguna ciertas prescripciones relativas á las circunstancias que debian exigirse á sus individuos; y en el número de estos, encontraba de más á muchos personajes, respetabilísimos por su condicion aristocrática ó su elevada oficial gerarquía, pero sin títulos literarios bastantes para figurar con derecho en aquel cuerpo.

Confesémoslo sin hacernos de rogar: en la segunda de esas objeciones, razon le sobraba al argumentante. Fueron muchos, fueron demasiados durante el siglo XVIII, los grandes de España académicos, sin más fundamento que su alcurnia, y cuando más su buen deseo de proteger las letras, pero careciendo, en realidad, de títulos verdaderamente literarios. Que ese fenómeno se explica bien por las circunstancias de la época en que tenia lugar, no admite duda; pero explicar, no es siempre justificar; y en esa parte, repitámoslo, Moratin tenia razon de sobra. En lo que no me parece que anduvo lógico, ni cuerdo siquiera, fué en negarse á contribuir con su persona y luces, á disminuir en lo posible el mal evidente que en la constitucion de la Academia señalaba; mal que el sucesivo ingreso en ella de insignes escritores fué curando gradualmente, hasta hacerlo desaparecer felizmente por completo.

Por otra parte, Moratin padre, siempre en sus opiniones dogmático de sobra, decia que *la Academia, si ha de valer algo, necesita de los sábios*;—en lo cual estamos perfectamente de acuerdo, pero añadiendo—*que los sábios para nada necesitan de la Academia*, aserto que en general, y prescindiendo en absoluto de la corporacion á que tengo la honra de pertenecer, no me parece sostenible en la época que ya alcanzamos. La asociacion es hoy, no solamente útil, sino indispensable para la mayor parte de los fines de la vida, y muy señaladamente los científicos en cualquier ramo de los cono-

cimientos humanos, porque los rápidos progresos de estos cada día van exigiendo con mayor imperio la union de las fuerzas y el concurso de las voluntades.

Por último, y quizá más en esto que en otra cosa, estribaba el fundamento de los sentimientos anti-académicos de Moratin; este, en un concurso, presentó á la Academia (que juzga siempre ignorando los nombres de los opositores) un canto en octavas, titulado las *Naves de Cortés*, que no obtuvo *ni el premio ni el accesit*. Resintióse grandemente el amor propio de D. Nicolás con aquel supuesto desaire, y de ahí que nunca más volviera á pensar siquiera en hacerse académico.

Conste, empero, que no lo fué porque no quiso, no porque la corporacion no hubiera estado dispuesta á recibirle en su seno.

En cuanto al ilustre autor de *El sí de las niñas*, que más afortunado que el de las *Naves de Cortés*, obtuvo á la edad de 18 años el *accesit* en el concurso abierto para cantar la *Toma de Granada*, por la Academia Española, no encuentro rastro en cuanto de él se ha escrito, de que nunca manifestara, no diré propósito, pero ni inclinacion siquiera á ser académico. ¿Habia heredado respecto á eso la pronunciada antipatía de su padre?—Tal vez sí: pero, á mayor abundamiento, las circunstancias de su vida, y la más que azarosa época en que floreció nuestro célebre dramático, hasta cierto punto explican su proceder en la materia. En el siglo pasado era más larga y más difícil la carrera literaria que en el nuestro: así, la primera comedia de Moratin (*El viejo y la niña*), aunque escrita ya en 1786, no fué puesta en escena hasta cuatro años más tarde, cuando ya habia el autor cumplido los 30 de su edad. De esa fecha, pues, parte su celebridad, que llegó á su apogeo en 1806, con la perla de nuestro teatro clásico, *El sí de las niñas*.

Bien pudo en esos 18 años (1790 á 1808) ser académico, y títulos le sobraban para merecerlo; pero sea que no le diese importancia ninguna (como lo presumo) á aquel título, sea que sus viajes á Inglaterra, á Francia y á Italia, unas veces, y otras sus obligaciones como funcionario público ó sus propias

tareas literarias se lo estorbasen, el hecho es que, en efecto, no se le ocurrió nunca la idea de entrar en la Academia.

Más tarde tuvo la desdicha de ser afrancesado, y notorio es que murió en la emigración, ya entónces voluntaria, en el mes de Junio de 1828.

Era entónces todavía ley de la Academia que el ingreso en ella se solicitara por escrito. De los que á llenar esa condición se negaron, no se puede con justicia decir que fueron por la corporación desairados.

Dos palabras ahora y no más, sobre Espronceda, para terminar este ya prolijo episódico relato.

El cantor sublime del Himno al Sol contaba apenas catorce años de edad cuando ya comenzó á ser perseguido (1824) por sus opiniones ardientemente liberales. Ellas le hicieron expatriarse en 1830, y no le fué ya lícito regresar á España hasta la publicación de la amnistía con que la reina doña María Cristina de Borbon inauguró su regencia. Pero Espronceda no volvió al hogar paterno ménos liberal ni ménos exaltado que de él habia salido. La política fué desde entónces, hasta su prematura y nunca bastantemente llorada muerte, su ocupación fundamental, si bien nunca abandonó el culto de las musas.

¿Ocurriósele alguna vez ser académico? No lo recuerdo, y no lo creo, porque no era el de su carácter el corte académico; pero si lo quisiera en el último período de su vida, indudablemente lo hubiera logrado sin dificultad ninguna.

Académicos eran, al cumplir Espronceda los treinta años (1840), D. Mariano Roca de Togores (marqués hoy de Molins), Breton de los Herreros, Martinez de la Rosa, Ventura de la Vega, D. Alberto Lista, D. Manuel José Quintana, el duque de Frias, D. Antonio Gil y Zárate, D. J. N. Gallego y otros muchos, amigos unos de corazón de Espronceda, sus admiradores otros, y todos, cuando ménos, incapaces de negarle la entrada en aquel senado literario á quien del sacro laurel se les presentara tan legítimamente coronado.

Espronceda no murió académico, porque no intentó serlo, ó quizá más bien porque, al bajar á la tumba, no habia llegado aún á la edad en que se prefiere sentarse entre los Jueces

del campo, á luchar todavía en la arena en demanda de la palma del triunfo.

„Palma que colocada  
 „Al pié de la verdad y la belleza,  
 „Quien de Divino génio conducido  
 „Consigue arrebatarla, á ser empieza  
 „En fama claro y libre ya de olvido (1).“

Y sin embargo de todo, lástima es y grande, no poder afirmar en absoluto que todas las celebridades literarias de nuestro país, desde que se fundó la Academia, han pertenecido á ella sin excepcion alguna. En unos casos, como acabamos de verlo, cierta excentricidad en los caractéres de individuos determinados, les movió á ellos á retraerse de las sillas que de bonísima gana se les ofrecieron ó se les hubieran concedido si á solicitarlas se resolvieran; y en otros, acaso la corporacion misma, que al fin y al cabo, como compuesta de hombres y no de ángeles, no está exenta de los errores y flaquezas inseparables de la especie humana, posible es que no haya tenido en sus elecciones todo el acierto y la imparcialidad que en general procura y logra.

Eso no obstante, como las excepciones no destruyen la regla, la verdad es que en la república de las letras, así en España como en América, la Academia goza con justicia de gran prestigio, y que ser académico ya de número, ya correspondiente, nacional ó extranjero, es honra en uno y otro hemisferio grandemente ambicionada.

Qué uso ha hecho la Academia misma de esa su autoridad moral en el Nuevo Mundo, y qué resultados dieron allí sus trabajos con desinteresado celo por sus correspondientes americanos secundados, nos proponemos decirlo en párrafo aparte, tanto porque el presente alcanza ya sobrada extension, cuanto porque lo escrito basta ya, si no sobra, para completar un primer artículo.

*(Se concluirá.)*

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

---

(1) Melendez Valdés, oda *A la gloria de las Artes*.

---

# LAS COSTUMBRES ROMANAS

EN LOS PRIMEROS SIGLOS DEL IMPERIO (1).

---

La obra de Mr. Friedlander ha obtenido en Alemania un éxito que merece extenderse á más distancia. No está escrita solamente para los eruditos, sino para el público en general, y se recomienda por ser interesantísima, por estar llena de investigaciones nuevas, por un excelente método y por combinar acertadamente la amenidad con la solidez.—Estas cualidades, completamente francesas, permítasenos decirlo, parécennos muy á propósito para asegurar en nuestro país una buena acogida al autor alemán, gracias á la traducción que ha hecho de su obra Mr. Ch. Vogel con claridad y elegancia que disculpan grandemente ciertas incorrecciones. En los dos últimos tomos que acaba de dar á la estampa, se ha sujetado más Mr. Vogel al texto que en los anteriores y ha puesto en notas, ejemplos y citas suprimidos en la traducción de los primeros tomos, lo cual le hace acreedor á nuestras felicitaciones. Aún nos habria satisfecho más un sistema de traducción más literal, pues no tiene el autor de la obra ese aparato bárbaro y pedantesco que es preciso dejar á una parte cuando se quiere que un libro sea apreciado por el mayor número de lectores. Por lo demás, claro está que lo que importa cuando de traducciones se trata es que sean agradables de leerse y que ofrezcan fiel imágen del libro, y en este punto es dado al traduc-

---

(1) *Mœurs romaines du règne d'Auguste á la fin des Antonins*, par Mr. Friedlander, professeur á l'Université de Koenisberg, traduit par Mr. Ch. Vogel.

tor de quien tratamos aprovecharse del mejor de los testimonios, porque ha contado con la aprobacion y en los últimos tomos con la revision del autor aleman ántes de entregar á nuestro público el docto trabajo que somete á su juicio.

Digamos algo ántes de entrar en los detalles del método, ó si se quiere del procedimiento expositivo que en la obra se sigue. Este procedimiento es eminentemente descriptivo y no es en modo alguno sistemático. Y sin embargo, se vé aparecer en ciertos momentos un pensamiento justificativo, un si es no es optimista. No pierde por eso Mr. Friedlander las cualidades de exactitud que le distinguen, pues la fidelidad y la imparcialidad de su testimonio histórico igualan, y no es poco, la abundancia de sus datos. ¿Añadiré que podria haberse dejado más espacio al juicio filosófico, que las consideraciones generales escasean un poco, que puesto el autor en presencia de una multitud de hechos económicos que han tenido sobre a prosperidad y riqueza pública consecuencias á las veces muy graves, me parece que se aleja demasiado del estudio de las causas que, por último, correspondia á la política decir algo sobre el despotismo de los emperadores y el sistema de administracion? Repite con Mommsem Mr. Friedlander, que el imperio romano ha sido hasta hoy más vilipendiado que conocido y se esmera por eso de un modo muy principal en darlo á conocer. Trataremos por nuestra parte de colocarnos en su punto de vista y nos preguntaremos cuáles son los hechos que ha esclarecido despues de tantos trabajos de carácter general que, al parecer, habian agotado el asunto.

Bastarán las principales divisiones del libro para que se comprenda su importancia y nos capaciten para juzgar el órden nuevo y notable en que ha dispuesto el autor tan vasta materia. Los dos primeros tomos tratan de la ciudad de Roma, de la córte, de las diversas clases, de las mujeres, los espectáculos y los viajes. Está consagrado el tercero al lujo y á las bellas artes; el cuarto á las letras, á la situacion religiosa y á la filosofía moral. No hay asunto de estos que no haya inspirado tratados especiales que constan á las veces de varios tomos. Los nombres franceses de MM. Ampére, Beulé, Martha, G. Boissier, Belot y otros que han aplicado á estas diversas

partes del asunto una erudicion no ménos sólida que elegante, ¿no habrian podido obtener del autor, notémoslo de pasada, una mencion especial? Despues de todo, no se ha propuesto escribir Mr. Friedlander una série de tratados completos y técnicos sobre esos diversos puntos. Solo los ha considerado bajo el aspecto moral. En este reside la unidad, la fuerza de su trabajo: en él su verdadera importancia.

## I.

El sábio profesor ha consagrado en primer lugar sus investigaciones á la ciudad que fué el principal teatro de una civilizacion brillante y corrompida. Esa Roma de mármol con que se vanagloriaba Augusto de haber sustituido una ciudad de ladrillo, parécele más bien una magnífica ciudad que una ciudad bella en el sentido moderno de la palabra. No habia en ella ni ese buen gusto, ni esa armonía en las proporciones, ni esas comodidades que no acertamos hoy á separar de la idea de una hermosa ciudad. Mr. Friedlander nos describe esas calles estrechas, tortuosas, mal cuidadas, en que falta el aire, en que obstruyen la circulacion las tiendas que se adelantán, y que las tentativas repetidas durante siglos por los ediles no lograron suprimir. Recuerda la insalubridad de esas casas amontonadas, de extraordinaria y casi proverbial elevacion, que segun el autor no habria podido igualar sin embargo la de algunas ciudades modernas, la que tienen Edimburgo y París mismo en ciertos barrios. Señala la parte que corresponde á cada emperador en el embellecimiento de esa irregular ciudad, en dotar de higiénicas condiciones esos barrios mal sanos, partiendo de Augusto, que trabaja en ello con ayuda de Agripa, hasta Neron, que tuvo por colaborador al incendio, desde el prudente Vespasiano hasta Adriano, que juntaba á su genio artístico una infatigable actividad. Al medio siglo que se extiende entre estos dos emperadores, corresponde el apogeo del esplendor de Roma. Se sabe por la relacion que nos ha legado Ausmiano Marcelino, la profunda impresion que produjo en el emperador Constantio cuando por primera vez la visitó en el año 357, al mirar desde una



altura su soberbio conjunto y la variedad de sus monumentos.

Mas ¿qué diremos de la multitud confusa y abigarrada que se agitaba en ese recinto, multitud que nos convida á un estudio más curioso que el de los monumentos, baños, teatros, templos, fuentes, estátuas, plazas, jardines que solo fueron hechos para satisfaccion de sus necesidades, ocupacion de sus ócios y contento de su fantasía? ¡Cuánta diversidad de razas de todos los colores y todos los trajes! Y ¡qué increíble avidez de placeres en la plebe romana! ¡qué eterna frivolidad! Debemos preguntarnos primeramente á qué número ascendia esa poblacion de tantas procedencias, y es esta una cuestion muy á menudo discutida y muy imperfectamente resuelta. Mr. Friedlander hace oscilar este número entre un millon y millon y medio, no admitiendo el de dos millones que algunos eruditos presentan. Solo lo considera posible en tiempo de Trajano, pero de ninguna suerte en el siglo IV, pues á la sazón habíanse producido en la despoblacion considerables progresos.

Por otra parte, es preciso confesar que las bases del cálculo carecen de certidumbre. Se ha querido adoptar como criterio el consumo de trigo, se ha dicho que este consumo, segun Aurelio Víctor y Josefo, se elevaba en tiempo de este último á sesenta millones de medidas (*modii*). Admitiendo que correspondieran sesenta medidas que forman poco más de cinco litros y medio á cada uno, como término medio, el cálculo arroja un millon de habitantes; pero como las mujeres, los niños y todas las personas de distincion consumian mucho ménos, el cálculo nos lleva á admitir un número superior. Tomando Gibbon por base de su cálculo el número de las casas, admite 120.000 almas. Dureau de la Malle se detiene en 550.000 almas, considerando que el espacio comprendido en el recinto de la muralla de Aurelio solo representa aproximadamente las dos quintas partes de la superficie de París en su tiempo. Pero ya un sábio aleman, Zumpt, ha hecho observar que con una densidad como la de los barrios que formaban en otros tiempos el cuarto distrito de París, la poblacion de Roma en los límites de esa muralla debia elevarse á 1.153.000 habitantes. Las habitaciones eran de otra parte mucho más limitadas

que las nuestras. Además la muralla de Aurelio no abarcaba á toda la ciudad que comprendia barrios y arrabales muy considerables, colocados fuera de ese recinto. Solo es dado, como se vé, llegar á cálculos de probabilidad más ó ménos aproximados, y el autor al enunciar su parecer, no há pretendido disipar enteramente las tinieblas que cubren todavía tan debatida cuestion.

Mr. Friedlander ha podido dar más detallado informe de las condiciones de la vida. Sabido es cuán difíciles se habian hecho con los prógrosos de la riqueza y el lujo que dieron como siempre por resultado la extremada carestía de los víveres y los alojamientos. Barata era aún la vida bajo el imperio en los municipios, y á esto alude Marcial cuando dice:

*Egisti vitam semper, Line, municipalem  
Qua nihil omnino vilius esse potest.*

Los alojamientos, desde el tiempo de César, constaban el cuádruple del precio que alcanzaban en las otras ciudades de Italia. Juvenal llega á decir que en modesta localidad, podía comprarse casa y jardín por la suma que costaba anualmente el alquiler de un mal alojamiento en Roma. La ostentacion de un modo de vivir desproporcionado á los verdaderos recursos era en parte la causa de este mal. Esta especie de *decorum* era tan pronto una imposicion de las costumbres como un reclamo del charlatanismo. Hoy otros rasgos que nos hacen recordar los vicios y desórdenes habituales de nuestras grandes ciudades. Ovidio habla en el *Arte de amar* de los diestros ladrones, elegantemente vestidos, que sabian apoderarse de sortijas y otras joyas ajenas. Los mendigos pedian limosna entonando cantos lastimeros. La confusion que los coches producian y el ruido nocturno han dado ocasion á poéticas descripciones. Los alborotos y ataques de noche á las personas en las calles oscuras no eran ménos frecuentes que en nuestro antiguo París. Lo mismo que entre nosotros se vivió entónces mucho tiempo sin conocer el movimiento y el brillo de los trenes. Aun en la época de los emperadores puede decirse que hasta el siglo III no se estableció el uso de los carruajes de lujo, adornados muy á menudo de plata y en un

principio se permitia solamente á los prefectos del pretorio y á los grandes dignatarios del imperio hasta que se extendieron sucesivamente á los senadores y particulares.

Estas investigaciones, hechas con precision tal que solo puede darse imperfecta idea de ella en un análisis, están llamadas á ocasionar más de una observacion que rectifique ó complete ideas que por hábito formamos. Seria fácil de encontrar, por ejemplo, que muchos rasgos de la costumbre imputados como crímenes á la Roma pagana, son comunes á todas las grandes capitales. Algunos sirven para descubrir en todas las naciones un período correspondiente de la civilizacion. ¿Significa esto por ventura que Roma no tuvo vicios propios, su parte de originalidad para el mal como para el bien? No es seguramente así, y lo contrario resalta claramente en muchas partes del cuadro. Otro resultado no ménos relevante es el siguiente: si es verdad que pocas poblaciones disfrutaron gratuitamente más goces y diversiones, pocas en cambio estuvieron sometidas á tantas pruebas por toda clase de miserias, por cuotidiana escasez, incendios, terremotos, hambre espantosa y las más frecuentes y destructoras epidemias. Varios médicos han creido reconocer en una de las más crueles la misma que tantos estragos hace entre nosotros, la viruela. A pesar de todas las descripciones que se hacen de los goces del pueblo rey, es difícil creer que la palabra bienestar, y ménos aún la de felicidad, pueda aplicarse á tan perturbada condicion.

La córte, su influencia y composicion son descritas por Mr. Friedlander con la misma escrupulosa erudicion. Se complace en señalar la imitacion que de los emperadores se hacia, copiándolos servilmente por espíritu de córte. El papel de los libertos, el de los caballeros, las fuentes extranjeras en que se alimentó la alta domesticidad imperial, la clasificacion gerárquica de las funciones cortesanas, las sábias leyes de la etiqueta, los privilegios y peligros de esos favoritos cuya caida es tanto más violenta, cuanto más rápida y sorprendente fué su elevacion, la decadencia de esa nobleza que cede á emparentarse con los más viles advenedizos, todo, hasta la condicion de esos astrólogos que recuerdan, hasta el punto de con-

fundirse con ellos, á los astrólogos de la córte de los Valois, está iluminado con vivos resplandores en ese cuadro trazado con mano hábil y paciente. El autor habla tambien de las favoritas. Poca influencia verdadera tuvieron en sociedad tan corrompida. Actea, Pópea, Cenide y otras favoritas famosas, Pontea de Smirna misma, tan graciosa y de tanto ingenio segun refiere Luciano, que la cree superior á Aspasia, apenas tuvieron influjo fuera de los intereses privados que se agitaban en derredor de ellas para obtener del favor imperial socorros y destinos. Nunca se ha pensado en atribuirles influencia política, y cuesta trabajo imaginarse una Pompadour en la córte de los emperadores. No solo excluian esta influencia las costumbres romanas; la accion que pudieran ejercer las favoritas estaba limitada por la misma degradacion de los vicios que excluia toda afeccion séria. Encontramos tambien curiosa observaciones sobre los *amigos* de los emperadores, modo de organizar el favoritismo, que se distingue por una singular complicacion si se tiene en cuenta ese nombre de amigos. Los compañeros del emperador forman tambien una gerarquía sometida á reglas y á una parte de arbitrariedad y eleccion curiosamente mezcladas. Los sueldos, muy diversos respecto de la cantidad á que ascendian y de la familiaridad del príncipe, seguian en este ramo una especie de progresion, notable por una regularidad que haria asomar sonrisas si el capricho no la alterara á veces. ¡Cuántas regularidades que dependian del carácter del emperador no se advierten en los festines celebrados en honor de los familiares ó los magnates! ¡Cuántas extravagancias no rompien la uniformidad del ceremonial! Podria formarse juicio del carácter de Tiberio, de Claudio ó de Domiciano por el modo de tratar á sus convidados.

Un libro entero está consagrado á los tres *órdenes*, no tanto en sus prerogativas políticas, muy á menudo estudiadas, como en su habitual manera de vivir. La existencia de la clase senatorial explica los lazos de inevitable dependencia que la ponian en manos de los emperadores. ¡Qué gastos de representacion y cuántas donaciones obligatorias y cuántos desembolsos forzosos con destino al ornato y cuántas funda-

ciones benéficas ó de públicos regocijos y cuántos legados impuestos! Y al mismo tiempo, ¡qué interdicciones de los medios que sostenian ó creaban las capitales á la sazón como la industria, el negocio, el arrendamiento de los impuestos, el préstamo á interés! Se comprende muy bien hasta qué punto las pensiones y los empleos venian á ser el recurso de esas clases privilegiadas, hostigadas de tantas maneras por sus necesidades y puestas en la alternativa de someterse ó de caer en la miseria. Tambien encontramos detalles precisos sobre el órden ecuestre y sobre el tercero compuesto de las artes y profesiones liberales. Hoy en día nos interesan las particularidades relativas á las condiciones de la vida privada: el elemento económico ocupa en la historia séria (*grande histoire*) un importante lugar. Mr. Friedlander satisface una curiosidad legítima dándonos á conocer más de una vez el salario de las diversas profesiones, los honorarios de un retórico, de un preceptor, de un abogado, de un médico y hasta las utilidades percibidas por los charlatanes, cuyo oficio consistia en predecir lo futuro. Ocupará del mismo modo un lugar en este cuadro de una civilización adelantada la historia de la sociedad cortesana. Las obligaciones de la vida social serán descritas entónces y se nos pondrá al corriente de lo que á lo sazón constituia el asunto de las conversaciones de la gente instruida ó elegante. Sabremos la importancia que tenian los noticieros, cómo se ocupaba la gente en los juegos, teatros, maledicencia, escándalos del día y tambien en la literatura y las artes. Todo esto sirve para que se comprenda mejor el papel de las mujeres en esa sociedad. Este es uno de los más notables estudios, uno de los que están tratados en la obra con más delicadeza. El autor sigue á la jóven patricia desde la infancia, apunta los cuidados supersticiosos dedicados á preservarla de enfermedades y hechicerías por medio de innumerables amuletos; sus juegos, con tanta frecuencia parecidos á los nuestros, como, por ejemplo, las muñecas, la pelota y la taba; los cuentos fantásticos, que tanta semejanza tienen con nuestros cuentos de hadas, las primeras lecciones en que aprende á leer, así como á hilar y tejer. Hilar y tejer; tales son, en efecto, las domésticas labores de la mujer; des-

deñadas en los tiempos de molicie, reaparecen como una santa tradicion del pasado luego que brilla algun resplandor de regeneracion. Basta hojear á Séneca, Ovidio, Horacio, Plinio el jóven, Estacio, Claudiano Quintiliano, etc., para darse cuenta del lugar que ocupan en la educacion de las jóvenes la poesía griega y latina, la música y la danza; educacion á menudo superficial y corruptora que era digna preparacion de esos matrimonios precoces fundados en la conveniencia pecuniaria. Vienen luego las ceremonias de los desposorios, los espléndidos regalos de bodas, el tocado de la novia, el matrimonio en el templo, las fiestas nupciales, las comidas, las liberalidades para con amigos y parientes, las cuales pesaban á manera de impuesto sobre los jóvenes esposos y de que era difícil librarse á causa de una tiránica costumbre, bien por medio de una excursion campestre ú otro modo cualquiera de sustraerse á las miradas. La importancia y libertad de la mujer casada se habian acrecentado mucho con el uso de la dote y la facultad que la mujer tenia de disponer de una parte de sus bienes. Vióse desarrollar en este sexo la pasion por los espectáculos licenciosos y por los actores, los mímicos y los cantantes; pasion que dió origen á relaciones escandalosas aún en las personas de más alto rango. Y, sin embargo, no bastan estas observaciones para agotar el retrato de la mujer en esa época. Entónces existió tambien la mujer docta, filósofa, matemática, tipo de pedantería á quien faltó un Moliere. Juvenal y Marcial sirven, sin embargo, para darnos á conocer esta clase de mujeres con su afectacion en el lenguaje y sus pretensiones de estar en aptitud de juzgar las obras del ingenio. ¿Necesitaremos añadir que Roma conoció la mujer en estado de rebelion contra las instituciones sociales? ¿No es, por ventura, cosa averiguada que ciertas damas principales hallaban en tiempo de Epicteto su lectura favorita en la *República* de Platon, porque en esta obra se declara que son condicion fundamental del Estado ideal la abolicion del matrimonio y la comunidad de mujeres? Creian encontrar de este modo la disculpa de sus propios deslices, y hubo filósofos complacientes que las apoyaban en esta opinion.

El autor de *Las costumbres romanas* cree, sin embargo, me-

por dicho, demuestra, que se calumniaría á las mujeres y á la época á que nos referimos si nos atuviéramos á esos rasgos satíricos. Tiene entre ellas la filosofía fervientes adeptas, unas del talento más brillante y otras de la más alta y firme virtud. ¿Quién ignora que hubo quien la llevó hasta el heroísmo de la abnegación y el martirio? Fueron excepciones sublimes. La religión era más á propósito que la filosofía para esas naturalezas entregadas á la fé. El cristianismo satisfizo, sometiéndolas á regla, esas necesidades del alma que estallaban en todas partes, ora en nobles arranques, ora yendo á perderse en deplorables extravíos.

## II.

Mr. Friedlander tenía que dar en su libro un lugar muy importante á los espectáculos que habían venido á ser en la vida romana artículo de primera necesidad. Tienen también un aspecto político, y el autor llega hasta descubrir que son en cierto sentido una especie de imagen de las antiguas asambleas populares, perpetuada bajo el imperio. En este punto, muestran á las veces los soberanos una rara condescendencia. El pueblo presenta allí sus peticiones y quejas, y los emperadores no están siempre á cubierto de burlas y ultrajes. Las demostraciones de público descontento, más raras por otra parte que las de un servil entusiasmo, y que las ovaciones de encargo parecen otorgar á la licencia lo que se había quitado á la libertad. Los emperadores se sirven también de los espectáculos para su política. Al mismo tiempo que acaban de corromper en ellos al pueblo, buscan allí instrumentos de popularidad, distribuyen á los espectadores regalos, víveres, refrescos. Se llega á repartirles suertes de lotería. La construcción y conservación de los teatros constituyen uno de los más importantes asuntos de la época. Las cargas que suponen son enormes. El sábio autor trata de evaluarlas, de averiguar el reparto que de ellas se hacía entre las ciudades, la aristocracia y los emperadores, que dan con una mano lo que recobran con la otra; analiza y diríase que sigue la pista á la acción desmoralizadora de las representaciones escéni-

cas. Nos trasporta á esas representaciones, á esos teatros que no han tenido nunca rivales. Tenemos verdaderamente á la vista el gran Circo con su distribucion de localidades, la animacion del pueblo, en el recinto y en las cercanías, los carros que corren por la ancha arena, los conductores, los caballos de carrera, las facciones en que el público se divide, los preparativos de los juegos, las emociones de una muchedumbre exaltada, el espectáculo en toda su variada, rica y pomposa ostentacion; lo mismo sucede con el anfiteatro, ese supremo esfuerzo de la construccion teatral. No es un mediano trabajo el de dar exacta idea de esas combinaciones destinadas á producir los más prodigiosos efectos, de esas decoraciones de magnificencia verdaderamente maravillosa, de esa série de sorpresas y cambios escénicos continuos, de ese minucioso cuidado de rebuscar lo extravagante, las monstruosidades y lo grandioso donde quiera que se hallaren. El autor nos obliga á interesarnos, á fuerza de detalles técnicos, por lo curiosos, en esos combates feroces y en esas naumaquias que ofrecian la doble imágen del mar y de la guerra á un pueblo inmenso que engañaban por un momento tales simulacros. Estudia los orígenes de esas construcciones, y como tomaron proporciones cada vez más gigantescas y se multiplicaron en Italia, de donde se estendieron á las otras provincias de Occidente, á las Galias, al Africa Septentrional, á España, á Grecia, país en que la mayor suavidad de las costumbres opuso resistencia, al Asia menor y á todo el Oriente. Nos ofrece una completa monografía del gladiador, en la cual reproduce su vida, su educacion, su régimen, sus hábitos, sus relaciones con el cuerpo en que figuraba, las principales formas de los combates en que intervenia, su actitud ante el peligro y la muerte. Las luchas de animales se nos representan en ese libro con la misma riqueza de datos sacados de los historiadores, los poetas, los moralistas, los jurisconsultos y tambien de los escritores cristianos, á partir de la época en que comienza el testimonio de estos. La opinion tenia una indulgencia casi ilimitada para tan inmorales diversiones. Los más distinguidos escritores apreciaban los juegos de la arena con predileccion, que llegaba en ocasiones hasta la apología, de la cual solo



exceptuaban excesos parciales y crueldades inútiles. La atenuación de tan horrible carnicería debía señalar naturalmente un adelanto de las costumbres, y su supresión revela un progreso que se cumplió al mismo tiempo en las costumbres y en las ideas. Dejóse al fin de creer en el derecho de celebrar tan sanguinarias inmolaciones, en las cuales se había encontrado, no solo distracciones lícitas, sino una escuela de valor y heroísmo. Un largo período debía trascurrir sin que se verificara la gran reforma que empezó bajo la influencia de la filosofía estóica, más humana y morigeradora de esos primeros siglos del imperio, y solo pudo completarse cuando triunfó la moral del cristianismo. La afición que á los actores se tenía, la imitación que se hacia hasta de sus gestos, son una de las señales de esta decadencia, que no se caracteriza ménos por el lugar que ocupaban en las representaciones teatrales una música inventada para embriaguez de los sentidos y licenciosas danzas. Nada nos dá á conocer mejor esa sociedad refinada y grosera, apasionada y muelle. La imaginación de esa multitud demanda que se la excite, tanto más cuanto que su inteligencia y su corazón están vacíos de grandes ideas y grandes sentimientos; los nervios de esos hombres arruinados en las orgías, de esas mujeres frívolas y gastadas, están acostumbrados á una excitación que no puede imaginarse en ninguna otra sociedad. Es preciso seguir en este tono, so pena de no encontrar otra cosa que un fastidio abrumador muy parecido á la desesperación.

Los viajes ofrecían un recurso más contra el aburrimiento de la vida. Con el imperio aumentaron mucho, merced á esa *paź del mundo* que fué tan celebrada. Había mayor seguridad, comprometida, sin embargo, por los piratas y los bandidos. A decir verdad, la facilidad de las comunicaciones era entonces muy superior á todo lo que en la antigüedad se había conocido en este punto. Esta facilidad ha sido elogiada y casi estamos tentados á decir que fué cantada por escritores que no son siempre cortesanos. El judío Philon, el filósofo Epiceto, el naturalista Plinio, hablan de ella con entusiasmo. El retórico Arístides de Esmina entona con tal motivo ditirambos. Diríase que tales apologías se han escrito recientemente

en celebracion de los ferro-carriles. La magnificencia y grandiosidad de la red de comunicaciones que se extendia á todo el imperio, no deben contarse como el único progreso de este género que se realizó en esa época. Vemos que las estaciones eran numerosas, que las paradas estaban bien distribuidas, que habia indicadores cuidadosamente hechos, á manera de guía del viajero, que hasta de las posadas daba noticia. ¡Qué fausto se desplegaba en estos viajes! Nada hay tan pomposo como los viajes imperiales. Esta pompa sobrepuja grandemente todo lo que sabemos de los viajes de Luis XIV y su comitiva. Antonio habia dado curiosos ejemplos de este lujo. Pero esto no es cosa que valga si se compara con Neron, llevando por séquito mil carrozas, mulas con herraduras de plata, una muchedumbre de muleros de encarnada librea, picadores y lacayos no ménos resplandecientes; si se compara con Pópea, haciendo que llevaran herraduras de oro sus bestias, y llevando consigo quinientas burras para que le suministraran la leche que habia menester para su baño cotidiano. La belleza de los coches, la riqueza de los adornos, la magnificencia de las telas y colgaduras, la vajilla, los vasos preciosos, todo un rico mobiliario, ¡qué idea nos dá todo eso del modo de viajar de un rico romano! Y tambien en esto sobrepujaba el lujo á las comodidades. Los antiguos nos han dejado el honor de inventar esas grandes fondas de que está llena casi toda Europa.

Mr. Friedlander indica luego todas las razones que habia entónces para viajar. Se viajaba... *animis causa*. Las gentes querian distraerse. Los más inteligentes trataban de instruirse. No hablo de los viajes que se emprendian para completar ó hacer un negocio. Se viajaba tambien para atender á la salud. Se visitaban los templos de los dioses que, segun el sentir general, curaban los males del cuerpo, los santuarios de Esculapio, Isis, Serapis. Se hacian viajes á las aguas medicinales como los de Edepso y Canopa, que eran al mismo tiempo sitios de recreo. Las aguas de Bade, en Suiza, se frecuentaban ya; la gente afluia á ellas, á partir de la segunda mitad del primer siglo de nuestra era. Se acudia tambien á otras aguas, situadas en nuestras regiones meridionales y que si-

guen atrayendo á los viajeros. Estas aguas estaban á menudo bajo los auspicios de una Ninfa, como lo atestiguan las inscripciones y los *ex-voto* que les dedicaban algunos por haber recuperado la salud. En algunos de estos lugares el lujo que se ostenta, la afición al juego, la placentera vida de las damas romanas, el lugar que ocupan las mujeres de vida alegre, recuerdan á menudo nuestras costumbres del día. ¡Cuántos dejaban también la ciudad por buscar, durante algunas semanas, risueños paisajes en Campania, valles solitarios en Lucania y en el Brutium, gratas riberas cerca del Anio, inviernos templados en Tarento, el mar en Nápoles y Sicilia! La Grecia respondía mejor á los deseos de los espíritus serios ó curiosos. Era para los romanos la tierra del pasado. Corinto retenía á los viajeros, con goces materiales, con la belleza de sus casas, sus agradables vistas, sus excelentes manantiales, los variados placeres que les ofrecía. También tenía lugares predilectos el Asia menor, sitios favorecidos por la moda, como Esmirna y Antioquía. En Egipto ejercía poderosa atracción Alejandría por su riqueza, su esplendor, sus espectáculos, sus centros de instrucción, sus medios medicinales, su agradable clima, sus extrañas costumbres. Menfis y sus pirámides, Tebas y sus ruinas tenían el encanto del misterio para imaginaciones sensibles á la grandeza de un pasado envuelto en magestuosa oscuridad. Los préstamos que se hacían de los productos y usos de esos pueblos diversos, demuestran además que esas relaciones con el extranjero no eran estériles.

Este tomo termina con consideraciones de carácter general. A propósito de los viajes, se ha preguntado Mr. Friedlander los límites en que tuvieron los romanos dos sentimientos que influyen mucho en nosotros, el amor al arte y el sentimiento de la naturaleza. Muestra que el amor al arte era muy superficial y que estaba dominado por la afición á los recuerdos históricos. En cuanto al sentimiento de la naturaleza, se presenta también con rasgos que contrastan con lo que es para nosotros. Hay en los romanos ciertamente un carácter religioso: se interesan por las localidades famosas, descritas por los poetas; buscan á veces lo fenomenal, lo monstruoso,

pero más á menudo, sienten marcada predileccion por todo lo que es dulce, reposado, armonioso, por los paisajes risueños y graciosos, las orillas del mar y de los rios, los horizontes extensos y serenos. El sentido de las bellezas de la naturaleza alpina falta casi por completo á la sazón. Los sitios agrestes, y como decimos ahora, románticos que aman tanto las razas del Norte, no ofrecen á los hombres de entónces ninguna idea de la belleza. Son poco propensos á admirar los efectos de luz y todo lo que nuestros pintores han sabido ver y poner en la naturaleza, enseñándonos á verlo tambien por nuestra parte. Estas sutiles y delicadas observaciones ganan mucho en el desarrollo de que son susceptibles. Nos muestran de qué modo y hasta qué punto el hombre mismo se ha modificado en presencia de los espectáculos siempre iguales de la naturaleza. Los dos tomos á los cuales tenemos que arrojar todavía una mirada, no nos ofrecerán puntos de vista ménos ingeniosos é interesantes.

H. BAUDRILLART.

*(Journal des Savants.)*

---

---

# LOS DOS INFINITOS.

---

POEMA

A MI QUERIDO AMIGO  
**FERNANDO ÁLVAREZ GUIJARRO**

---



CANTO PRIMERO

**El canto de un niño.**

I.

¡Madre, madre!  
¡Qué pequeña es la flor que en los espinos  
Cogí esta tarde!  
¡Qué pequeñas sus hojas, qué pequeñas,  
Y yo, qué grande!

¡Cuánto he crecido, cuánto! ya te llego  
Por encima del talle,  
Y seguiré creciendo hasta ser alto  
Como tú, madre.

Más alto aún, como el heraldo Ansurez  
Que ondea un estandarte,  
Y va á caballo, y lleva casco y plumas,  
Y es un gigante!

¡Qué gallardo parece cuando pasa  
Trotando por la calle!  
Tú, tan alta, á su lado eres pequeña.  
¡Cómo es tan grande!

Y yo, que al lado tuyo soy pequeño,  
 Al lado suyo, madre,  
 Soy chico, cual la flor que en los espinos  
 Cogí esta tarde.

## II.

El niño que envidiaba la estatura  
 Del heraldo arrogante  
 Le vió un dia en el gótico castillo,  
 Junto al adarve.

Y de alborozo lleno, fué corriendo  
 A decir á su madre:  
 —La torre del castillo es aún más alta  
 Que el heraldo que lleva el estandarte.

## CANTO SEGUNDO.

**De profundis ad altum.**

## I.

Muchos años despues, un peregrino  
 En el átrio de un gótico convento,  
 Descansaba del árido camino,  
 A los tibios fulgores  
 Del sol poniente que se hundia lento  
 Entre rojos vapores.

Los frailes, congregados  
 En torno del viajero que venia  
 De las regiones en que nace el dia,  
 Donde entónces luchaban los cruzados  
 En espantosa guerra  
 Por la conquista de la Santa Tierra,  
 Con el afan que causa la ignorancia,  
 Oyeron referir el gran denuedo  
 Y la fé del valiente Godofredo,  
 Y la prision de Luis, el rey de Francia.

El sol se hundió; al *Angelus* tocaron;  
 Los frailes, de rodillas,  
 A coro un lento rezo murmuraron,  
 Y luego, por los claustros y capillas,  
 Cual sombras de otro mundo se alejaron.

## II.

Ya solos, el abad y el peregrino,  
 Dijo el monje al viajero:  
 —Hablaste de la guerra; que hables quiero  
 De aquel mundo oriental, cuya hermosura  
 A solas por las noches me imagino,  
 Absorto en la lectura

De un libro que poseo en pergamino.  
 —Padre, el Egipto ví; las siete bocas  
 Del Nilo, que el sol cubre de reflejos;  
 En márgenes de arena enrojecida  
 Ví, cual montañas de labradas rocas,  
 Pirámides que se alzan á lo léjos.

—¿Tan grandes son?

—No alcanzará la idea

A imaginar grandeza tan extraña.  
 Aquel rio que el valle serpentea  
 Pasa al pie del castillo que en mi aldea,  
 Por almenas cubierto,  
 Se eleva sobre una árida montaña.  
 Pues bien: aquel castillo cuya altura  
 Causó á mi infancia asombros y pavora  
 Comparado á las moles del desierto  
 Es mísera cabaña.

—¿Tan grandes son?

—Cual tromba tempestuosa

Que del profundo mar al cielo sube  
 En espiral hirviente y espumosa,  
 Así aquellas montañas de granito  
 Como revuelta nube  
 Se elevan del espacio al infinito.  
 Al verlas ignorante

Pensé hallar de lo inmenso la medida;  
 Proseguí caminante,  
 Y una tarde entre nubes escondida  
 La cima ví del Sinaí gigante.

—¿Tan alto es?

—Tan alto, que á su lado

La más alta pirámide de Egipto  
 Es lo que á la pirámide la tienda  
 Del árabe que guia su ganado  
 Por arenosa senda  
 Que atraviesa el desierto calcinado.

—¿Ya nada habrá más grande?

—Tal creia;

Proseguí mi camino;  
 Cinta azulada hendia el horizonte;  
 Era la mar bravía  
 Que en extension inmensa se perdía  
 Mayor que la pirámide y que el monte.

### III.

—¡Oh, grandeza sin fin! el abad dijo;  
 Y contemplando fijo  
 El disco de la luna refulgente  
 Que el rostro enrojecido levantaba  
 Por el lejano Oriente,  
 Exclamó al fin:—Mayor que el mar profundo  
 Es el astro que sube al firmamento,  
 Y mayor que el planeta macilento  
 Es esta cárcel que llamamos mundo.  
 Y lo que al mar la luna,  
 Y lo que á la pirámide elevada  
 El Sinaí gigante,  
 Es esta estrecha tierra comparada  
 Con el astro radiante  
 Que por Oriente sube en la alborada.  
 Y el sol, del cielo luminar inmenso  
 En ese mar de estrellas infinito,



Es lo que al mar extenso  
 Es el grano de arena  
 Rodando de montañas de granito.  
 —Lo grande, lo pequeño; nombres vanos.  
 A lo mayor, otro mayor excede.  
 Lo grande es todo: todo lo pequeño.  
 El juicio de los míseros humanos  
 Que comprender no puede  
 Sin límites al todo, en vano intenta  
 Dividir lo infinito indivisible.  
 Lo que por grande admira  
 Es lo menor que en otro grande mira,  
 Y en aquel grande otro mayor se ostenta,  
 Y ofuscado no entiende de este modo  
 Que lo grande no está mas que en el todo.

## IV.

Mudo el anciano, absorto el peregrino  
 Perdiéronse en el átrio del convento:  
 Y la luna seguía su camino  
 Por el espacio azul del firmamento.

## CANTO TERCERO.

**La gota de agua.**

## I.

El peregrino atravesando el valle,  
 Al despuntar el alba,  
 —Lo grande es todo, todo lo pequeño,  
 Absorto murmuraba.

Cubriase de albores el Oriente,  
 Las brisas y las áuras  
 En las flores bebían el rocío  
 De la fresca mañana.

Yallá léjos, muy léjos, una aldea  
 En el valle humeaba,

Y á un gótico castillo se veía  
Alzar sus atalayas.

—¡Oh, qué grande! decía el peregrino.  
¡Qué grande, imaginaba,  
La torre del castillo que allá abajo  
Me recuerda mi infancia,

Y aquel heraldo Ansurez, tan gallardo  
Y mi madre tan alta!....

¡Mi madre!.... y arrasáronse sus ojos  
Por un raudal de lágrimas.

## II.

Meditabundo y triste, de un espino  
La flor sencilla arranca;  
En la flor una gota de rocío  
El íris reflejaba.

Contemplándola absorto el caminante,  
Vertiginosa danza  
Pensó ver, de mil séres que en la gota  
Viviendo se agitaban.

Adivinó los mundos que al sentido  
De los hombres escapan,  
Y vió que lo pequeño se perdía  
En infinita escala.

Y exclamó al fin:—No hay grande ni pequeño.  
En esta rosa blanca  
Tan inmenso infinito se comprende  
Como el que el cielo abarca.

—Verdad, dijo el prior: grande y pequeño  
Son dos palabras vanas  
Con que el hombre dar forma se imagina  
Al infinito que á entender no alcanza.

RICARDO BLANCO ASENJO.

---

## VIDA Y HECHOS DE FRANCISCO DEAK.

1803-1876.

En el grandioso salon académico de Pesth, donde últimamente estuvieron los restos del gran patriota húngaro en medio de la pena simpática de una nacion, podian verse sobre los paños negros que cubrian los mármoles del muro las armas de la familia Deak; en el centro una pluma y un libro, y coronando el todo un hacha de guerra. En cierto sentido este raro escudo de armas representaba el carácter y la vida del difunto estadista.

Peleó varonilmente por los derechos de su país, aunque nunca empuñaron sus manos el destal de batalla, que de buena gana hubiera enterrado para siempre. La pluma y el libro más bien simbolizan sus hechos. El discurso y el escrito públicos fueron sus solas armas. Con estas consiguió un extraordinario triunfo y colocó su nombre con letras indelebles en la azarosa historia de su madre pátria. No obstante, aquella hacha que se veia encima de sus armas y cuyo uso personal despreció, tuvo gran parte en el triunfo de sus esfuerzos: porque sin el repetido favor de los acontecimientos guerreros en las naciones vecinas, no hubiera ganado Hungría de nuevo aquellos derechos constitucionales de los que fué Deak campeón moderado, pero resuelto.

La carrera externa de Francis Deak apenas puede llamarse carrera llena de acontecimientos. Su vida fué de las más sencillas. Contrario á toda ostentacion, no buscó distinciones ni poder. No cubrian su pecho estrellas ni cruces, ni hubiera aceptado ninguno de esos títulos que los reyes derraman sobre aquellos hombres á quienes desean encadenar. La conciencia de haber obrado bien fué siempre bastante para él, desde su más tierna juventud hasta la hora de su muerte.

Nació en 17 de Octubre de 1803, en Sojhor, en el distrito de Zala, descendiente de una familia que pertenecía á la menor nobleza y estudió leyes en Raab. Recibió de un hermano veinte años mayor que él la primera educacion en el conocimiento de los asuntos del Estado. Todavía muy jóven, encontramos á Francis Deak jefe ya del partido liberal de su distrito natal. Las Asambleas de condados en Hungría han servido siempre de plantel para los talentos políticos, como escuela preparatoria para mayor accion en la Dieta. Cuando fué nombrado en 1832 para esta última despues de la retirada de su hermano, se elevó casi de una vez al primer rango como orador de oposicion.

Su aspecto en aquel tiempo era sério y digno, de una gravedad acaso excesiva para hombre tan jóven. Estatura más bien pequeña, con facciones nada expresivas; los ojos claros y tranquilos, sombreados por pobladas cejas; buena frente, pero careciendo en otros conceptos de los distintivos que pudieran haberle marcado como un caudillo futuro de los hombres; tal era cuando entró en el Parlamento de Presburgo. En forma corporal y en temperamento, tenia pocas de las peculiaridades de su raza. Pero pronto mostró ser un verdadero magyar en su profundo conocimiento de la doctrina parlamentaria, en la fertilidad de sus recursos legales; en la abundancia de su vocabulario cuando habia que ganar un punto, si se permite la expresion, ganando tiempo; lo mismo que en su maravillosa tenacidad, que en años posteriores casi sirvió á los propósitos de un entusiasmo que desafiaba á la muerte.

Su primer discurso, de tono modesto, pero que manifestaba gran tacto y plena madurez de juicio, creó una profunda impresion en ámbos lados de la Cámara. Su elocuencia, de un género enteramente persuasivo, despojada de flores retóricas, estudiosamente desprovista de invectivas y de apelaciones patéticas, influia poderosamente en el auditorio por el lógico orden de los hechos y de los argumentos, por el abundante surtido de armas tomadas del arsenal de la legalidad constitucional, por los ejemplos domésticos y el bello humor anecdótico con que el orador adornaba su palabra, en todo lo demás

llana y sencilla. El conjunto era presentado en un tono fácil de conversacion, pero con períodos bien redondeados, y algunas veces sublimes. Todo lo que expresaba tenia la marca del sencillo sentido comun; Deak deseaba convencer, no excitar ni arrebatarse á aquellos á quienes se dirigia. Solamente á su pesar venia á las manos con un enemigo en el estilo fuerte de la polémica; pero entónces generalmente trataba de dejar escarmentado á su adversario. A primera vista pudo comprenderse que este jóven precoz, sábio estadista, ejerceria una influencia avasalladora. Pero la misma fuerza que desplegaba en aquella época de debates exclusivamente legales, produjo en él un gérmen de debilidad para aquellas poderosas luchas revolucionarias, en las cuales un pueblo ultrajado, copiando á Stauffacher en el *Tell* de Schiller, «reclama valientemente los derechos naturales que penden como estrellas eternas de los altos cielos.»

Unos pocos discursos más en la Dieta pusieron á Deak decididamente en primera línea. En el Parlamento de 1839 á 1840 ya figuró como prominente jefe de partido. Si el efecto de las arengas de Eótvós quedó á menudo oscurecido, por estar involucrado con la retórica; si Stephan Szechenyi, en cuyo espíritu se levantaron oscuras nubes en sus últimos dias, tenia accesos alternativos de esperanza anhelante y de profunda desconfianza, Deak siempre dió su moderada opinion con claridad y fuerza inmutable. Ni expresó más de lo justo, ni desesperó jamás. La serena fuerza de su naturaleza parecia siempre que peleaba, y siempre lo hacia por la carta de su país contra la intrusion de los Habsburgos, y por las franquicias populares contra el rígido gobierno feudal de los nobles.

Los privilegios aristocráticos en aquel tiempo se agitaban altivos y exuberantes en Hungría, mientras el país era á cada instante presa de una córte absolutista, cuyo poder era mantenido por la espada, por el hacha del verdugo, por el tormento de la prision y por una censura inquisitorial sobre la prensa. Es difícil á la generacion actual entender el carácter de aquella desventurada época, en la cual la seguridad personal de toda persona distinguida de la oposicion estaba diariamen-

te amenazada. Deak, por causas patrióticas y también por noble simpatía con los sufrimientos de las masas, luchó con vehemencia para conseguir reformas interiores, resistiendo siempre al mismo tiempo los ataques de Metternich á la Constitución de su país. Era dificultosa tarea esta doble lucha. La cuestión consistía en combinar las fuerzas políticas existentes, que se movían en un estrecho círculo aristocrático contra el sistema de Metternich, y al mismo tiempo conducir la campaña contra el mal gobierno de los magnates, de tal modo que no debilitara demasiado la cohesión en las filas magyares.

La prudencia y la energía de Deak estaban á la altura de la empresa. En pleno Parlamento y en el Comité era un infatigable obrero. Con su palabra y con sus escritos trabajaba por la emancipación de las gentes del campo, por una reforma en la administración de justicia, por una distribución más equitativa de los derechos políticos, por la mitigación de la tiranía social. Sin embargo, al usar la llana para la construcción de un Estado mejor, tenía que tener pronta el arma con la cual debía poner á raya al despótico adversario.

En aquellos días, los diputados húngaros tenían que sujetarse á las instrucciones de sus electores, semejantes á los *cahiers* de la era revolucionaria en Francia. Cuando el distrito que Deak representaba le dió por instrucción que votase por la continuada exención de contribuciones para la aristocracia, arrojó á un lado su mandato y se retiró indignado por algun tiempo de la vida pública. Verdadero «hombre justo, tenaz en sus propósitos,» no quería comprar una posición distinguida al precio de sus principios. Pero tal era entonces ya su influencia, que nadie se atrevió á ocupar el puesto que él dejaba; así es que el distrito estuvo durante un intervalo de tiempo representado por un solo miembro. No permaneció en la inacción en aquellos años de retiro. Jurisconsulto erudito, continuó trabajando en un código reformado, cuyo primer borrador había elaborado en compañía de Szalay, y que le valió grandes elogios del eminente legista alemán, Mittermaier. Los estudios relacionados con el sistema parlamentario llenaron también las vacaciones políticas de Deak. Se hizo un esfuerzo para llevarle de nuevo al Parlamento va-

riando la parte ofensiva de sus instrucciones. Rehusó, porque se habian puesto en práctica medios cuestionables en una segunda contienda electoral y porque se habia derramado sangre en la excitacion colérica de las pasiones políticas. Aborrencia sobre todo los actos de violencia. Solamente queria triunfar por medios puros y justos. Su aversion al uso de la fuerza iba tan lejos que le hizo más tarde, cuando llegó la tempestad revolucionaria, más bien una víctima de los adversarios que un apoyo para los amigos de la causa de su país. Tenia toda la perseverancia en el respeto á la ley, toda la inflexible firmeza, todas las cualidades de modestia y valor mezclados, de Hampden y Pym. No puede encontrarse mejor comparacion para él en cuanto se refiere á la principal esencia de su carácter, que los esforzados hombres que precedieron á la República inglesa. Pero tan pronto como se abandonaba el terreno de la legalidad estricta, se sentia fuera de su sitio y se hacia impotente en la práctica.

Hácia fines de 1847, cuando las señales de una tempestad que se formaba aparecieron en el horizonte europeo, volvió Deak á la Dieta. Los principales miembros de esta habian buscado con frecuencia su consejo privado durante su desaparicion de la vida pública. Ahora un partido poderoso se colocó otra vez bajo su reconocida jefatura. Ya empezaba el impulso del movimiento, sin embargo, á dirigirse á diferente término. Le encontramos obrando en union de Kossuth; pero ya entónces podia verse que los caminos de los dos hombres habian de diverger pronto.

Despues de la revolucion de Marzo de 1848, cuando Viena se levantó con la fuerza de un gigante jóven, y Milan arrojó la hueste armada de su opresor, fué Deak ministro de Justicia en el gabinete del conde Bathyany. En los tempestuosos movimientos que barrieron la Europa, no apareció con grandes ventajas. La moderacion á que toda su naturaleza se inclinaba, le hacia inepto para la tosca tarea de competir con una tiranía que habia sido intimidada solamente y no aplastada.

Hombre precavido, observador en general, parecia que en aquellos dias carecia hasta de la facultad de mirar en el porvenir la táctica probable de un enemigo. Abogaba firmemente

y llevaba á cabo reformas en el dominio de la justicia. El juicio por jurado, la libertad de la prensa y cuestiones semejantes de profunda importancia interior, merecian su más completa atencion. Pero en los asuntos que afectaban la situacion política en conjunto, no se colocó á la altura de aquel gran momento histórico. Mientras que se necesitaban las más fuertes garantías reales para sostener la reciennacida libertad contra una traicion posible y demasiado probable, se contentó él con un mero edicto real. Arriesgando toda su popularidad, apoyó su propia opinion llena de confianza, contra el partido que empezaba entónces á agruparse al rededor de Kossuth. A la proposicion de que el nombre de Metternich fuese borrado de la lista de los magnates húngaros, hizo Deak una tenaz oposicion. Fué una falta, aun bajo el punto de vista del constitucionalismo moderado, pues á cualquier precio debia romperse con el pasado despótico.

Muy cuerdamente recomendó que se entablasen amistosas relaciones con la Asamblea Nacional constituyente de Alemania, por medio de una mision semidiplomática á Frankfort. Entónces se señaló claramente la existencia política separada de Hungría. En los negocios de Italia no pudo comprender las corrientes de la época. Sujetándose á las estipulaciones de la antigua sancion pragmática, él, liberal, apoyó la exigencia de la córte de Viena para que Hungría diese tropas en ayuda de la destruccion de la causa de Italia. En esto verdaderamente no hizo más que lo que el mismo Kossuth habia sancionado durante algun tiempo. La ley escrita que tan á menudo habia usado Deak en apoyo de los derechos de su propio país, sirvió entónces de cadena para amarrar á otra nacion que luchaba justamente por su independencia. Sin embargo, ¿pudo dudarse ni un solo momento de que si la casa de Habsburgo salia victoriosa de los *rebeldes* italianos, inmediatamente dirigiria sus tropas, coronadas por el triunfo, contra los insurgentes húngaros?

«Amo el progreso, pero no la revolucion,» solia decir Deak. Pero en medio de una revolucion tenia que decidir el que estuviera al frente entre ser martillo ó yunque. La situacion estaba dada; los gustos del individuo de nada servian.



Habia que aprovechar resueltamente los acontecimientos para afianzar la libertad, ó en otro caso las compuertas contra el absolutismo quedarian abiertas á la fuerza de par en par, y todas las libertades ya ganadas serian envueltas por el furioso y horrendo ímpetu de la reaccion. Por un momento el porvenir de Hungría habia aparecido claro en la primera parte de 1848. Estaba decretada la igualdad de derechos para las múltiples razas, algunas de las cuales, ántes de aquel tiempo, habian tenido la poco envidiable posicion de mera «*misera plebs contribuens, optima flens, pessima ridens.*» Este ciertamente habia sido en un tiempo el dicho cruel que declaraba que el miserable campesino estaba mejor, cuando bañado en lágrimas pagaba su escote; y nunca peor que cuando se sentia dispuesto á la risa.

Desgraciadamente, las fieras pasiones de ódio de raza, enardecidas por los engaños dinásticos, pronto se alborotaron á expensas de aquella libertad que habia sido decretada para todos y que todos podian haber por igual gozado. Una discordancia de tribus caracteriza á todo el Oriente de Europa. No solamente en Turquía, sino en Hungría y áun en Polonia, extraños fragmentos de razas están heterogéneamente revueltos, como restos descarriados y heces de las corrientes de emigracion. En la Galicia de Austria, donde la raza polaca, propiamente llamada así, ha sido invadida por una poblacion ruthe-  
nia que tiene una posicion intermedia entre los polacos ó leckos y los rusos, el príncipe Metternich, en 1846, pudo hacer uso de este antagonismo de tribus, lo mismo que de las contiendas de clases entre los aldeanos y los nobles, para subyugar un movimiento patriótico polaco por una cruel matanza.

En Hungría, despues del entusiasta alzamiento de 1848, los ahogados rescoldos de ódio de raza fueron pronto propagados por la agencia mefistofélica de una camarilla imperial. La Hungría es un país políglota. Dentro de sus límites hay magyares, esclavones, alemanes y rumanos; nacionalidades que se diferencian una de otra en origen é idioma tanto como los turcos de los moscovitas ó el inglés del italiano. Además de estas razas principales, hay una mezcla de arnautos, búlgaros, armenios, bohemios, y otros más, que aumentan lo abi-

garrado de la estructura del Estado entre la cordillera de los Karpathos y el Danubio. En esta confusión de tribus y lenguas, los magyares tienen la posición central y más compacta, lo mismo geográfica que políticamente.

Raza ugría, turania, que trae su origen de una tribu nómada oriental, la cual invadió la Europa como un torbellino, los magyares han desplegado desde los años primeros tanta capacidad para gobernarse (*self-government*) como las naciones que se jactan de descendencia anglo-sajona. En medio de las dificultades desalentadoras en apariencia, consiguieron imprimir un sello político común en un país compuesto de los elementos más jaspeados. Conquistadores de fuerte brazo al principio, gradualmente por fin se propusieron cambiar meros privilegios aristocráticos en una igualdad de derechos cívicos. Si el elemento alemán de Hungría representaba la cultura general, los magyares fueron el sosten político del reino. Sin ellos, el país hubiera caído en el caos, víctima propiciatoria del artificio público absolutista.

Todos los magyares saben de qué peligros están rodeados. Deak, como magyar, no podía engañarse en este punto; y lo que había sucedido en Galicia debió haberle servido como un ejemplo de prevención. Tal vez su extremada moderación en sus tratos con el gobierno austriaco, nació de la conciencia de que estos peligros estaban siempre en acecho. La camarilla del palacio real no correspondió sin embargo á esta moderación. Se enfadaba y se enojaba por la derrota sufrida á manos del pueblo de Viena, Pesth y Milan. Toda su energía se dedicaba á pensar en cómo podrían cambiarse las tornas lanzando primeramente sobre los magyares á los esclavos. Una vez dominados los magyares, entonces ciertamente debía llegar el turno de los germano-austriacos.

Para efectuar tal reacción se estableció un juego de traición casi sin paralelo en la historia. Jelacico, el gobernador de Croacia, quien hizo el primer ataque armado al nuevo orden de cosas en Hungría, estaba en liga secreta con la corte de Viena. Depuesto, degradado, llamado *rebelde* en carta imperial, tuvo todo el tiempo el apoyo clandestino del emperador Fernando, ó más bien del hato intrigante que se valía

de aquel monarca medio inepto como de un muñeco. Se enviaban jefes de ejército, artillería, municiones, por conducto de Latour, ministro de la Guerra de Fernando, al *Banus* de Croacia, al mismo tiempo que en apariencia se le despojaba por decretos oficiales de todas sus funciones civiles y militares. De este modo, una insurrección de croatas, sérvios y valacos, fué astutamente aventada contra la causa húngara. Cuando llegó el día de confesar el objeto verdadero, el emperador rey, por una orden datada en 4 de Setiembre de 1848, revocó el decreto contra el *rebelde*; expresó su alta aprobación á la conducta de su *fiel Jelacico*, suspendió la Constitución, proclamó la ley marcial, y nombró al *rebelde*, plenipotenciario suyo en el reino de Hungría, invistiéndole de autoridad ilimitada para obrar en nombre de Su Magestad dentro del dicho reino (1).

«El rey fué traidor.» Los que veían más léjos, ya lo habían sospechado desde hacia mucho tiempo. Con harta razón, Kossuth, previendo los sucesos que venían, había sostenido relaciones con los caudillos populares de Viena. Germano-austriacos y magyares tenían un enemigo común; la reacción esclavona, acaudillada por croatas, sérvios y otros. Entre las capitales de Hungría y Austria había, por lo tanto, una corriente simpática. Al hacerse manifiesta la traición de la casa gobernante, se necesitó urgentemente la acción sin demora. Casi con el estímulo del momento, habían de formarse resoluciones más altas que las que convenían al sentido carácter propio del legista, del jefe de los constitucionales moderados. Deak desanimado y desconcertado, se apresuró á ir á Viena, para hacer un último esfuerzo sin esperanza. De los lábios del archiduque Franz-Karl supo que todo estaba perdido, que Hungría tenía solamente que escoger entre la sumisión ó la revolución.

Por consecuencia se retiró Deak del ministerio. Desde en-

---

(1) Para una sucinta pero exacta relación de estos acontecimientos, véase las cartas dirigidas al *Daily News* y al *Times*, por Sabbas Vucovics, ex-ministro de Justicia, y por Bartholomew Szemere, ex-ministro del Interior de Hungría; reimpresas en los *Speeches of Kossuth*, editados por Francis W. Newman.

tónces, aunque quedó Bathyany á la cabeza del nuevo gabinete, la principal parte recayó naturalmente en Lewis Kossuth, ídolo de las masas, orador popular y escritor atrevido, hábil jefe del partido avanzado, quien unia á un estilo de elocuencia casi oriental, muy diferente del de Deak, un fervor activo y una ambicion profundamente inquieta de la continuacion del gobierno real é imperial. Todavía permaneció Deak en el Parlamento corto tiempo despues de su dimision de ministro. Pero su ocupacion política ya no existia. Su último acto público, durante los trágicos sucesos de la guerra que estaban entónces á la órden del dia, fué su comparecencia ante el príncipe Windischgrátz, comandante imperial, como miembro de una diputacion de la Dieta húngara. Los condes Anthony y George Majlath, el conde Lewis Bathyany y el arzobispo Lonowicz estaban con él, ciertamente republicanos de color no muy subido.

—Yo no trato con rebeldes—fué la áspera exclamacion con la cual recibió el príncipe Windischgrátz á estos diputados.

Viendo toda esperanza de una solucion pacífica agotada, Deak dejó su asiento en el Parlamento y rehusó obedecer las citaciones á Debreczyn, á donde los representantes del pueblo se habian retirado para mayor seguridad. Entre el fragor de las armas, el intérprete de la legalidad permaneció silencioso. Mientras tanto, el levantamiento húngaro tan hábil y heroicamente dirigido, pero tan peligrosamente atacado por contra-insurrecciones interiores de tribus hostiles, sucumbió ante el doble ataque de los ejércitos del Kaiser y del Czar. Despues de la terrible catástrofe de Vilagos, y de la sangui-naria caída de la causa nacional, Deak pasó cerca de diez años en absoluto retiro; viviendo en la pequeña poblacion de Kehida, en cuyas cercanías estaban algunas de sus propiedades heredadas. En cuanto la prevision humana puede alcanzar, pudo haber bajado á la tumba sin ver un rayo de luz que alumbrara la oscura noche de la reaccion que á su país envolvia.

## II.

Una profunda lobreguez se habia posado sobre los paises que estaban bajo la dominacion de la casa de Habsburgo. En Viena, Robert Blum, Messenhauser, Becher y otros campeones de la causa popular alemana estaban en sus ensangrentadas fosas, acribillados por los balazos del consejo de guerra. En Italia, la obra de la reconquista quedó completada por fusilamientos hechos deliberadamente. En la horca de Arad, el verdugo de su imperial real y ¡siempre! apostólica magestad habia colgado á eminentes generales magyares y á estadistas por docenas. Por leyes de tambor mayor eran los hombres condenados á la horca; un *perdon* imperial de cuando en cuando les concedia que fueran fusilados. Para las mujeres habia el látigo de Haynau.

Una revolucion palaciega en la capital de Austria, dirigida por la archiduquesa Sofía con la ayuda de un Alto Consejo de Generales (*hohe Generalitat*, como técnicamente se llamó), habia destronado al medio imbécil Fernando, que parecia ser un obstáculo á la continuacion de las hazañas sanguinarias, y nombrado en su lugar al jóven Francisco José, muchacho de 18 años, por el cual su madre la archiduquesa gobernaba en la práctica como regente. El sable y el báculo episcopal eran ahora los símbolos del gobierno. Por negociaciones con el Vaticano se extendieron las bases de un Concordato que colocaba toda la vida intelectual del pueblo á merced de una inquisicion gerárquica. Allí no habia impedimento para los más salvajes sueños de una reaccion enloquecida. Al ménos, así apareció por algun tiempo á los políticos del gabinete y de la camarilla. En tal situacion quedó olvidado hasta el nombre de Francis Deak. Por primera vez nació entónces aquella doctrina imperialista que no queria reconocer signo alguno de distincion entre las varias partes componentes del imperio austriaco. Es verdad que hasta lord Palmerston, cuando en 1849 estaba luchando Hungría por sus derechos, habia dicho en contestacion á los que deseaban el reconocimiento de la república magyar que «nada sabia de Hungría, sino única-

»mente del imperio austriaco.» Aquella asercion de lord Palmerston, sin embargo, no compadecia con el derecho de gentes (1).

Hasta 1849, Hungría habia sido un reino separado en lo concerniente á su Constitucion y enfiteusis, un reino tan claramente separado del Austria propiamente dicha como Noruega lo está ahora de Suecia ó como lo estaba Hanover de Inglaterra durante la época en que los reyes ingleses eran al mismo tiempo príncipes electores alemanes. Hungría tenia una carta para sí. Su rey lo era solamente despues de haber hecho un juramento especial constitucional. Los confines del reino húngaro eran distintos é inequívocables. Su suelo estaba ceñido por un cordon de aduanas, que formaban una division comercial además de la política. Hungría no era, por lo tanto, una provincia de un imperio austriaco. El mismo nombre de *Kaiser-Staat* ó Imperio databa solamente desde el principio del siglo actual, cuando Francisco II se vió compelido, por las desgracias de la guerra en la lucha contra Napoleon, á dejar la corona imperial de Alemania y á declarar disuelto aquel imperio, que habia vivido cerca de mil años. Como ligero consuelo, asumió entónces, bajo el nombre de Francisco I, el título de «Kaiser» de sus propios dominios. Constitucionalmente, Hungría no estaba incluida en él. Para él el emperador austriaco seguia siendo simplemente un rey. Todo esto habia sido considerado como implícitamente entendido por los hombres como Deak y por todas las fuerzas políticas vivas de Hungría. Pero entónces, en cambio de la declaracion resuelta en Debreczyn, que habia determinado la confiscacion de la «Corona de San Estéban» por la casa de Habsburgo-Lorena, declaró por su parte el emperador que los húngaros habian perdido su existencia nacional y su carta por el hecho de la rebelion. Esto se hizo por la *Verwirkungs-Theorie* ó teoría de secuestro, para usar la frase especial de la época. Desde entónces Hungría tuvo que ser gobernada conforme al mero placer del monarca; quedando suspendidas todas

(1) A pesar de estas palabras, lord Palmerston se expresó enérgicamente contra las atrocidades del gobierno austriaco en una carta al embajador inglés lord Ponsonby.

las instituciones representativas, ya en asuntos públicos, ya en materias locales, de una plumada, ó más bien de un sa-blazo. Tenia que haber un Austria centralizada bajo la bandera negro-amarilla, unida á la fuerza por arcos de hierro, sombreada por la cogulla del fraile.

Con todo, los designios de la tiranía triunfante no darian resultado, ni en este ni en el otro lado del Leitha. En frente del altivo opresor—quien para marcar mejor lo que era para el pueblo de su capital jamás quiso desde 1848 á 1860 presentarse en público en traje que no fuera el militar uniforme—los vieneses mantenian una actitud de ceño tanto más incómoda para la córte, cuanto que formaba un fuerte contraste con el temperamento de buen natural y dado al perdon de aquella poblacion amante de los placeres, pero por otra parte descuidada. Aun así, los lombardos vénetos no querian abandonar su fogoso deseo de unirse con sus hermanos italianos. En Galicia la idea de la nacionalidad polaca se mantenía viva con la vista fija en las posibilidades futuras. En Hungría la tentativa del príncipe Schwarzenberg para hacer á los Magyares sucumbir en pronta obediencia al dominio de la espada, fracasó miserablemente. Lo mismo sucedió á la más liberal, aunque anti-húngara política de Herr von Schmerling, que pretendia fundar un Austria centralizada bajo el principio constitucional.

Despues de varios cambios kaleidoscópicos en la política de Habsburgo, que todos vinieron á parar en nada, fué por fin Deak sondeado para ver si queria ayudar al gobierno en poner remedio á las cosas. Rehusó con firmeza. Más de una vez se le acercaron con esta intencion y siempre dió la misma respuesta: «No hay Constitucion húngara en ejercicio, y sin esa Constitucion yo no soy más que Deak y nada puedo hacer.» Durante el ministerio Bach hizo notar una vez con respecto á un nuevo experimento constitucional, que el ministro austriaco se habia «abotonado mal su gaban político y que nada le habia quedado que hacer más que desabotonarlo y empezar de nuevo.» Al oír esta expresion de Deak dijo Batch: «Tal vez sea mejor arrancar los botones.» Deak replicó: «Entónces hay que renunciar á abrochar el gaban.»

En tiempos de gran opresion, unas pocas palabras con alas vuelan mucho, como resúmen de la opinion pública. Picantes expresiones de los estadistas húngaros retirados, fueron pronto la mejor sazon de las conversaciones políticas. Cuando se intentó un segundo reclutamiento para el ejército en un mismo año, Deak dijo en respuesta á una pregunta que se le hizo: «Eso no tendrá aplicacion á Hungría. Las mujeres aquí »no dan hijos sino una vez al año.»

El brutal gobierno de cuartel de Schwarzenberg; el jesuita y fanático mando de Bach; el trasunto federal de la Edad Media de Goluchowski; el enervado sistema parlamentario de Schmerling, todos fueron fracasando. La nocion de Schmerling de una Constitucion era la de una maquinaria conveniente para conseguir dinero y aprobar leyes sin derecho de resistencia contra los ilegales decretos reales é imperiales unidos á ella. La idea húngara de una Constitucion, tal como una vez más la sostuvo Deak en 1859 era la de un contrato histórico, algo como los antiguos fueros aragoneses; el rey era solamente un rey legal despues de haber jurado observar la ley territorial de la nacion y permanecia siendo soberano mientras cumplia su parte del tratado y no más tiempo. En este sentido el conñado jefe de los constitucionales moderados salió de nuevo á la palestra. Aunque habia permanecido inactivo por tantos años, desde luego se atrajo un gran partido. Fué llamado la «Conciencia de la nacion.» El pueblo le miraba como una especie de Arístides. El *Sábio*, el *Justo*, tales eran los títulos de honor que se le otorgaron con abundancia durante esta segunda época de su carrera pública.

Despues de la profunda humillacion del *Kaiser* en las llanuras lombardas en 1859, ganó Hungría su primera batalla. Sin aquel acontecimiento militar, todos los esfuerzos de Deak hubieran sido de poco provecho. El defensor de la legalidad constitucional, quien personalmente ponía mala cara al uso de la fuerza, nunca pudo haber hecho que su voz resonara tanto en el palacio real como el estampido de los cañones. Todavía, años despues, aquel que en la Dieta húngara habia manifestado una vez su simpatía por la causa polaca, sacó la cara, despues de la muerte de Cavour, contra cualquier cele-



bracion solemne en honor del estadista italiano. Los demócratas italianos, y ante todos Garibaldi, pueden tener motivos para tener á Cavour en diferente opinion de la del resto del mundo que solo mira al triunfo externo. La oposicion de Deak provenia de motivos más estrechos. Si él, aun despues de los notables cambios que habian ocurrido en Europa, todavía conservaba rencor á Cavour, era porque su propio constitucionalismo era de un molde algo estrecho, formado en el de la Sancion pragmática. Pero estas tachas, aunque algo empañaban, dejan immaculados sus grandes méritos.

Durante siete años despues de la pérdida de Lombardía por Austria, Deak sostuvo la batalla legal por el reconocimiento más pleno de los derechos húngaros. «Los derechos de un país, solia decir, no son propiedad particular de la que se pueda disponer libremente.» Los elementos más avanzados de aquel tiempo, empezaron á agruparse alrededor de Teleki, en quien estaban todavía vivos los principios de 1849. Despues de la misteriosa muerte del Conde Teleki, el cual en la última entrevista que con él tuve, parecia esperar un rápido desarrollo del espíritu público en Hungría en el sentido que tuvo en la época revolucionaria anterior, Francis Deak, quedó de jefe indisputable del partido liberal.

En vano trató Kossuth de interponérsele al paso. Mientras que Deak luchaba para recabar para Hungría los derechos tradicionales del *self-government* en una forma constitucional enmendada, el caudillo desterrado salió con un programa que hubiese derribado la base histórica del país y abierto las compuertas del panslavismo sobre la raza magyar. Hasta la guerra de Crimea, habia sido Kossuth el infatigable campeón de la nacionalidad magyar. Antes de 1848 habia en algunas ocasiones rebasado los límites que la condicion extrañamente mezclada de Hungría indican naturalmente á un hombre de Estado, cuando los contradictorios derechos de raza y lenguaje deben ser contenidos. Para los croatas y sorabios, habia sido Kossuth casi un ultramagyar. De todos modos, tenia sus ojos abiertos á los peligros del panslavismo. Este orden de pensamientos marca todavía fuertemente sus poderosos discursos en Inglaterra y en los Estados-Unidos, entre 1851 y

1852, cuando denominaba al panslavismo; «una trama rusa, un oscuro designio de convertir los sentimientos nacionales en instrumento de preponderancia rusa sobre el mundo.» (1).

En sus arengas durante la guerra de Crimea, que estaban en apariencia calculadas para pedir una estrategia más efectiva, ocurrieron, sin embargo, algunas expresiones que demostraban que estaba sufriendo un cambio. Poco antes de atacar Luis Napoleon á Austria en Italia, Kossuth declaró que se aliaría con el diablo en persona, para derribar la casa de Habsburgo, que aceptaría la ayuda de cualquier parte (no se sabe cual de los dos, si Luis Napoleon ó el Czar, representaba al diablo). Los primeros principios de Kossuth fueron casi arrojados al agua. Su connexion con la córte de las Tullerías pronto fué del dominio público. La que habia tenido con Mazzini y Ledru-Rollin cesó por completo.

Deben tenerse en cuenta estas circunstancias, al juzgar la naturaleza de su proposicion para el establecimiento de una confederacion del Danubio, con la cual trató de atravesarse en la política de Deak. Las intenciones de Deak pueden haber sido bastante modestas. Sus ideas de autonomía parlamentaria bajo la antigua casa dominante, pueden no haber ejercido mucho encanto en el ánimo de hombres que recordaban las heróicas hazañas de la revolucion. Pero de cualquier modo, el proceder de Deak preservó la existencia de la nacion húngara, mientras que el plan de Kossuth de entónces amenazaba hundirla.

«No puedo firmar el programa de Kossuth, aun cuando personalmente no tuviese objecion á la idea de una confederacion del Danubio,» me dijo, en aquel tiempo, uno de los caudillos del ejército de la revolucion húngara. «No puedo firmarlo porque en la patria sería mirado como un traidor.»

El plan de Kossuth era el siguiente: Hungría con sus anexos—comprendiendo como comprende aun ahora tantas tribus discordantes que envuelven mucho á la nacionalidad magyar—debía ser ensanchada en una confederacion del Danubio, con la adicion de Rumanía, Sérvia y—¡vaga indica

---

(1) Kossuth speeches—T. W. Newman.

cion!—«los países aliados.» Toda la Turquía al norte del Balkan debía, pues, ser unida al reino húngaro. Bosnios, herzegowinos, montenegrinos, bulgarios—tribus ó eslavonas ó medio eslavonizadas—debían ser incluidas en este ensanchado Estado. Hungría, tal como es, forma ya una estructura babilónica en nacionalidades y lenguas. Sin embargo, Kossuth proponía hacer esta confusión todavía peor y más confusa; ó hablando más estrictamente, quería llamar nuevos elementos nacionales que hubieran sojuzgado enteramente á la raza magyar.

Segun este plan, la residencia del Ejecutivo del nuevo Estado habían de ser, turnando, Pesth, Bukaresth, Belgrado y Agram. Es decir, en un caso, en una ciudad semi-magyar; en los otros tres casos, en ciudades no magyares, dos de las cuales son planteles de agitacion panslavista. Una Asamblea constituyente debía fijar el idioma oficial de la confederacion. A primera vista todo el mundo podia ver que el resultado de tal eleccion seria en favor de alguna lengua eslava y contra la magyar. Este proyecto fué con justicia desdeñado por los caudillos magyares. La pasion se levantó, y algunos de los adversarios de Kossuth recordaron que al terminar la revolucion de 1849, habia propuesto ofrecer la corona de Hungría á un príncipe de la familia imperial de Rusia.

Una segunda gran derrota del *Kaiser* austriaco en el campo de batalla en 1866, permitió á Deak arrancar del gobierno de Viena una autonomía legislativa más completa que la que habia estado dispuesto á conceder. Deak, en esa ocasion, no aumentó sus condiciones constitucionales; no hizo más que repetirlas. Pudo, despues de Sadowa, haber ido mucho más allá en sus demandas, con esperanzas razonables de buen resultado. Pero en parte, porque su educacion era la de un estricto legista parlamentario, en parte, porque no queria apurar las cosas de tal modo que se cortara completamente á los magyares de la union germana, aislándolos así en medio de razas envidiosas y hostiles, Deak se contentó con concesion más pequeña.

Despues de nuevas laboriosas negociaciones quedó establecido el estado de cosas actual, que en los puntos más esen-

ciales hace al reino magyar independiente del Austria cis-leithana. Hoy Hungría tiene una vez más sus antiguos mojones, y su ley territorial honrada por el tiempo, modificada por las reformas de 1848. Su jefe, colocado bajo un voto especial de coronacion, es reconocido solamente como rey. El nombre de Hungría figura en todos los documentos oficiales á la par del de Austria. Los que habian peleado contra el *Kaiser* han sido declarados beneméritos de la patria. El rango de general fué devuelto á Klapka, Perczel, Vetter, en un tiempo los primeros entre los jefes militares de la revolucion. Hombres que á duras penas habian escapado de la horca han sido colocados en los más altos puestos. El mismo conde Andrassy pertenece á ese número. En resúmen, la restauracion del *self-government* es casi tan completa como podia serlo bajo el gobierno real.

Este fué el último hecho de Deak. Como «padre de la Constitucion restaurada de Hungría,» desde entónces se derramaron sobre él señales de estimacion y respeto de todos lados. El pueblo al hablar de él usaba hermosos nombres de encarecimiento; y volaban toda clase de cuentos sobre sus ocupaciones diarias. Para la emperatriz-reina Isabel, cuya favorita residencia en los últimos años ha sido el castillo de Godollo, inmediato á Pesth, llegó á ser el *primo Deak* ó *tio Deak*; así al ménos la popular leyenda lo decia. Mientras tanto, el gran patriota húngaro nunca abandonó su acostumbrada sencillez de vida, pues odiaba y era enemigo de todo orgullo y pompa. Su habitacion de soltero en Pesth consistia en dos cuartos en un hotel ordinario: *La reina de Inglaterra*. Transfirió su propiedad territorial á otras manos por una pequeña anualidad. Vivía bajo el pié más frugal; se abstenía totalmente de bebida (cosa rara en verdad, en un país famoso por su buen vino) pero, por otro lado, era un fumador inveterado. Se envejeció muy pronto y se le apodaba «*alter herr*» y patriarca, á una edad en que otros estadistas todavía se enorgullecen por su vigor. Su modestia, su inclinacion al retiro jamás le abandonaron. Nada habia en su persona que llamara la atencion, y hubiera podido pasar desapercibido entre la multitud con su sombrero de anchas alas y su capa napolitana, si las miradas de admiracion

de una nacion no hubieran seguido sus pasos, á despecho de sus fuertes protestas de vez en cuando contra las ovaciones.

Hombre nada egoista, sin ser republicano por conviccion, distinguido sin embargo, por una incorruptibilidad que nos hace recordar los más nobles modelos de virtud republicana, Deak renunció á todos los favores de la córte. A la pregunta que más de una vez le hizo la córte confidencialmente de qué deseaba, constantemente respondió: «Nada necesito.» Al fin, por consejo de uno de sus ministros le envió Francisco José un retrato de la familia real, con marco de oro puro engarzado de costosa pedrería. «Pareceria un regalo de dinero» dijo Deak. «No puedo aceptar eso.» Sacando el retrato del rico marco, envió el último al mismo tiempo que las gracias y expresiones de cumplido. Rehusó tambien aceptar todas las condecoraciones, con mucho disgusto del rey-emperador, quien, en la altiva conducta de *alter herr*, creia distinguir un desaire á la corona. La constante resolucion de Deak fué permanecer independiente. Ninguna calumnia pudo tocar á tan desinteresado carácter.

En los últimos años la influencia de Deak, aunque todavía extensa, se desvaneció gradualmente. Nació un partido más avanzado, que capitaneado por Koloman Tisza, está ahora en el poder, y algunos de cuyos miembros trabajan por el establecimiento de una estricta «union personal» que entrañaria la separacion de las fuerzas militares de Hungría de las del Austria propiamente dicha. Ha sido muy notado que Mr. Ghyczy, el presidente de la Cámara popular de Pesth, en su discurso sobre la vida y carrera de Francis Deak, dijo: «No nos dió completa autonomía é independencia tales cuales puede tenerlas una nacion bajo el gobierno de un príncipe; pero nos ha dado cuanto puede alcanzarse dentro de las circunstancias políticas existentes.» De estas palabras puede inferirse que una separacion más completa del Austria cis-leitana es la aspiracion de un partido influyente de Hungría.

La muerte del gran patriota (29 de Enero) ha ocurrido en un momento en que nuevos chubascos se están formando en los horizontes austro-húngaros. La renovacion de la cuestion de Oriente ha envalentonado una vez más al sediento partido

de la córte esclavona en Viena. Reaccionarios federalistas y centralistas están ya en espectacion ansiosa. El peligro político está agravado por la contienda entre los sostenedores del libre cambio en Hungría y los proteccionistas de la parte occidental de los dominios de Habsburgo. Al presente nada puede en verdad predecirse. Francis Deak llegó á ver el triunfo de la causa de su país; pero antes de cerrar sus ojos vió tambien nuevos peligros condensándose sobre él. Habia reñido muy bien sus batallas por los derechos de su nacion y por la extension de la emancipacion popular, y aunque Hungría tenga pronto que atravesar por nuevas luchas, no hay palabras que sean más propias para Deak que las escritas en una guirnalda puesta en su féretro: «*Flores que se marchitan para un mérito que jamás ha de marchitarse.*» (1)

KARL BLIND.

(*Fraser's Magazine.*)

---

(1) Ya impreso este artículo hemos recibido la correspondencia del señor Fastenrath, en la que dedica algunas sentidas líneas al eminente patriota húngaro, cuya muerte ha sido generalmente sentida en toda Europa.

---

## ¿SE HALLA EN DECADENCIA EL TEATRO ESPAÑOL?

**Si se halla, ¿por qué medios pudiera procurarse su regeneración? (1)**

Son tan grandes los títulos científicos y literarios de la presente edad, que bastaría colocar en la balanza de la inteligencia las obras de sus hijos, para igualar, cuando no superar, la inmensa pesadumbre de los libros de oro legados por los siglos que nos anteceden en el camino de la historia.

Hay, empero, determinadas esferas del arte en las que la antigüedad presenta artistas y poetas de tan gigantesca estatura, que tratar de escederlos parecería risible jactancia y vano empeño. En el arte dramático, especialmente, aparece á primera vista imposible citar nombres de poetas que eclipsen á aquellos astros de la escena á quienes la posteridad honra hoy con cultos y apoteosis que á veces llegan á supersticiosas idolatrías.

No soy yo de los que más se asustan ante la evocación de los géneos dramáticos de los pasados días, pues el florecimiento del teatro en los comienzos de este siglo; las grandes creaciones que, como primicias, nos ofrecieron en sus postrimerías insignes poetas del siglo XVIII; los nuevos alicios y rumbos que la j6ven y atrevida musa del romanticismo infundi6 y traz6 á sus m6s audaces y revolucionarios invocadores; las intensas emociones, palpitante inter6s y f6rvidos entusiasmos que aquellos despertaron en el 6nimo de la sociedad naciente, dan tan alto precio á la moderna escena, que bien podemos calificar de gran siglo dram6tico al presente, y hacen que este tenga suficiente t6tulo para mirar, sin desden

---

(1) Memoria leida en el Ateneo de Madrid.

en su soberbia, pero sin vergüenza en su humildad, al siglo llamado de oro de la literatura dramática. Inútil fuera citar aquí nombres de ilustres poetas, cuando vuestros aplausos habrán confirmado su gloria y autorizado de antemano mi aseveración al parecer arrogante.

Dejando á un lado las inagotables discusiones á que daría lugar lo que podemos llamar la filosofía del arte dramático, vengamos al punto concreto y, por decirlo así, temporal y local que constituye la base del tema que tengo la inmerecida honra de formular, ya que no esclarecer ante vosotros. La primera interrogación de las dos que le componen, á pesar del carácter dubitativo que en sí tiene toda pregunta, parece como que, en realidad, contiene una verdadera afirmación. En el mero hecho de preguntar si se halla en decadencia el teatro español, claro es que vemos en él signos más ó menos aparentes, que á tal duda y sospecha nos inducen.

Y así es lo cierto. Casi unánimes en reconocer el hecho, aunque no en señalar las causas, todos convenimos en que ese arte, que constituye nuestro primer blason literario, se halla en estos momentos en lastimosa si no irremediable decadencia y como entregado, por lo general, á la invasora explotación de la medianía. ¿Es esta decadencia real ó aparente? ¿Es indicio de impotencia ó de vacilación? ¿Es que se ha extinguido la raza de los poetas ó que el arte, al apagarse los antiguos ideales, busca á tientas la luz del ideal nuevo que guie sus pasos inciertos y le preste el divino rayo de las altas inspiraciones? Preguntas son estas cuya respuesta voy á someter á la para mí temible controversia de vuestros juicios, amparando la modestia de mi parecer con aquel dicho de Montaigne: «esta opinión no la doy como buena, sino como propia.»

Las decadencias literarias no son, como las decadencias sociales, indicio de que muere el espíritu genial é impulsor de una determinada generación, raza ó pueblo; son solo mera manifestación de esas inevitables alzas y bajas que, así como el termómetro marca las oscilaciones y fecunda agitación de la atmósfera, señalan, en el termómetro de la inteligencia, las alternativas del espíritu humano, subiendo y bajando de la



verdad al error, de la fé á la duda, y de la inspiracion al agotamiento. Cuanto más alta sea la cumbre á que levanta su vuelo una ciencia ó un arte, es más inminente, primero su paralización sobre una cima, ya insuperable y sin más allá, y despues la decadencia por el plano impulsor del descenso, pues así en la region de las inspiraciones perpétuas como en la de las perpétuas nieves, con dificultad se sostiene largo tiempo el aliento del hombre.

Vedlo, si no, confirmado en nuestro teatro. Acababan de dar su cuerpo á la tierra y su espíritu á los siglos los grandes creadores de nuestro teatro nacional. Los gusanos que devoraban los huesos de Calderon y Lope, eran ménos implacables en su obra de destruccion que los poetas degenerados y raquíticos que, más famélicos, devoraban el cadáver frio del arte y manchaban el manto esplendoroso de la divina musa. En aquella época apenas se destacan autores tan insignificantes como Cancer, Mateo Fragoso, Mendoza, Belmonte, Enciso, Salazar, Diamante y Candamo, cuyas sombras, tan solo la taumaturgia milagrosa de algun erudito puede evocar del polvo de la insignificancia y el olvido. La prohibicion de los autos, por Real Cédula de Cárlos III, liberta la escena de la constante representacion de una milagrería absurda, de vidas de santos y supersticiones á que ya no prestaba la inspiracion calderoniana aquella riqueza de forma y aquel profundo simbolismo que resplandece en los autos sacramentales. Jovellanos anima momentáneamente la escena, y aún parece bosquejar ya ciertos rasgos de nuestra moderna poesia dramática. Despues, esceptuando á Huerta, solo merecen mencion más ó ménos honorífica medianías como Nifo, Monzin, Rey, Concha y otros, que van degradando la musa hasta entregarla desfallecida en brazos de aquel delirante vate del desatino, el risiblemente inmortal D. Luciano Comella, quien hubiera prostituido para siempre á la pobre Talía, si no la hubiera libertado de sus ébrias profanaciones Inarco Celenio, devolviéndole su perdida dignidad y cubriéndola con el manto, un tanto remendado, del clasicismo.

No pocos de los que me escuchais habeis sido espectadores

y testigos del último y brillantísimo renacimiento de nuestro teatro, regenerado al soplo vivificador del romanticismo. Bástame citar los nombres de Gil y Zárate, Breton, el duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutierrez, Ventura de la Vega, Zorrilla, Tamayo, Florentino Sanz, Ayala, Hurtado, Larra, Eguilaz, Nuñez de Arce y otros, si no á la mia, presentes á vuestra memoria, para dejar confirmada esa ley de eterna oscilacion, ante la cual nunca debemos considerar muerto para siempre ningun arte, por alarmantes que sean los rasgos de su decrepitud y agotamiento. Con las flores del ingénio sucede como con las de los prados: el frio puede matarlas, pero ya volverá la primavera y nacerán otras tan lozanas y llenas de embriagadores aromas y vistosos matices.

A la gloriosa resurreccion que acabo de señalar ha sucedido hoy una paralizacion que se asemeja al cansancio. Parece como que la musa, rendida de sus propios esfuerzos, postrada por sus propias emociones, se ha sentado á descansar, entre pensativa y adormecida, sin responder á la invocacion de los noveles poetas. Sobre nuestros escenarios han pasado todos los géneros dramáticos: el romanticismo con sus grandes pasiones, el pseudo-romanticismo, con sus horrores y pesadillas, el *efectismo*, si me permitís la frase, haciendo abrir la boca con las inesperadas sorpresas y el embeleso del *tableau* final; el género patológico haciendo la diseccion del alma, y estudiando la terapéutica de las llagas sociales, y por último, lo que podemos llamar el *sermonismo*, género reciente, que dispensa á los devotos de asistir á la iglesia, al poner en boca de los actores sermones rimados, edificantes homilias y tratados de moral casera, muy conducentes á la felicidad de las familias y la paz entre los príncipes cristianos.

Sacudió últimamente de su ya prolongado sueño á la perezosa musa, un poeta de fenomenal cerebro y atrevidísimo ingénio, quien con la vara mágica de su númen ha evocado de la tumba el fantasma romántico, y hecho renacer ese neo-romanticismo que parece ser la más reciente expresion de nuestra escena. El Sr. Echegaray (ó mejor dicho, Echegaray á secas, pues á los grandes poetas y grandes hombres se les ennoblece y se consagra ya su nombre cuando se les quita el

vulgar Sr. Don) Echegaray, digo, es una inteligencia excepcional. Como gran ingeniero de caminos, que es, ha trazado á su fantasía un ferro-carril lleno de precipicios y túneles por donde solo puede volar sin descarrilar la poderosa locomotora de su entendimiento. Los puentes aéreos, colgados sobre el abismo, que se complace en levantar y salvar triunfante, pueden hundirse cuando intenten pasarlos los pesados trenes de mercancías de ingénios ménos raudos y con mucho ménos fuego para hacer hervir la caldera del pensamiento volador. Que el rumbo trazado por este sofo-poeta es peligroso, pues puede hacer perder *la diritta via* y extraviarse en *la selva selvaggia aspra e forte* de un tenebroso romanticismo á los poetas que no tengan el génio dantesco para salir de sus intrincados y ultramundanos laberintos, cosa es que el más inexperto crítico comprende y aun recientes hechos comprueban.

Por lo mismo que la musa, al despertar sobresaltada, ha quedado llena de incertidumbre aguardando la consejera voz de la crítica ó la genial adivinacion de un poeta que con el dedo le señale la perdida senda, este es el momento de buscar los medios de restaurar el arte. Por lo mismo que aparece decaído, no será esta la hora de gritar como Séneca á los desesperados: *Ad imum delatus est? Nunc est resurgendi locus?*

No desconfío totalmente de que nuestro teatro pueda mejorarse; mas cuando estiendo la mirada á más anchos horizontes y puntos de vista más generales, surge en mi ánimo, contradiciendo mis ilusiones, una perturbadora desconfianza al considerar que los síntomas de decadencia se van haciendo extensivos á otras literaturas contemporáneas, lo cual me hace sospechar existe una causa comun, una razon suprema, un elemento refractario al arte escénico, y que su decadencia no proviene de la corrupcion del gusto ó la imposicion de tal ó cual perniciosa escuela, sino de algo que está en la esencia misma de la civilizacion actual y que no concuerda ni se ajusta bien á las artificiosas y convencionales formas de la poesía dramática. Podrá decirse, contra esta afirmacion, que más bien hasta la poesía lírica y el poema, tanto por la estructura como por el fondo, tienden hoy á *dramatizarse*; pero en medio de los inagotables elementos dramáticos de la vida

moderna, paréceme que la compleja y vaga expresion de nuestros sentimientos y costumbres se amolda con cierta dificultad á la representacion teatral, más propia para pueblos en cierta infancia, que sienten la fantasmagórica fascinacion del arte con más ignorante fé, más juvenil entusiasmo que estos pueblos del dia experimentados y medio envejecidos, que todo lo ven y lo saben, que prefieren profundas enseñanzas á pasajeras emociones, y que, no contentos con ver en el arte el resplandor de la belleza, le quieren ver ennoblecido con las divinas aureolas de la verdad.

Y no parece tan infundada mi sospecha, cuando, en medio de la prodigiosa vegetacion de la poesía lírica moderna, superior á cuanto la antigüedad concibiera; en medio de la infinita variedad de asuntos que ofrece la sublime y risible tragicomedia del siglo, vemos que, en estos momentos, Alemania aguarda en su escena á los dignos sucesores de Goethe y Schiller; Italia no ha vuelto á escuchar acentos parecidos á los de Maffei, Goldoni, Alfieri, Manzoni, Monti, Foscolo y Nicolini; Inglaterra, tan fecunda en grandes líricos, no tiene un solo génio de la raza de Shakspeare; Portugal no tiene continuadores de Gil Vicente y Almeida Garret; España ve decrecer la estatura de sus dramáticos, y Francia, no hallando poetas que sustituyan á Delavigne, Dumas, Víctor Hugo, Scribe, Musset, Feuillet, Legouvé y otros, deja abiertos sus escenarios á un realismo, en mi sentir, no tan grosero ni corruptor como algunos suponen, pero, en fin, ménos impregnado de la alta inspiracion de la belleza.

Así como sospecho que, no el fondo, sino la exterioridad de nuestra civilizacion y costumbres se presta con cierta dificultad á la forma escénica, estimo que á ella se adaptaban maravillosamente las antiguas, bastándole al poeta copiar los hechos diarios y naturales de la vida real para forjar dramas que hoy parecen esfuerzos de una creadora inventiva.

No remontemos hasta Grecia y su clásica tragedia. Melpómene, aquella ensangretada musa del terror y la compasion que pintó las ilustres desdichas y fatalidades de reyes y héroes, al verse abandonada, en medio de esta democracia literaria que desdeña su aristocrática prosapia, se ha suicidado

con su propio puñal, y hoy es para el arte una figura decorativa, una bella y lacrimosa estatua de mármol, en cuyo pedestal pudiera escribirse, como epitafio, aquel verso de Niobe: *vivebam: sum fata silex*. Pasemos también por alto aquel primitivo y tosco teatro hierodramático, cuyos disparatados y hasta á veces sacrílegos *Misterios* religiosos no hace al caso recordar aquí. Vengamos al siglo XVII, apogeo del teatro español, padre y maestro del teatro moderno, pues dió inspiraciones á Corneille, Moliere y Beaumarchais, influyó en los contemporáneos y sucesores de Shakspeare, como Marlow, Jonson Marston, Dekker, Webster y otros, enseñó sus *imbroglios* á Italia, y con sus aventuras, rondas nocturnas, escalamientos y raptos, tapadas y embozados; con su arquitectura *amorosa* de escaleras, gabinetes secretos, ventanas y salidas falsas, abiertas al amor y á la deshonor, sus tapias, jardines y casas con dos puertas, tan malas de guardar, suministró á casi todas las escenas los patrones de la intriga, el movimiento y el interés teatrales.

Todo era drama en aquellos días. En política el drama se llamaba la muerte del príncipe Cárlos, los amores de la princesa de Éboli, el asesinato de Escobedo, el proceso de Antonio Perez, la muerte del deslumbrador Villamediana, y tantos otros mil trágicos y misteriosos crímenes que están pidiendo más la pluma del poeta que la seca narracion del cronista.

La religion ofrecia, entre otros muchos, el inmenso drama inquisitorial, con su primer acto, la delacion; su acto segundo, el tormento, y su tremendo desenlace, el auto de fé.

Las costumbres, sin esa uniformidad que les presta la civilizacion; la fé, inspirando puros ideales, confundidos con degradantes supersticiones; la individualidad ménos libre y sosteniendo incesantes luchas; los caractéres ennoblecidos por elevados sentimientos ó exaltados por absurdas preocupaciones; el honor, religion del orgullo, que á nombre de la dignidad personal arrastraba al crimen; las pasiones, hirvientes con la prohibicion, sobrecitadas con el misterio, desesperadas al ser sinónimos del pecado, y al tener casi siempre que arrostrar las iras de la familia, de la sociedad, de la ley y hasta del infierno; el amor, mal depurado de un ingénito sensualismo de

raza, á pesar de las castas adoraciones de que, al parecer, le rodeaba la galantería, todo esto, fundido en estrechísimo molde, daba un tinte y un vigor altamente dramático á aquellas sociedades.

Añadid á esto los elementos que podemos llamar pintorescos. Las mal guardadas ciudades que permitian la aventura galante, el criminal atentado del libertino ó la venganza del ofendido; las casas con sus amplitudes, revueltas y escondrijos se prestaban á los misterios dramáticos ó al enredo cómico; la noche, sin más faroles que sus inmortales y melancólicos luceros, envolvía en el secreto de su sombra las escenas sublimes, terribles ó apasionadas de un amor, que acaso se avergonzaria de la luz. Todo en aquel tiempo parece que tenia manto: la noche para encubrir, la hija ó la esposa para engañar, la dueña para mediar, el galan para seducir, el padre ó el esposo para espiar. Solo el manto de la dama y la espada del caballero son causa de constantes intrigas y tremendos desenlaces. Sobre todo la espada, aquella afilada lengua del honor, aquel guardian de acero, que así protegía la justicia y la inocencia, como atravesaba implacable el corazón de un caballero ó se teñía, deshonorado, con la sangre criminal del homicidio, bastaba á crear en cada esquina, á cada paso y momento, dramas terribles, que entónces daban interesantísimo asunto á la leyenda y hoy solo ocuparian la atención y las columnas anti-poéticas de las *Gacetas de los Tribunales*.

Con aquellos elementos no es extraño que Lope, Calderon y sus sucesores, encontrando ya hechos los moldes, no tuvieran más que fundir en ellos el oro de su fantasía para hacer brotar aquel teatro tan lleno de movimiento y rico de color, pasión y vida.

Opina Schlegel que el teatro español es un himno eterno á Dios, el honor y el amor. Estos tres sentimientos son, con efecto, un iris tricolor que se cierne sobre el tempestuoso cielo de nuestra escena antigua, y por más que hoy rechazamos aquella fé ciega y fanática, aquel falso honor, negacion arrogante del amor y la humildad que aquella misma fé preceptuaba, hay que reconocer el poderoso resorte y supremo ideal que prestaban á la inspiracion del poeta.

No sostendré yo, como alguno de nuestros mejores críticos, que el drama religioso constituye la principal belleza de nuestro teatro. No soy tampoco de los idólatras que, deslumbrados por la aureola de sus ídolos, no ven el pedestal que los soporta. Confieso que cuando miro falseadas muchas pasiones, mal comprendido el corazón humano, desnaturalizado el hombre en mil ocasiones, desfigurada la historia, infestado el lenguaje por un lirismo desenfrenado y convencional y un culteranismo insoportable, hallo un tanto excesivo el precio que los tasadores literarios han señalado á aquellos millares de comedias, de las cuales solo algunas docenas han alcanzado la inmortalidad con justo merecimiento. Si en esa tasación, para la que mi tacañería crítica pide alguna rebaja, se toma por criterio de la valoración la cantidad y no la calidad, entonces vacío, como un pródigo, el saco de mis alabanzas, pues no hay nada que se parezca á aquel mónstruo, aquel Fénix de los Ingenios con sus mil ochocientas comedias, algunas de las cuales *en horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro*, y que, según Montalban, llegó á monopolizar los carteles de las esquinas, y con sus autos y comedias, á quinientos reales cada una, llegó á ganar la entonces enorme suma de ochenta y seis mil ducados. Si la valoración, por el contrario, ha de fundarse en la calidad; si recordamos que á Shakspeare le han bastado treinta y siete dramas para ser proclamado monarca de la escena; si consideramos que, como aquel, nuestros dramáticos no han creado, excepcion hecha de Don Juan, personajes de esos que son eternos y universales prototipos del arte; si advertimos que en medio de la exuberancia y fuerza creadora de su génio han desconocido muchos aspectos de la vida y muchos pliegues del corazón, justo es que, ya que al teatro de nuestros días le aplicamos la mirada implacable del análisis para ver solo su trama, no abarquemos con la sintética mirada del asombro á aquel teatro, cerrando los ojos á no pocos de los defectos en que fundamos precisamente muchas de las acusaciones dirigidas á estos poetas que hoy llamamos de la decadencia. Veamos ahora si esta tiene alguna disculpa.

Las revoluciones políticas y filosóficas han dado nuevo as-

pecto á la sociedad humana. Al borrar las gerarquías, equilibrar el movimiento ántes inarmónico de la vida, emancipar la conciencia, estirpar los fanatismos y preocupaciones, difundir el saber y ensanchar las costumbres, han dado un carácter de aparente y prosáica uniformidad á los pueblos del día. Al hallar ménos obstáculos y más serenos cauces las pasiones, al ser la individualidad más libre y por lo tanto ménos rebelde; al tener más legítima expansion el trato social, la vida ha perdido muchas de sus más características energías. En cambio, la vida interna es más activa, la potencia psicológica más fecunda, más vigorosos los impulsos de la razón y más absoluta la soberanía del espíritu. Los hombres de hoy vivimos hácia dentro. Casi todos tenemos una biografía prosáica, descolorida, monótona, sin otras aventuras que nuestras esperanzas ni otras peripecias que nuestros desengaños, y sin embargo, qué lirismos, qué mudas elocuencias, qué sentimientos, meditaciones, utopías, ensueños, dudas, platonismos, palpitaciones, ideales, entusiasmos, se agitan hirvientes en el fondo de nuestro cerebro sin que la fisonomía pierda su expresion de indiferentismo ni nuestros actos infrinjan el más rudimentario precepto de la buena crianza. Los caballeros de Calderon desafiaban al rival ó al ofensor; nosotros, con estas caras que parecen reflejar la estenuacion y la impotencia, con este bonachon aspecto de santos varones que no rompen un plato, desafiamos á Dios con la espada penetrante de nuestra razón; pisariamos la cola al mismo diablo si se nos apareciese (aunque de Fausto acá ya no se atreve á hacerlo); despoblamos el cielo escalándole, más audaces que los titanes, con la escala de nuestra crítica; derribamos reyes, reformamos la moral, agotamos la ciencia, y sin embargo, ni hemos dado estocadas, asaltado conventos, robado doncellas, ni convidado á cenar á la estatua de ningun comendador. Nuestra prodigiosa y temeraria energía moral é intelectual apenas se traduce en hechos individuales externos, y de aquí la dificultad para el poeta de retratarnos en la escena, que, ante todo, es la viva representacion de las pasiones en su más potente actividad y objetiva trascendencia. Unicamente la novela es la que puede estudiar esa especie de complicada tela de araña,



de mil hilos sutilísimos, tejida entre nuestro corazón y nuestro cerebro, y en la que cada hilo hace vibrar sentimientos que se desvanecen en abstracciones, y se pierde en misteriosas y casi inescrutables profundidades. La novela solo, con su escalpelo sutilísimo, puede hacer la anatomía de nuestro corazón y escudriñar la interesantísima psicología de las almas contemporáneas, y por eso ella se apropia la mayor parte del elemento artístico y empobrece el tesoro de la escena. Por eso mientras el teatro decae, la novela prospera, y ella sola, en mi sentir, es muy superior á la antigua dramática con toda su inestimable riqueza.

En la esfera religiosa, el escepticismo de los libre-pensadores, el indiferentismo de los libre-creyentes y el mercantilismo teo-político (si me permitís la frase) de los que se llaman ortodoxos, quitan al arte aquel poderoso germen de inspiraciones que ofrecía la creencia en lo sobrenatural y lo divino.

El concepto nuestro del deber es muy superior al concepto del honor antiguo; pero el deber viviendo en el fondo de la conciencia no imprime aquella impetuosa energía que el honor prestaba á los orgullosos patricios de la Edad Media. Y aun el mismo deber y honor están hoy tan indefinidos, que apenas si el poeta sabe cuál es el verdadero cánón de la moralidad y dignidad de sus personajes.

Tended ahora la vista por los campos y no hallareis aquellos pintorescos castillos y conventos, aquellos lugares sombríos y desiertos, asilo de las fieras y terror de los hombres; ya no tropezareis con aquellos bandidos caballeros y caballeros bandidos, campando por su respeto, y sin tenérselo á nada, ni con aquellos encapuchados frailes, aquellos fantasmas, ni aquellos escenarios, en suma, donde el crimen, el drama, brotaban de la soledad misma y abandono en que se hallaban. Ya las Rosauras no pueden vagar entre los bosques y las breñas sin hallar la anti-poética pareja de la Guardia civil que les exija la indispensable cédula de vecindad. La Guardia civil destierra el drama de camino y encrucijada.

Decidme qué aventuras, galanteos, raptos, escapatorias, citas y cuchilladas consienten estas ciudades tan frecuentadas de día y tan alumbradas de noche. En todos tiempos ha ha-

bido Tenorios, desde aquel Sabiniano que tan admirablemente pinta San Gerónimo hasta los Lovelace que vagan por la carrera á que aquel santo varon tan epigramáticamente presta su nombre. Pues bien: suponed hoy al más sublime y grandioso de los libertinos, al mismísimo D. Juan, buscando aventuras por esas calles de Dios y de la policía, y harto me equivoco si antes de mucho, antes de que Leporello pueda decir, mostrando la lista de sus conquistas, que *in Spagna son gia mille e tre*, no ha rendido su espada omni-vencedora ante los revólvers de una pareja de orden público, y no ha ido codo con codo á dormir como el último truhan al patio del Saladero.

¡Oh, guardias de orden público, faroles del gas y domésticos porteros; no es al ladron, ni al criminal á quien ahuyenta vuestra protectora vigilancia; es al amante á quien estorbais en sus nocturnas dichas; son los diálogos y besos de las Julietas y Romeos, antes solo interrumpidos por el canto matinal de la alondra; es la leyenda, es el mundo de los ensueños y fantasmas lo que desterrais de nuestras plazas, calles y callejones sin salida!

Ahora volved la vista hácia vuestros trajes y decidme qué artística belleza, qué arrogancia de porte y apostura, qué fascinadora gallardía, qué elegancia, lujo deslumbrador, plegados y matices, qué estética nobleza, en fin, consienten estos ropajes sin color, estos cortes que convierten la bella figura humana en risibles y casi rectangulares figuras geométricas; estas telas sin brillo ni tintes con que encubrimos y borramos, lo mismo las deformidades que las perfecciones de nuestra desnudez. La humanidad hoy no se viste, se tapa; no se adorna, se abriga: la humanidad se viste de mezclilla cuando la etiqueta no la viste de luto. Hasta los ukases de la Moda, los preceptos del figurin y la tijera del sastre atentan no poco á los fueros de la musa dramática.

A la comedia de capa y espada tiene que sustituir la comedia de gaban y baston. Esos bastones que no sirven ni de apoyo, ni de ofensa, ni de defensa, sustituidlos, hoy mismo, con la antigua espada (que algunos llevan solo de alfiler en la corbata) y pronto vereis renacer en la vida, dramas que hoy

no suelen tener más terrible peripecia que un sonoro bastonazo y un cambio de tarjetas, ni más desenlace que un almuerzo succulento en Fornos ó los Cisnes.

La facilidad de los usos y costumbres, la vida, casi en público, la confiada union de lo masculino y lo femenino en el género neutro de la sociabilidad comun, todo esto evita choques, amortigua deseos, sácia apetitos, deja cierta perezosa inaccion en el alma, y evita aquella violenta explosion de las pasiones que constituye la esencia de lo dramático. ¿Qué Leonor de nuestros dias que ha estrechado cien manos y bailado diez walses se enciende ante el rayo fascinador de una sola mirada? ¿Qué Lisardo con frac que ha requebrado á tres docenas de beldades se enloquece y encadena al solo influjo de una sonrisa? Tambien los bailes matan el drama.

Sin prolongar más este exámen, opino que la vida moderna, despojada de los grandes ideales, ciegas alucinaciones y pasiones trágicas del mundo antiguo, se presta á la trasfiguracion artística de la novela, á las risibles peripecias de la comedia más que los conmovedores cuadros de la poesía dramática. Werther, esa novela incomparable que hace vibrar todas las fibras de nuestro corazon, reducido á drama teatral, nos haria bostezar. Todos hoy tenemos algo de Werther, algo que es casi irreductible á la accion, algo que viviendo en las regiones más íntimas del sér, escapa al pincel del artista, al ojo del dramático, y solo revela sus secretos y hace sus confidencias al génio escrutador, profundo y analítico del novelista.

Hagámonos cargo ahora de la situacion del poeta dramático en medio de esta sociedad, y veremos crecer las dificultades de su obra.

Una sociedad culta, necesita un arte culto. Antes el poeta sabia más que el público; hoy el público sabe más que el poeta.

Era fácil escribir en los tiempos de Lope y Calderon. Ideaba el autor un asunto divertido y enmarañado, sin cuidarse de la verosimilitud; concebía los personajes á su antojo; atentaba á la historia sin miramiento alguno; desfiguraba el planeta creando una geografía cuyas cartas solo estaban dibujadas en su fantasía; imponía una teología cuya ortodoxia ni

conocerian tal vez en Nicea, ni sancionarian en Trento, y echando, como las brujas en sus calderas, todos los personajes, tiempos, costumbres, pueblos, ciencias y artes, y revolviéndolos y barajándolos á su gusto, cuando aquella *obra sin nombre* estaba en punto y sazón, sacaban su drama, dando á todos los hombres y épocas el mismo lenguaje, fisonomía y pasiones, y envolviendo aquella deforme estátua con el manto de un lirismo deslumbrador, y á veces insufrible, la presentaban, no desnuda como Friné ante sus jueces, sino disfrazada de oropeles, á un público fanático, ignorante, ávido solo de emociones, y, con la boca más abierta que los ojos, dispuesto á tragar todas las píldoras, con tal que estuviesen doradas, y á creerlo y admirarlo todo bajo la fé y palabra del poeta. ¿Me atreveré á decirlo, con perdon de sus venerables sombras y permiso vuestro? Algunas silbas llevarian hoy los maestros del siglo XVII si muchas de sus obras hubiesen arrostrado el juicio de los espectadores modernos, que, en cambio, estiman y aquilatan más el valor de sus bellezas.

¡Cuán distinta es la situacion del autor dramático en nuestros dias, ó, mejor dicho, en nuestras noches!

Tiene que escribir para un público ménos impresionable, más inteligente y dotado de un sentido crítico verdaderamente aterrador. No le basta idear un argumento interesante: tiene que elegir, ante todo, un asunto verosímil. ¿Se remonta á lo pasado y se mete por los laberintos de la historia? Tiene en frente un auditorio de doctores, literatos y eruditos que no le consienten la expansion del anacronismo, la desnaturalizacion de los caractéres y la menor infraccion de la verdad histórica, viéndose forzado, antes de trazar la primer quarteta, á revolver estantes, desempolvar crónicas y manuscritos, estudiar arqueología, y revolver las entrañas de la enciclopedia si quiere dar *gusto á los señores* y librarse del ignominioso adjetivo de ignorante.

Dejando en paz á los muertos, ¿intenta pintar el drama de los vivos? Tiembla ante los anteojos que, como trabucos naranjeros cargados de censuras, le dirigen filósofos á quienes tiene que convencer, moralistas á quienes debe contentar y críticos á quienes satisfacer. Antes, pues, de

enjaretar la ménos redonda de las redondillas, tiene que hacer un verdadero exámen de conciencia y de razon para resolver una peliaguda cuestion filosófica, moral ó sociológica, sudando á cada escena tinta más negra que la de su tintero, para hacer quintas esencias del alma, verdaderos extractos de carne Liebig del espíritu, si ha de alimentar el inapetente paladar de sus espectadores.

Como entre estos espectadores hay académicos de la lengua, que no se muerden la suya cuando se atenta á sus dos libros sagrados, la gramática y el diccionario, tiene el poeta que ser culto, castizo, correcto y mesurado. ¿Qué público tolera hoy los extravíos del gongorismo español ó los empalagos de la *preciosité* francesa? Iniciad una comedia llamando hipógrifo, rayo sin llama y pez sin escama á un caballo, y una carcajada servirá de overtura á vuestra derrota. ¿Qué público acudiría hoy al ver en los carteles este título: *No hay en amor fuerza más constante, que dejar por amor su misma amante, ó La Niteti*? ¿Quién soportaría las extravagancias del castillo de Lindabridis; argumentos que como *La Exaltacion de la cruz* se desenvuelven en Babilonia, Constantinopla, Jerusalem y otros puntos? ¿Qué paciencia, y española sobre todo, escucharía sin sublevarse los monólogos de Focas en *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, de Casimiro en *Afectos de ódio y amor*, D. Octavio en *Con quien vengo vengo*, D. Juan en *Los empeños de un acaso* y otras por el estilo, que tienen más de trescientos versos de longitud, latitud y profundidad? ¿Qué pudor de los que se escandalizan al ver las camelias de la pobre Margarita Gauthier, consiente hoy en escuchar, sin citar otras comedias, *El anzuelo de Fenisa*, *El caballero de Olmedo*, *Juana de Nápoles*, algunas escenas del *Pericles* de Shakspeare, y en suma, la truhanesca literatura de celestinas, rufianes y cortesanas y aquellas obscenas relaciones de los graciosos que deleitaron á nuestros antetarabuelos? ¿Quién no abandonaría hoy su butaca, aun comprada á revendedor, si le ofreciesen dramas de antropófagos como el *Tito Andrónico* de Shakspeare, en que mueren treinta y cinco personajes y aparece Lavinia con las manos y la lengua cortadas?

Nada: el gusto y la cultura del público hacen hoy más difícil el empeño del poeta dramático, y si por un lado son estímulo y norma de la perfección, por otro cortan los vuelos á la fantasía, sus más espontáneos arrebatos á la inspiración y sus más sublimes audacias al génio. No basta hoy la inagotable inventiva de Lope, la magestad de Calderon, la profundidad de Shakspeare, la perfección de Racine, el verbo cómico de Molière, la varonil rudeza de Alfieri, la grandeza épica de Goethe y Schiller, es necesario fundir todos estos elementos en una creación sintética, que abarque la vida toda, que sondee el corazón, que estudie los vagos matices de las pasiones y las intimidades del sentimiento con mayor esmero que nunca. El dramático que aspire hoy más á la honra que al provecho de los triunfos teatrales, necesita poseer una etognosia profundísima y una perspicacia de lince para penetrar en los senos más recónditos del sér humano; tiene que estar dotado de aquello que los ingleses llaman *Insight*, es decir, la visión, el sentimiento de las cosas internas, la percepción del mundo *subjetivo*, más difícil de escudriñar y pintar que los ricos esplendores del mundo *objetivo*. Y después de tener que ser metafísico, psicólogo, moralista, erudito, gramático, en suma, casi onmisciente, el infeliz autor, sin las dimensiones de aquellos interminables cinco actos antiguos, sin aquellas amplitudes que permitían al génio de Schiller pintar las grandezas de Wallenstein en dramas que son casi tomos de historia animados por el soplo de la poesía, tiene que someterse al riguroso Código penal de las bambalinas, reduciendo el tiempo, estrechando el espacio, quebrándose las alas en las angosturas de los bastidores, encajonándose en los hoy casi reglamentarios tres actos, sin cambios de decoración, ahogándose en la comprensora máquina pneumática del artificio escénico, y embarazado por la imperiosa exigencia de la acción que, en su impulso, fuerza á mover más que á pintar los caracteres y esculpir los personajes.

Con estos y otros no menores obstáculos con que tropieza, no es extraño que el arte dramático halle más escabrosa y casi inaccesible la cumbre de la belleza y de la perfección y que decaiga por no poder llenar cumplidamente su misión,

manteniéndose en una altura media, cuyo nivel le será difícil rebasar. Agréguese á esto el que, si bien la vida moderna ofrece todavía abundantes asuntos dramáticos, casi todos los géneros conocidos están ya, si no agotados, tan explotados, que apenas se descubre la *tentanda via* que nos conduzca á esos pensiles vírgenes que sueñan y buscan los errantes y desorientados poetas. Cada cual de ellos al ver la obra inmensa de sus predecesores y buscando la apetecida fórmula de la novedad, puede exclamar, como Damisel metromano de Piron:

«Ils ont dit, il est vrai, presque tout ce qu'on pense,  
 »Leurs écrits sont des vols qu'ils nous ont fait d'avance;  
 »Mais le remède est simple: il faut faire comme eux;  
 »Ils nous ont dérobés, dérobons nos neveux;  
 »Et tarissant la source où puise un beau delire  
 »A tous nos successeurs ne laissons rien á dire.  
 »Un démon triomphant m'élève á cet emploi.  
 »Malheur aux écrivains qui viendront après moi.»

¿Habrá algun demonio triunfante que nos abra los hoy cerrados, si no vedados paraísos del arte futuro? ¿Habrá algun poeta que en su hermoso delirio adivine dónde está la senda que á ellos conduce, y á su potente conjuro evoque las sombras que han de poblar la escena del porvenir, cuyos horizontes, envueltos en brumas, hoy no vislumbramos?

Sobre las causas generales que ocasionan esto que llamamos decadencia de la poesía dramática, y que tan superficial y desaliñadamente he apuntado, hay en España otras particulares, siendo lo maravilloso que, á pesar de todo, la escena española viva todavía y cuente con poetas capaces acaso de salvarla si á ello encaminasen sus esfuerzos.

La política, esta epidemia, este *oidium* social que todo lo mata y estereliza en nuestra pátria, tiene hoy *embargados* (permitidme la palabra) á nuestros más insignes autores dramáticos, quienes hallando más gloria y provecho en ser actores de la comedia pública, dejan la escena por la tribuna, bullen en congresos, redacciones y ministerios, y olvidan las caricias de la musa que hizo esclarecidos sus nombres. Recordad esos nombres que antes ennoblecieron las esquinas, y los hallareis precedidos del título de excelentísimos é ilustrísimos

señores, atestando las páginas oficiales de la Guía de Forasteros, libro funesto que de tantos libros nos priva; Parnaso de la ambición donde en vez de libar con el néctar de la gloria se embriagan con el vino peleon del poder, después de saborear las agri-dulces ambrosías del presupuesto.

La falta de movimiento intelectual hace que no teniendo salida, ni reportando beneficio alguno la publicación de libros científicos, críticos ó literarios, estimulados por el afán de la única ganancia que aquí proporcionan las letras, se lanzan á probar fortuna en la escena poetas y escritores de indisputable ingenio, pero sin verdadera vocación ni aptitud para el difícil arte dramático. Siendo el teatro un *modus vivendi*, á él se suelen refugiar, como náufragos arrojados por las olas y los vientos de la política y acosados por la necesidad, políticos desairados, diputados no electos, periodistas sin periódico, no faltando en ocasiones vates de sotabanco que, desconociendo el mundo, sin esa esquisita y profunda observación que exige la pintura fiel de la vida, crean tipos imaginarios sin realidad, caracteres falsos, duquesas muy compuestas y emperregiladas, rebozadas en encajes y pedrerías, pero oliendo al pacholí de la patrona. ¡Ah! no: el arte no puede vivir de los desechos, sino de la flor y nata de los ingenios; el arte no es un recurso, sino una vocación; no es un asilo de pobres, sino un templo de los inspirados; no es el fogón de los hambrientos, sino el ara de los sacerdotes de lo bello. Mientras abandonen la escena nuestros buenos escritores, dejando el puesto á zurzidoras medianías; mientras veamos pretendientes desatendidos por el ministro que se hacen autores, y autores desatendidos por el empresario, que se hacen pretendientes, no esperemos la regeneración de nuestro decadente teatro.

No la esperemos tampoco mientras la poesía dramática se vea falseada (y casi diré apestada) por ese lirismo de orgánico, y ese lenguaje de prendería que solo brilla por las lentejuelas y canutillos de los trajes ya desechados por la poesía lírica. El lirismo, los fuegos artificiales de rimas y consonantes de bengala, han sido y son los pecados capitales y originales de nuestro teatro, y mientras hacer un drama se reduzca solo á tejer guirnaldas de sonoras quintillas que ocul-



ten la calvicie del pensamiento, y escribir comedias sea solo ensartar, como avalorios, ingeniosas letrillas dialogadas, no escucharemos el verdadero, conmovedor, elocuente y sencillo acento del alma, ni sentiremos el calo-frio de la emociion, ni verteremos esas lágrimas, más dulces que la misma risa, que arranca la compasiva ternura. Entre un prestidigitador que engaña con sus cubiletes y un autor dramático que embauca con sus consonantes, opto sin vacilar por el primero.

Desconfiemos, tambien, de la apetecida regeneracion, mientras las empresas teatrales, más atentas al negocio que al arte, funden en el *lleno* y en el *abono* el único ideal de su constitucion. Hoy entre nosotros el teatro, tanto como lugar de solaz y pasatiempo, suele ser mero punto de reunion, y de aquí ese inconveniente de un público siempre el mismo, un público *abonado* que, con detrimento del arte, obliga á una renovacion incesante de producciones para un escenario á que solo puede dar abasto la vertiginosa actividad de los confeccionadores, esas arañas que en cualquier rincon tejen su frágil tela, en vez de la lenta elaboracion de los poetas, esas abejas que tienen que buscar y elegir las más puras y fragantes flores para fabricar la esquisita y dulcísima miel de la belleza. Mientras una empresa, rica á expensas de un arte pobre, y atenta al lucro, acente solo, como hoy suele suceder, obras de autores de esos que se llaman *conocidos* y deje, sin leerlas siquiera, apolillarse bajo el peso del *monton*, comedias quizás de verdadero mérito, pero sin nombre que las abone, tampoco saldrá el teatro de la trillada senda que le trazan algunos poetas de *éxito*. ¡Ah! del *éxito* al *mérito* hay una distancia de muchos kilómetros.

No digamos nada del arte de la declamacion, sin el cual no hay arte dramático posible. Todos sabeis los misterios de nuestros bastidores, donde los actores, divididos por antagonismos y rivalidades deplorables, jamás forman una compañía completa; donde cada actor se consagra á todos los géneros, representando todos los tipos y caracteres, sin limitarse á aquellos para cuya peculiar expresion le dotó la naturaleza y le hacen apropósito su edad, figura y condiciones físicas. Triste, pero indispensable es decirlo: con rarísimas y hon-

rosas escepciones, en España no hay verdaderos actores.

El corruptor lirismo á que ántes me referia, hace algunos buenos *recitadores*; pero actores que estudien, comprendan y reproduzcan la expresion de los afectos, las agitaciones del espíritu; que den vida á los grandes caractéres, pinten todos los matices del dolor, conmuevan y sacudan todas las fibras del espectador y sepan hacer brotar el escondido raudal de nuestro llanto, esos es en vano buscarlos, porque no existen. Cuenta Swedemborg en sus *Visiones* haber contemplado espíritus que se hablaban solo con el movimiento de los ojos. No es tan poderosa la expresion de las humanas pupilas; pero ¿conoceis muchos actores nuestros que tengan, fuera de la palabra, ese animadísimo lenguaje de la mirada, esa declamacion fisionómica, esos movimientos y actitudes mudas que constituyen, por decirlo así, la acentuacion, la ortografía del idioma prodigioso del alma? El teatro vive del actor, y mientras nuestras compañías se hallen organizadas como hoy lo están; mientras haya actores de comedia *forzada* y comedias de actor *forzado*, no esperemos que el arte alcance dias prósperos y gloriosos, pues languidecerá, produciendo en los espectadores, no secretas palpitaciones ni arrebatados entusiasmos, sino esas dos enfermedades contagiosas que atacan al ánimo y á las quijadas: el fastidio y el bostezo.

Y aquí levanto tambien mi voz contra los principales causantes de esta decadencia, que deseamos remediar; hablo de los críticos. Si, como sucede con harta frecuencia, en vez de directores son corruptores del gusto; si convierten la crítica en sociedad de elogios mútuos; si despues de los fáciles y perniciosos triunfos de una *claque* más ruidosa que sensata y despues de ese descarado y estereotipado adverbio *extraordinariamente* aplaudido, que desautoriza á casi todos los carteles de nuestras esquinas, vienen al dia siguiente esos críticos á aturdirnos, como las murgas, con todos los trombones, bombos y platillos de la adulacion y el encomio, jurándonos bajo su palabra que todas las comedias son magníficas y todos los actores admirables, incomparables, inimitables, no habrá arte posible, porque autores y actores ensoberbecidos y equivocados llegan á perder la nocion de la verdad y la belleza y

los preceptos de la estética que á su realizacion encaminan. Aquí donde el último gacetillero suele erigirse en crítico y reparte alabanzas ó censuras segun los grados de antipatía ó simpatía personal hácia el autor; aquí en donde en cuanto el crítico como Larra, como Cañete, como el discretísimo Revilla hace, no ya sentir, sino solo sonar el látigo corrector de la censura, le tienen por un atrabiliario envidioso, por un inquisidor implacable de los poetas; aquí donde en no teniendo por lema aquel verso del Giusti: *Loda, torna a lodar e poi rioda*, tiene el crítico la enemistad segura del último coplero; es preciso que la crítica emprenda valerosa su tarea docente, sin miramientos escrupulosos ni acerbas prevenciones. Solo una crítica sana puede salvar á un arte enfermo. De no hacerlo así, puede á los críticos decírseles aquellas palabras de Polibio: «Si no sabeis aplaudir á los enemigos y censurar á los amigos cuando lo merezcan, no escribais.»

He apuntado á la ligera, y con la torpeza de mi pobre ingenio, las más visibles causas de la decadencia del teatro español en los actuales momentos. El segundo término interrogativo del tema sobre los medios que pudieran emplearse para su regeneracion, exigiria, quizás, mayor extension si hubiera de tratarse como merece; pero debiendo abrirse amplia discusion y habiendo yo abusado en demasía de vuestra paciencia, voy á indicar brevísimamente algunos de los remedios que han sido objeto de recientes controversias y en los que parece fundarse más ó ménos justas esperanzas.

Como fórmula literaria que regenere el arte, que le dé un patron á qué ajustarse y un ideal en qué poner la mira, proponia el Sr. Canalejas, en un elocuente discurso académico, fundir á Calderon, que pintó al hombre *como debe ser*, con Shakspeare, que le retrató *como es aún*. Siento no opinar en esto con tan docto crítico y emanciparme de la autoridad de mi digno presidente. No estimo que el hombre *debe ser* como le concibió el autor de *La vida es sueño*, ni que es como le forjó el creador de *Hamlet*, y así temo que el poeta que busque semejante fusion no acierte con el tipo humano y forma literaria que á la escena contemporánea conviene.

Más acorde estoy con el Sr. Revilla que, en ciertos artícu-

los recientes, opina que el teatro debe volver, en la comedia de costumbres, al camino trazado por Breton y Vega, y en el drama al seguido por Hartzenbusch, García Gutiérrez, Tamayo y Ayala. No lo estoy tanto en su aversion al realismo, aún cuando sea el tan acerbamente censurado realismo francés, pues, despojado de ciertas sombras que le oscurecen, veo en él la verdadera tendencia y natural estructura del arte dramático que ha de prevalecer en cuanto le ilumine un ligero rayo del ideal. Solo el realismo puede ofrecer el verdadero elemento regenerador, librándonos del peligroso neo-romanticismo que nos amenaza, y haciendo salir á los poetas de los ya trillados caminos y agotados manantiales de la antigüedad. No es esto decir que abandonemos los interesantes, animados cuadros, llenos de colorido y de realidad que nos ofrece el libro de la historia; pero el drama histórico, á más de la dificultad que ofrece dar vida á lo que ya ha muerto, siempre tendrá algo de anacrónico y extraño á nuestro modo de ser, despertando por lo tanto un interés secundario y ejerciendo una mision ménos docente y moralizadora que el que pinta nuestros defectos y nos corrige de nuestros errores y flaquezas. Necesitamos que el drama y la comedia sean un espejo parlante que, no solo reproduzca nuestra verdadera fisonomía, sino que nos conmueva y corrija ofreciéndonos la psicología en accion de nuestra propia vida, pues así como la poesía lírica puede cantar las universales y eternas inspiraciones del espíritu, el teatro tiene cierto aspecto temporal y hasta de localidad, viniendo á ser, por decirlo así, la galería de retratos de la familia humana, en que cada generacion lega á la siguiente la copia fidelísima de su espresion y de sus costumbres. Bien sé que entre nosotros el realismo ha tenido malos comienzos y peligrosas tentativas, capaces de desacreditarle; bien sé que cierta hereditaria gazmoñería de nuestra sociedad no consiente ciertos resbaladizos problemas morales y sociales que el realismo se complace, y debe plantear; pero, aún así, yo veo en él el principio de una nueva era literaria si los poetas saben explotar los riquísimos y mal conocidos filones de la realidad, si saben ser mineros de esa California del corazon moderno, fundiendo el oro que allí en-

cuentren en los nuevos moldes que la sana crítica les ofrece. Si nacieran un par de poetas de génio, ¿qué escondidos tesoros subterráneos y submarinos podrian hallar en las entrañas y en el fondo del agitado mar de esta sociedad, que aún no tiene el verdadero dramático que pinte sus dolores, flagele sus vicios, demuestre sus errores y ponga de relieve sus ridiculeces y preocupaciones?

Es, pues, conveniente que empecemos á abandonar ese lenguaje artificioso, ese lirismo inmoderado que hace que en vez de la voz del corazon oigamos solo la voz del poeta, hablando por boca de sus personajes y como dictándoles, escondido en la concha del apuntador, no el acento de la naturaleza, embellecido por el arte y engalanado por el armonioso ritmo, sino el toniquete sinfónico de una fantasía para quien el verbo no es la encarnacion del pensamiento y del alma, sino mera sucesion de sonoridades silábicas y gramaticales, concertadas bajo el arpegio de la rima. Es preciso que en nuestros escenarios resuene con más frecuencia el magestuoso lenguaje de la prosa; que se planteen las grandes cuestiones y las altas enseñanzas de la moral, la filosofía y el derecho; que se pongan de relieve los dramas que diariamente ocasionan en la vida el absurdo de ciertas leyes é instituciones; que se combatan rancias preocupaciones, contrarias al progreso social; que se pinten con vigoroso pincel los tipos y caricaturas que nuestras grandezas y nuestras ridiculeces engendran; que se analicen los grandes intereses religiosos, políticos y jurídicos que tan ruda batalla traban hoy en la escena del mundo; que todo esto surja y se anime y se informe á la patente evocacion de los poetas, sin que estos degeneren en tribunos, sacerdotes, letrados ó filósofos que desde las tablas hagan solo oír declamatorios sermones, discursos, alegatos ó disertaciones en vez de presentar verdaderos dramas y comedias. Busquen los escritores, no solo nuevos caminos, sino también nuevos resortes del movimiento escénico y de la intriga cómica: que no todo drama se ocupe, como hoy suele acontecer, de las soluciones del adulterio, ni toda comedia tenga el indispensable y trágico desenlace de la boda; que el amor no sea el consabido fundamento de toda trama, pues

hay en la vida otras pasiones y vicios, y otras soluciones que los poetas, encadenados por la tradicion, apenas se atreven á ofrecer á la contemplacion de los rutinarios espectadores.

Y surge aquí, como término de estas consideraciones, una cuestion importante que ha sido objeto de reciente polémica en los periódicos, y que más que á resolver me atrevo solo á plantear por no ver con claridad ni firmeza de juicio las ventajas ó dificultades de su resolucion en determinado sentido. Me refiero á la opinion sustentada por algunos, como el señor Revilla sin citar otros, que creen necesaria la intervencion del Estado para sacar de su postracion al teatro Español, hoy amenazado, si no de muerte, de peligrosa parálisis. Mis principios ultra-liberales se opondrian desde luego á toda intervencion oficial si no considerase que el arte es una esfera superior, y que los principios por que se rige el mundo de la belleza no son los mismos á que se ajusta el movimiento de las sociedades. Rechazo las literaturas oficiales y los Mecenas de real órden; pero cuando en las regiones puras y esplendorosas del arte sobreviene la anarquía, no hallo tan vituperable como en política el cesarismo, la dictadura literaria, si esta se ejerce en nombre de la santidad misma de ese arte é invocando los fueros inmortales de lo bello. No creo que despues de los legítimos triunfos de la democracia, pueda hoy tratarse de abolir la libertad de teatros; pero nada atentatorio á ella me pareceria la creacion de un teatro oficial, así como la fundacion de la Academia no impide la libertad de la lengua, ni el sostenimiento de universidades estorba la creacion de otros centros libres de enseñanza. Un teatro, como la Comedia francesa, subvencionado por el Estado, un teatro que fuese el templo del arte, de donde se arrojase á los mercaderes y explotadores; un teatro puesto bajo la administracion desinteresada del gobierno; sometido á la direccion retribuida de un Consejo de Estado, que sin ser la prévia censura, evite la censura prévia y estrecha de no siempre doctos empresarios ó actores; un teatro dotado de una compañía suprema, formada de las eminencias, de la aristocracia de los artistas, sujetos á la autocrática direccion de inteligencias y autoridades recono-

cidas, y recompensados con el máximum posible de ganancia, me parecen medidas, si censurables bajo ciertos puntos de vista filosófico-políticos, conducentes á contener la anarquía teatral que hoy deploran de consuno autores, actores y espectadores, unánimes en reconocer el mal, ya que no en señalar el remedio. Se dirá que ese teatro oficial no impediría la libre autonomía de los demás teatros, las preferencias caprichosas del público, la insubordinada demagogia de los artistas y la invasion del género malo y el gusto depravado en esos teatros por horas, como los coches de plaza, que confinando con el café cantante sirven para matar el tiempo y el ócio de nuestras noches aburridas, pero que al matar ese tiempo matan el sentimiento de lo bello y apagan la antorcha de las sublimes inspiraciones que enjendran las creaciones inmortales. En hora buena haya teatros donde se admitan los géneros bastardos, se recojan los desechos literarios, se refugien las medianías y acudan los espectadores depravados; pero que haya un santuario no profanado, una escuela del arte, una empresa teatral, en fin, para quien el mejor negocio no consista en los ingresos de la contaduría, sino en los triunfos alcanzados sobre las nobles tablas escénicas.

Esto y algunos estímulos, como, por ejemplo, ofrecer un premio anual á la mejor produccion dramática y cómica de la temporada, alentaria á muchos poetas que hoy, á más de encontrarse sin criterio estético ni ideal á que ajustar sus inspiraciones, suelen hallarse despues sometidos al capricho de empresarios, no siempre inteligentes, y reducidos á la condicion de pordioseros literarios, siendo, acaso, opulentos depositarios del génio creador.

Como estos puntos han de esclarecerse en el curso del debate y han de ser, quizás, el punto culminante de la controversia, me limito á enunciarlos para que los tomeis en cuenta. El momento actual en que nuestros primeros teatros se cierran y los abiertos apénas se sostienen, en que los primeros actores abandonan la escena reduciéndose á forzosa *cesantía*, es el más oportuno para que los discutais con preferente interés cuantos os condoleis por la decadencia y os afanáis por el esplendor de las letras, y sobre todo por la salvacion del

arte dramático en que fundamos el título literario más glorioso de nuestra patria.

No desconfiemos, sin embargo, del porvenir de nuestra escena. El esplendor que ha tenido en el trascurso del presente siglo, el ingenio que, en medio de tropiezos y vacilaciones, muestran algunos noveles poetas, y el caudal de asuntos, aún no explotados, que guarda el vasto campo de la realidad, todo esto hace esperar días mejores. Quizás cuando parezca llegado el momento supremo de la decadencia que confina con la muerte, surja el poeta que infunda nueva juventud y vida al arte. El poeta, como dice Goethe, no está ligado por el tiempo: *den Poeten bindet keine zeit*; vive en lo infinito y suspira por el soñado Eden de la belleza: en busca de él abre sus alas y se lanza más allá de las cumbres del pensamiento vulgar; quizás en sus ascensiones, guiado por el impulso genial de la inspiración, descubre el oculto manantial de los ideales que han de apagar el ardor de una generación sedienta de lo bello. ¡Qué gran misión la del vate que á tales esferas se levante, y en medio del crepúsculo que hoy la envuelve, descubra y robe como Prometeo el perdido rayo de luz que ha de dar nuevos esplendores á la escena!

Para ello es preciso que ese poeta, sin volver atrás el rostro, como la mujer de Loth, mire delante de sí, vea los variados dramas que se desenvuelven entre las gigantescas luchas de este siglo; tome el pulso, cuente las palpitations del corazón, observe las fiebres y delirios de esta generación, tan soñadora en sus propósitos como positivista en sus procedimientos. El cuadro del mundo moderno le he considerado demasiado vasto para el reducido lienzo de la escena; pero aun así, saber transmitir á nuestros descendientes un teatro que venga á formar la crónica viva de nuestras grandezas y miserias, me parece que debe ser el intento de nuestros dramáticos. La forma teatral podrá presentarles dificultades; pero, por desgracia, asuntos no han de faltarles mientras la vida sea un cúmulo de desdichas y la tierra un valle de lágrimas. Mientras la trama de nuestro ser esté tejida con esos dos cruzados hilos, la risa y el llanto; mientras el esfuerzo por la vida, el *struggle for life* sea una terrible verdad, así en el mundo moral como en



el físico; mientras esa vida sea la lucha desesperada contra el dolor y su desenlace la victoria de la implacable muerte, los poetas hallarán los inagotables temas que la musa dramática se complace en representar. Se ha dicho, quizá con razón: dichosos los pueblos que no tienen historia. También pudiera decirse: dichosa la humanidad el día que no tenga dramas ni comedias, pues estas denuncian nuestras incorregibles debilidades y aquellos demuestran la innata perversidad de nuestra condición. Mas ¡ay! esa edad de oro, ese reinado del bien nunca llegará, pues siendo como es el mal despótico tirano y árbitro inexorable de nuestra suerte, la vida será siempre un espantoso drama, y el mundo el inmenso escenario (quizás tan engalanado para mayor sarcasmo) donde la humanidad recita el no escuchado monólogo de sus clamores, y ofrece el espectáculo de sus vanas esperanzas, sus risibles mezquindades, sus criminales barbaries, sus acerbos angustias, sus incurables dolores y sus impotentes desesperaciones, aguardando, inútilmente, la mano piadosa que haga caer para siempre el negro telón de la muerte y de la nada, para cubrir las ignominias de su flaqueza y las angustias y afrentas de su trágico destino.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

---

# MORENDO.

## I.

Cuando el volcan de la vida  
hierva oculto en nuestras venas,  
y es todo sueño posible,  
y verdad toda quimera;  
cuando el amor y la gloria  
invisibles alas bellas  
á mundos desconocidos  
desde el polvo nos elevan,  
como la nave, que altiva,  
la fúria del mar desdeña,  
intrépidos caminamos  
de lo futuro á la senda,  
¡con la mirada en el cielo  
y el pensamiento en la tierra!

## II.

Cuando al peso de los años  
se dobla abatido el cuerpo,  
y solo crecen abrojos  
donde las flores crecieron;  
cuando el alma no responde  
á los gritos del deseo,  
y es toda ilusion quimera,  
y toda dicha recuerdo;  
como cruza el peregrino  
las arenas del desierto,  
así vamos de la vida  
por el áspero sendero,  
¡con la mirada en la tierra  
y el pensamiento en el cielo!

MANUEL DEL PALACIO.

---

## CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA.

---

*(Las victorias españolas.—El quincuagésimo cumpleaños del poeta alemán José Víctor de Scheffel.)*

COLONIA 26 de Febrero de 1876.

Señor Director:

Al asociar mi humilde nombre al catálogo de tantos hombres de gran competencia y autoridad, como redactor efectivo de su acreditada REVISTA, que ya en el primer mes de su existencia ha logrado llamar la atención, no solo de España, sino también de Alemania, me ha pedido Vd. le escriba de tiempo en tiempo correspondencias de mi patria. Siguiendo tan honrosa invitación, elijo para mi carta primera el día más fausto de España, el día que el tiempo, esa gran esponja de la memoria, difícilmente borrará del recuerdo de los buenos españoles que hoy se entregan á los mayores trasportes de alegría, á las expansiones del patriotismo más sincero, porque la paz alcanzada por aquellos triunfos que se suceden con tal rapidez que es imposible hasta saberlos con exactitud, la paz con sonrosadas nubes brilla por vez primera después de tantos años de desolación, en el cielo de la patria. ¡Quién pudiese trasportarse á Madrid que aparece cubierto de espléndidas y vistosas colgaduras, para oír los repiques de campanas, las salvas, las músicas que recorren las calles, y para ver las iluminaciones, los fuegos artificiales, mientras que el pueblo canta himnos patrióticos y da vivas calurosos á la paz, al rey, á la libertad y al ejército!

Las fiestas populares que ustedes están celebrando para solemnizar las victorias de sus ejércitos, precursoras de la paz, las hemos visto nosotros el día de Sedan y el de la vuelta de nuestras tropas que obtuvieron una de las ovaciones más grandiosas que registran los anales de cualquier reinado.

También en el mes actual celebróse en Alemania una fiesta extraordinaria de que ha de participar Vd. como escritor, como ciudadano ilustre en la república de las letras, y la noticia de que un poeta contemporáneo, un literato alemán, alcanzaba honores sin cuento con motivo de su quincuagésimo cumpleaños, la recibirán indudablemente con júbilo marcado todos los poetas españoles, creyendo honrado también su propio númen en el que fué objeto de tantas distinciones.

El poeta de quien quiero hablarle fué honrado por Alemania toda, sin distinción de clases ni opiniones, así por los príncipes como por los ayuntamientos, por los casinos y los estudiantes. A Vd. le parecerá increíble el delirante entusiasmo con que los estudiantes alemanes expresan su admiración y agradecimiento á su inspirado cantor. Figúrese Vd. dos mil estudiantes reuni-

dos en Viena, en las "salas de Diana," y como los estudiantes alemanes y austriacos tienen una sed colosal, no pueden obsequiar á su ídolo sino ofreciendo libaciones á Gambrino y ejecutando con exactitud lo que se llama en la jergonza estudiantil una "salamandra." Consiste aquel ejercicio tan ameno, aquella ceremonia tan extraña, en hacer ruido con vasos llenos de cerveza, chocándolos en la mesa y apurándolos despues de un solo trago y volviendo á chocar los vasos vacíos, lo que hace el mismo efecto que si tocasen el tambor. La frotacion de unos dos mil vasos, acompañada de un brindis entusiasta, verificóse el dia 11 del corriente, en honor del poeta aleman José Víctor de Scheffel, el hijo de Karlsruhe, asistiendo gran número de mujeres hermosas y bien prendidas, las principales notabilidades de la cuna, de la riqueza y de la elegancia, y además profesores, literatos y artistas; y el glorioso vencedor de medio siglo, el vate cuya musa tiene las relaciones más íntimas con el mundo de los estudiantes, habia de luchar con una formidable cantidad de vigorosas salamandras, hijas del fuego del entusiasmo, que por conducto del telégrafo penetraron en su cuarto. ¿Qué debia hacer el poeta que á la sazón se encontraba en su ciudad natal, en vista de tan inesperado ataque? Contestó á sus admiradores con una humorística poesía que, destituida de las galas de la versificación, dice: "Cuando la aurora me despertaba, ví ante mi lecho á una salamandra gigantesca extendiéndose sobre tres sillas. Aquella salamandra me decia mientras que sus ojos sonreian: Tienes muchos amigos en las orillas del Danubio, dos mil cantores me han ejecutado en Viena durante la media noche.—¡Dios mio! exclamé yo ¡dos mil! ¿Cómo podria yo agradecer á cada uno? Debería durante el próximo año no peregrinar por la vida sino con paso mal seguro, no haciendo otra cosa que corresponder á salamandras. ¡Pobre de mí! ¿Cómo podria salvarme? ¡Levántate, salamandra mia! Yo te besaré á tí en vez de todas, ¡oh! mónstruo húmedo y alegre.—¡Por Dios! el beso era difícil. ¡Bien hayan ustedes, mis jóvenes amigos! ¡Ojalá que vuestro ánimo poético continúe produciendo aún muchas flores galanas! Yo he amado el canto cuando jóven y le seré fiel tambien cuando anciano."

Aunque no dudo que Vd., amigo mio, que se dedicaba á estudiar en Heidelberg la ciencia y la poesía alemanas, conoce tambien al héroe de la solemnidad de aquella salamandra gigantesca, no puedo ménos de añadir cuatro palabras acerca de este vate, que en la ciudad cuyo castillo alberga la más colosal de las cubas, entonaba los más originales cantares estudiantiles y báquicos, conduciéndonos hasta en la taberna asiria llamada "la ballena negra de Ascalon."

En las poesías de *Scheffel* respírase el perfume heidelbergues, el espíritu del Palatinado, el aroma del vino del Rhin: sus composiciones escritas en Heidelberg, la pátria de la ciencia alemana, la ciudad del Neckar, parecen adecuadas al génio húmedo del lugar que enlaza el humor y los chistes á la severidad del saber, propia de la antigua ciudad de las musas. Las poesías todas de *Scheffel* se parecen á las sencillas láminas de la escuela germana vaciadas en madera. El que vió la luz en la ciudad donde vivia Hebel, nos pintó la parte más meridional de Alemania. Figúrese Vd. aquellos aislados montes cónicos, el Hohentwiel y el Hohenkrahén, cuyas poderosas

moles se elevan en medio de una llanura feraz, ofreciéndonos un hermoso panorama sobre la deliciosa vega, el jardín de Suabia, el joven Rhin, el ancho espejo del lago de Costanza, mientras á lo lejos se ven las cabezas blancas de los Alpes de Appenzel. Con el Hohentwiel y el Hohenkrahén podria compararse tambien el poeta, que súbito se nos presentaba con sus cantos atrevidos, elevando la cabeza juvenil sobre la prosa de la vida vulgar, contemplando con sus ojos vivísimos las bellezas que se encuentran en el bosque y en el campo, y respirando con el placer peculiar de los alemanes del Sur el ambiente puro del entusiasmo poético. Quizá la erudicion profunda que Scheffel demuestra en sus composiciones con tanta felicidad como talento, ha contribuido á aumentar su fama en los círculos académicos y alejandrinos; pero le hicieron popular sobre todo su frescura exuberante, su ánimo profundo, su mirada que penetra así en los corazones y en los destinos humanos como en el corazon de los siglos más remotos, su arte plástica, su humor y su contemplacion ideal.

Todo lo grande, todo lo bello que el pueblo aleman posee en las creaciones de sus poetas, se debe á las singulares cualidades de las *mujeres alemanas*, al candor, al cariño, al génio y al corazon de las *madres germanas*. ¿Qué bardo aleman no cantaria los cariños de su madre cuyo seno fué para él seno precioso de flores, seno feliz de alegrías? ¿Qué vate germano no diria con D. Antonio Riba y Aguilera:

Si yo, pobre desvalido,  
A tu amor rindo mi canto,  
No es para pagarte el nido  
De tu seno bendecido,  
Que á mis ojos vale tanto.

Jamás toda el arpa mia  
Con sus cuitas y dolores  
Valdrá á pagar la agonía  
Que por mí pasaste un dia  
De tu edad en los verdores.

No: jamás de tu embeleso  
Podré pagar el primor,  
Nunca: aunque obre con exceso,  
¿Pagaré la miel de un beso  
Que ha destilado tu amor?

Tambien *Scheffel*, que se muestra tan sensible á los halagos de la musa cómica, debió á su *madre* su talento poético, aquel humor que pasa por el severo semblante del hombre como un claro rayo de sol por los campos lóbregos. Su vida se deslizaba tranquila, y el arroyo de sus cantos corria, á semejanza de las poesías de Uhland, en torno de los añosos y pardos muros de castillos desmoronados. En 1844 estudió la jurisprudencia en Heidelberg, la ciudad rica en honores, y entró en la carrera jurídica en la vieja ciudad de Sackinga. Aquí, cuando su fantasía tenia ya por base un saber sólido, su talento poéti-



co, que hasta ahora habia dormido como en capullo cerrado, abrió sus lozanas flores. Aquí nació su *Clarinero de Sakinga* que terminó despues en la isla de Capri, padeciendo aquella enfermedad que se designa con el nombre de nostalgia, ansiando ver otra vez los montes negros de abetos de su país natal.

La literatura y el arte estaban de enhorabuena, porque habian descubierto un astro brillante que les anunciaba dias venturosos y prósperos. En su coleccion de poesías, tan humorísticas como atrevidas, tituladas *Gaudeamus*, y nacidas en Heidelberg, donde pensaba alcanzar un profesorado jurídico, demostraba el poeta un ánimo sano, una juventud descuidada, una alegría que hasta á los ánimos más severos arrastra en su torbellino. Esa arpa de suavísimos sonidos auguraba blando consuelo al alma y grato recreo á los oidos. Un año despues de publicado el *Clarinero de Sakinga* que retrata en fáciles troqueos las alegrías y los dolores del amor, publicó su obra capital: *Ekkehard, una historia del siglo X*. ¡Con qué seguridad tan genial nos llena el vate en aquella novela á una edad oscura que parecia falta de interés y en que hasta entónces no se habian atrevido á penetrar sino algunos hombres de ciencia! ¡Qué perfume de antigüedad, qué tono tan infantil propio de la crónica y de la tradicion! Aquella novela la compuso aprovechando viejos documentos cubiertos de polvo que halló en la biblioteca de un convento. Una visita á la Wartburg en 1857 cuando en Weimar se inauguraba el monumento de bronce de los poetas que brillan á través de nuestro siglo con el reflejo de su génio tan refulgente como el sol, le inspiró sus composiciones tituladas *Frau Aventure, cantos del tiempo de Enrique de Ofterdingen*, es decir, cantos propios de los principios del siglo XIII en que los cantores Walter von der Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Enrique de Ofterdingen, Reinmar el viejo y el virtuoso Schreiber brillaron en la córte del Landgrave Herman de Juringia.

Cantos tales que en aquellos dias tan alegres hubiera podido cantarlos un hombre ilustrado que trataba á cantores caballerescos, á monjes y á cantores vagantes, y que contemplaba la hermosa naturaleza con los ojos de Enrique de Ofterdingen ó de Walter von der Vogelweide, los aprendió á cantar Schefel en las gradas de la Wartburg: á él se le acercaba la maga que hoy dia no vive sino en solitarias cumbres ó en los claustros y en el santuario de vetustas catedrales. Otra obra suya llena de poesía es *Junípero, historia de un cruzado*. Al contemplar en una tarde serena de primavera las ruinas de Neuenhewen (Suabia), revelóse de repente al alma del poeta la historia de aquel castillo. Y como la atmósfera de los bosques, nos refresca su poesía *Beigpsalmen* (salmos de las montañas).

Estas son las creaciones del vate que encierran destellos de ese fuego divino que solo ilumina las imaginaciones gigantes. Aplaudirá Vd., pues, amigo mio, los homenajes que se le tributaron. Pero ¿quién pudiera enumerar tantas señaladas muestras de aprecio, tantos honores y distinciones? Me limitaré en consecuencia á decir á Vd. que la emperatriz de Alemania regaló al poeta su retrato, que el gran duque de Baden le confirió la nobleza hereditaria, y que el gran duque de Sajonia-Weimar y el gran canciller de Alemania le saludaron con un telégrama. El vate contestó á Bismark: "Una gloriosa página en la historia vale más que mil páginas de poesía." Y á las señoritas empleadas en el

despacho de telegrafía, que no podían descansar ningún minuto en aquellos días turbulentos en que los telégramas se sucedieron con la velocidad del rayo, les dió las gracias el mismo poeta con las frases más lisongeras entregándoles al mismo tiempo sus obras. ¿Quién pinta el asombro del Sr. Scheffel al recibir un telégrama de Frautenau (Bohemia), que contenía estas extrañas palabras: *Das Casino der Flegel* (es decir: el casino de los zafios)?

"Ustedes, señores míos, se llaman zafios, escribió el poeta agradeciéndoles su saludo, pero ¡válgame Dios! jamás he conocido yo á "zafios" tan cultos y amables." Y por fin supo por las informaciones del casino de Frautenau que el empleado se había equivocado poniendo en vez de *Das Casino Dr. Flegel* (es decir: en nombre del Casino el doctor Flegel) *Das Casino der Flegel*.

Excuso decir que también en la ciudad natal del vate se ha celebrado una gran festividad, á la cual asistió el gran duque de Baden, que brindó por el poeta caballeresco y noble, pronunciando este á su vez un brindis entusiasta alusivo al gran duque. Estrenóse ante ámbos una pieza festiva titulada *En el Parnaso*, en que se presentan la musa épica, la musa lírica y el génio del canto estudiantil, disputándose el honor de coronar al poeta. Dirígenle las tres á Apolo, quien manda llamar al mismo bardo por conducto del dios de los sueños. Aparece el poeta y ruega á las musas le presenten ante los ojos cuatro figuras de su génio; pero aun despues de haberlas visto no se atreve á decidir él mismo á quién ama más entre ellas. Y las musas resuelven que el mismo Apolo corone al poeta con el laurel merecido, y el génio del canto estudiantil convida á Apolo y á las musas á que ejecuten en honor del que es un "estudiante eterno" una "salamandra" solemne.

Si eso hicieron las musas del Parnaso, ¿no han de hacerlo también los estudiantes de Alemania?

El ilustre poeta que acababa de ser objeto del cariño y de la admiración generales, invitó á sus apasionados á que le visitasen el estío próximo en su casa de campo, situada en Radolfzel, para catar el vino de las orillas del mar de Suabia.

Ya sabe Vd. á dónde ha de dirigir sus pasos cuando venga otra vez á Heidelberg. Lo que para mí fueron las bodegas de Jerez de la Frontera, ha de ser para Vd. la hospitalaria casa del Sr. Scheffel, el poeta que dijo á todos sus amigos: *Janua patet*.

Eso dirá también á Vd. el que se repite suyo afectísimo

JUAN FASTENRATH.

COLONIA 8 de Marzo.

(*España y la paz.—Francisco Deak y la Hungría.—El maestro de escuela y escritor popular Gustavo Nieritz.—El primer centenario del nacimiento de la reina Luisa.*)

Señor Director:

Sucédense mis cartas como las victorias españolas que hicieron famosos los nombres de Abadiano y Elgueta, de Santa Bárbara, de

Oteiza y Monte-Jurra, de Vera y Peña-Plata. ¡Qué grandes han sido los triunfos alcanzados en pocos días por el valor que es característico y propio de la sobria y robusta raza castellana, que de tantas maravillas militares ha llenado la historia moderna de toda Europa, por aquellos mártires sublimes que, como decía Castelar, se consagran al culto más implacable y más estóico, al culto de la muerte! Ya no correrá más sangre entre españoles. El sol fecundo de la paz alumbra en todo el suelo español, mientras el luto modesto de los hogares derrama una sentida lágrima sobre el altar glorioso de la patria.

Este es día de sentir; esta es época de grandes sacrificios, de arranques de patriotismo, de elevación en las ideas; esta es hora de trabajar para que desaparezcan los vestigios de la guerra asoladora, que lega al país montones de ruinas. La historia tendrá páginas hermosas para aquellos que más contribuyan á la consolidación moral de la paz, complemento de la pacificación militar.

Ante los triunfos alcanzados por el pueblo español que en aras de sus instituciones ha sacrificado el fruto de su trabajo, la flor de su juventud y la sangre de sus hijos, palidece todo, esceptuando el espectáculo incomparable que acaba de presentarnos Hungría, la tierra que en el siglo actual ha producido patriotas como Esteban Szechenyi, Nicolás Messelenyi, José Eotvos, Luis Kossuth, Luis Batthyanyi, Ladislao Teleki, Koloman Ghiezy, Koloman Tisza, el pueblo que se vanagloria de Tirteos como Pctofy, el pueblo que sabe en momentos críticos, lo mismo que la nación española, elevarse hasta las regiones del heroísmo homérico.

Acompañéme Vd. á Hungría. Allí un pueblo entero muestra el amor de sus glorias; ese legítimo y varonil orgullo de sus grandes hombres, sean cualesquiera la escuela y el campo en que militen; allí un pueblo entero, y á su frente el rey, se honran á sí mismos honrando á aquel eminente ciudadano que, colocado en la cúspide de la política, daba lustre y fama á la patria; á aquel consecuente representante de las ideas modernas de libertad, á quien los alemanes amamos como á un hermano; á quien por su talento, por su sabiduría, por su carácter, por sus virtudes era una de las figuras más excelsas y una de las glorias más refulgentes y enaltecidas de la nacionalidad húngara; á quien tenía solo un amor, el de su pueblo; solo una ambición, la de servir á su país; á aquel cuyo nombre era sinónimo de abnegación, de desinterés, de civismo; á quien tenía todas las cualidades que el pueblo aprecia y también muchas de las que el Estado estima, siendo á la vez hombre del pueblo y gran estadista; á quien, no teniendo jamás por consejeras la pasión y la violencia, sino haciendo comprender á sus compatriotas que los derechos deben defenderse por la vía de la razón y por los procedimientos de la paz, se distinguía por aquella moderación del sábio, por aquella sencilla calma que enaltecen los escritores de la antigüedad, y por aquel sentido común que se encuentra con frecuencia en los estadistas ingleses, por la elocuencia que no se dirige á las pasiones, sino á la mente de los oyentes, y que no quiere arrastrarlos, sino persuadirlos; á aquel que en grandeza moral se asemejaba á Washington, no buscando el poder, sino evitando el esplendor; á aquel cuya grandeza no es-



tá manchada por la sangre, no debiendo sus victorias sino á la palabra y á la pluma; en fin, á aquel que desde 1832 figura en la historia de Hungría, ocupando el centro de ella desde 1859 y dejando en tan buen puesto el nombre húngaro como patriota.

Ya habrá comprendido Vd. que hablo de Francisco Deak, el más noble entre los grandes hombres de la historia moderna de Hungría, el más sábio entre los hombres geniales, el más justo entre los reformadores, el más consecuente entre los que elevaban sus corazones y sus miras al altar de la pátria. Francisco Deak era uno de esos hijos predilectos de los dioses, uno de esos fenómenos que brillan constantes é invariables cual estrellas polares para la edad actual y para el porvenir. A él no podría aplicarse lo que decia D. Gaspar Nuñez de Arce con motivo de la muerte de D. Antonio Rios Rosas, que era á un tiempo mismo Tácito y Tirteo:

¡Triste destino de la gloria humana  
tan costosa, tan mísera y tan vana!  
¡Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;  
hoy tributo de lágrimas; mañana  
hondo silencio, y soledad, y olvido!

Francisco Deak nació de padres nobles en 17 de Octubre de 1803 en Sojhor. Es significativo para quien fué el promotor de las ideas liberales que su familia tenga por blason un libro y una pluma. Despues de haber cursado los estudios jurídicos en Raab, llegó á Pesth é ingresó en 1832 en la Dieta, haciéndose luego el jefe del partido liberal y alcanzando ya á fines de la sesion primera una autoridad semejante á la de Guillermo Pitt, cuando éste tenia solo 20 años de edad. Tan inmensa fué la impresion que el jóven hizo en la Dieta, que un diputado pudo decir: "Así como en Francia aún despues de la muerte de Latour d'Auvergne no cesaban de llamar su nombre en el regimiento á que habia pertenecido, tambien nosotros al inaugurarse la Dieta hemos de preguntar: ¿No está presente Francisco Deak? Pues sin él no hay ninguna Dieta." Deak pertenecia á la escuela de los Rotteck y Guizot, y si él tenia tambien su talon de Aquiles, era que atribuia mayor importancia al régimen parlamentario, á las formas del constitucionalismo, que á la administracion del país.

Dedicóse á redactar un Código penal que despues de concluido mereció los entusiastas aplausos de Mittermayer. Jamás se alejó del suelo sagrado de la ley, y no se asoció al movimiento de 1848 sino á condicion de que este no se convirtiese en revolucion. Cuando tantos otros que se habian dejado arrastrar por la corriente de su tiempo hubieron de abandonar el suelo amado de la patria, pudo él permanecer en ella, siendo respetado por todos. En vano pidió la córte austriaca sus consejos mientras no existia ninguna Constitucion húngara, pues "sin esta no soy nada," decia Deak como amante del derecho y de la patria. Retiróse de la política activa durante el triste período de reaccion, hasta que en Mayo de 1861 habló á su monarca á nombre de la nacion entera con una energía y calma admirables. Con aquel discurso memorable que forma el apogeo de su actividad parlamentaria, inauguróse su lucha en pró del derecho, que ha de agradecerle Europa toda.

Han de darle las gracias tambien los pueblos todos de Austria, porque á él le deben en gran parte las instituciones representativas de que en el dia disfrutan, y ha de darle las gracias la dinastía austriaca por haberla salvado.

Cuando el imperio austriaco estaba conmovido en sus cimientos, cuando una nueva época se habia inaugurado en el campo de batalla de Koeniggratz, el emperador Francisco José llamó al ciudadano Francisco Deak á Viena. Este llegó. Habló del derecho de los húngaros, y en 1867 concilió la dinastía con la nacion despues de tres siglos llenos de amarguras, volvió á su rey el trono y el amor del pueblo y reconquistó para la nacion su Constitucion de mil años. ¡Qué obra tan grande! En vano se le ofrecieron los premios más brillantes: modelo de virtudes cívicas fué quien despues de haberse hecho en la colina de la coronacion el nuevo pacto entre el trono y la nacion, declinaba todas las distinciones como si se avergonzase de su propia grandeza, contentándose con sus dos aposentillos en el tercer piso de la fonda *Reina de Inglaterra* en que habitaba en Pesth. Pero tambien en aquel modesto hogar le buscó la nacion entera. El que podia volverse confiado hácia la historia, porque sabia que sobre todo y ante todo está la salud de la patria, hizose durante el último tiempo de su vida para el pueblo una suerte de personalidad mítica: decian que el rey le visitaba por las noches para pedir su consejo, que la reina le llamaba "primo Deak," y que la jóven archiduquesa le besaba las manos.

En 28 de Enero del presente año murió en los brazos de entrañables amigos el padre queridísimo del pueblo, el hijò más sábio de la patria, no dejando bienes de fortuna ni familia, sino una nacion entera derramando lágrimas.

¿Quién es la hermosa dama que el 31 de Enero apareció en el vestíbulo de la Academia de Ciencias de Pesth, donde se encontraba el cadáver del que fué Francisco Deak? Es la misma reina de Hungría, la noble Isabel, que quiere ser la primera en rendirle un tributo de lágrimas. Sube las gradas del catafalco, deposita una corona sobre el pecho del ilustre finado y se arrodilla orando llena de devocion.

Tres dias despues, el 3 de Febrero, 200.000 hombres condujeron el cadáver á su última morada. Doscientas coronas cubrian el carro funeral. Y el Demóstenes húngaro, Luis Kossuth, escribió á un su amigo:

"Ruego á Vd. que deposite, en mi nombre, el adjunto ramo de ciprés, ese símbolo de resurreccion, en los umbrales de la capilla de Deak, á solas, sin ruido alguno, secretamente. Quizá se lo llevará el viento ó será hollado: no importa. Si aquella imponderable molécula cósmica, si aquella infinitésima parte del espíritu del mundo, que segun las leyes de la afinidad física se junta en nuestro cuerpo para hacer de él un sér vivo y pensador, si aquella infinitésima parte, digo yo, despues de haberse disuelto los elementos de la materia, guarda su personalidad (lo que mi ciencia considera imposible, porque el elemento primitivo es inestinguible), y si hay un lazo entre las dos vidas (lo que es un deseo natural, pero difícil de creer), entónces lo que en otro tiempo se llamaba *Francisco Deak* comprenderá lo que quiere decirle el ramo de ciprés que ahora le ofrezco."

Un ramo de ciprés merece tambien el hombre modesto é infatigable que acaba de morir en Dresde, uno de aquellos mártires que hicieron grande y po-

derosa á Alemania y ennoblecieron al pueblo aleman enseñándole. *Gustavo Nieritz* era un verdadero *Preceptor de Germania*, el maestro de la juventud germana, no solo en la cátedra, sino tambien en sus escritos. Pero preciso es confesarlo: así como la enseñanza alemana excita la admiracion, los maestros alemanes provocan la misericordia, y no obstante, estos pertenecen á aquella como el aliento á la vida. ¡Ay! los maestros alemanes comen el duro pan de la pobreza humedeciéndolo con sus lágrimas y han de luchar cual gigantes con la necesidad. Esa fué tambien la suerte de *Nieritz*, y sin embargo, alcanzó más de ochenta años de edad. En efecto, la necesidad endurece sus víctimas. ¿Debió acaso su ancianidad á mantener fresca el alma y jóven el cuerpo en el trato de los niños? Lo cierto es que aquella salud espiritual que trataba de cultivar en sus jóvenes lectores la conservó él mismo hasta sus postreros dias.

La enseñanza sale de los pobres. El Talmud lo dice, la experiencia lo confirma. Lo demuestra no solo el ejemplo de aquellos gigantes que se llaman Sócrates, Kant, Schiller, sino tambien el de *Gustavo Nieritz*, el escritor favorito del mundo de los niños, á quien los jóvenes escucharon con la misma ansiedad con que ántes pendian de los lábios de su abuela cuando les contaba dulcísimos cuentos. El mismo *Nieritz* escribió ya en 1846: "Si mis novelas de costumbres han alcanzado un aplauso por no carecer de verdad, lo deben solo á la necesidad en que me encontraba, y tratando siempre á pobres niños pude pintar tambien con exactitud la vida de los pobres." Sí; pobre era el escritor que en 1854, despues de cuarenta años de actividad pedagógica, recibió una pension de 200 thalers, y cuyo salario como maestro de escuela no ascendió nunca á más de 400 thalers. Su vida toda era abnegacion y laboriosidad. ¿Es posible no tributar alabanzas á los elevados conceptos del Sr. *Nieritz*, tambien expresados como hábilmente puestos al alcance de aquellos á quienes se destinaban? Rodeado de tres niños, de tres ángeles, escribió en una guardilla su primer cuento *El Naranja*, y despues publicó una série infinita de historias infantiles que ilustran uno de aquellos proverbios de oro en los cuales abunda el pueblo aleman lo mismo que el español. Nadie ha penetrado más profundamente en las entrañas del pueblo que él. ¡Honor, pues, al maestro benemérito cuyas obras tienen por objeto esparcir saludables gérmenes en el corazon y en el ánimo de sus tiernos lectores! Alemania no ha de olvidar que el poder y el florecimiento de la nacion se debe á los pobres maestros.

Concluyo diciendo que mientras ustedes celebran lo que quisiera que fuese la resurreccion, el renacimiento de España, Alemania se prepara á festejar el 10 de Marzo el primer centenario del nacimiento de aquella princesa verdaderamente alemana que adornaba el trono de Prusia, la inmortal reina Luisa, la augusta madre de nuestro emperador, aquella cuya grandeza imperecedera consiste en la pureza inmaculada de su alma, en aquel carácter sublime que, acorado por la necesidad, se levantaba desde la ingénita delicadeza femenil al heroísmo del honor; la que preferia tolerar en los límites de su reino la suerte más triste á sufrir que la Prusia se humillase tanto que existiese sin honra sólo por favor de Napoleon; la que elegia por génios consoladores á los poetas de su pueblo, los Schiller y Goethe; la que, segun dice la poética tradicion popular, escribia con un diamante en aquellos tiempos tan duros como

él en los vidrios de una choza las palabras de Goethe: "Quien no comió nunca su pan con lágrimas, quien no se sentó nunca durante las noches llenas de angustia llorando en su lecho, no os conoce ¡oh poderes celestiales!" En la reina Luisa que llena las páginas en que brilla su nombre con el aliento del entusiasmo más sincero; en la reina Luisa que sembraba con lágrimas lo que su gran hijo y nosotros con él hemos cogido con alegría; en la reina Luisa que, según dijo Kleist, era el astro que más brillaba al romper las nubes lóbregas, encarnóse por primera vez la idea de una Germania querida, aquella idea que pronunciada por ella con palabras de fuego se hizo una bandera para el pueblo entero. ¿Qué podría decir aún de Luisa sino que ella adivinaba ya en las manifestaciones del espíritu popular los albores del renacimiento de la patria, que despertaba la centella de la inspiración en los cantores de la guerra de la independencia alemana, los Kleist, Koerner, Schenkendorf, Rückert, Fouqué, y que aún después de muerta continuaba siendo el *genio tutelar de la causa germana* y encendiendo los corazones de nuestros bardos por la memoria de sus dolencias? Por lo tanto la reina Luisa, la madre del glorioso emperador que vió los días de Leipzig, París, Gravelotte y Sedan, dirigiendo la mirada y el brazo hacia el enemigo fugitivo de la patria; la que en aquellos días en que Napoleón pudo exclamar: "¡No hay más Alemania!" levantaba el templo de los patriotas alemanes, una Germania más santa, una Germania más tranquila, despertando en todos los círculos el sentimiento germano, nos parece aún hoy encarnación de las más santas esperanzas de Alemania, y realización de nuestros más ardientes deseos.

Para que nada faltase al culto de la piadosa reina de Prusia que fué para nosotros una segunda Juana de Arco, pronunció un obispo francés después de la guerra de 1870 las memorables palabras: "He vuelto á leer la historia de esta noble mujer y de su pueblo..... Su historia me ha iluminado y confortado, y puedo recomendarla á todos los que se sienten abatidos al contemplar nuestras desgracias."

Estando seguro de que Vd., amigo mio, saludará con nosotros el 10 de Marzo, el día de Luisa, se repite de Vd. suyo afectísimo,

JUAN FASTENRATH.

---

## REVISTA CRÍTICA.

---

Importantes sesiones ha celebrado el Ateneo en la quincena que al presente termina. Concluyóse el debate pendiente en la sesión de ciencias naturales y començáronse los trabajos de la de literatura y Bellas Artes; cerrándose aquel con un notabilísimo discurso del Sr. Echegaray, iniciándose estos con una disertación no ménos notable del Sr. Alcalá Galiano.

Brillante campaña ha hecho la sección de ciencias naturales, y por todo extremo valiosos han sido los discursos pronunciados por los representantes de las diversas escuelas que en el debate han tomado parte. Los Sres. Simarro, Cortezo, Camó, Ustáriz y Morales Díaz, como positivistas; el Sr. Moreno Nieto como espiritualista creyente, y los Sres. Vicuña, Magaz y Vicent como representantes de direcciones no positivistas de las ciencias naturales, han puesto de relieve sus profundos conocimientos y sus brillantes dotes oratorias, dando no poco interés á la polémica. Pero si, prescindiendo del elemento estético del debate, nos fijamos en sus resultados positivos, no podremos felicitarnos de ellos; pues lo cierto es que tantos y tan elocuentes discursos no han bastado á resolver el problema gravísimo que en el tema se halla contenido, y que, después de tan brillante discusión, los que á ella hemos asistido como espectadores aún no sabemos qué es la vida, ni mucho ménos si la vida es una transformación de la energía universal.

El positivismo naturalista, el positivismo crítico, el espiritualismo, el animismo, el vitalismo, el krausismo, todas las escuelas que en este debate han tomado parte, solo han conseguido demostrar su radical impotencia para resolver el tema que se ventilaba. Los matices todos del naturalismo han mostrado que si la ciencia experimental basta para explicar, con mayor ó menor exactitud, los fenómenos puramente físico-químicos y mecánicos que en la vida se manifiestan, es insuficiente para explicar esos otros fenómenos que constituyen el aspecto psíquico de la vida, y mucho ménos para hallar la esencia íntima de la vida misma. Las direcciones espiritualistas y racionalistas no han sido tampoco más felices, y sus varias hipótesis, faltas de toda comprobación científica y tan diversas como oradores se han levantado en contra del positivismo, distan tanto de resolver el problema como los ingeniosos experimentos y los sutiles análisis de los naturalistas. La cuestión, pues, ha quedado sin resolver, y los únicos resultados del debate han sido: 1.º Mostrar la impotencia del método experimental y del método especulativo para esclarecer los misteriosos problemas que la vida encierra, principalmente en su aspecto psíquico. 2.º Confirmar la verdad profunda con que la crítica kantiana ha declarado incognoscible la esencia íntima, el noumenos de todas

las cosas. 3.º Poner de relieve el escaso valor científico de las dos grandes afirmaciones dogmáticas que se disputan el campo de la filosofía: la afirmación espiritualista y la materialista. 4.º Señalar la necesidad imprescindible de reconocer en el hombre la existencia de algo desconocido en su esencia, pero perceptible en sus fenómenos, á lo cual no alcanzan los procedimientos experimentales, que es sujeto de todos los estados de conciencia á que llamamos fenómenos psíquicos, y que recibe el nombre de espíritu, y acerca de cuyo origen y naturaleza nada sabemos, ni en la esfera científica podemos saber. Y 5.º Dar mayor fuerza á la necesidad, por todos sentida, de precisar los límites del conocimiento humano, de señalar la esfera propia de las diferentes ciencias, de renunciar al espíritu dogmático, de poner coto á las exageradas pretensiones de las ciencias naturales y de concluir de una vez para siempre con las aventuras metafísicas de las ciencias filosóficas. Tales son, á nuestro juicio, los resultados, más críticos y negativos que positivos y dogmáticos, del importante debate habido en la sección de ciencias naturales.

Y no otra cosa se desprendía (aunque él no quisiera acaso confesarlo) del elocuentísimo discurso con que resumió la discusión el Sr. Echegaray. Con pasmosa claridad, con penetrante y singularísimo ingenio, con brillante elocuencia, llena de color y de vida, expuso el Sr. Echegaray las diversas soluciones que al problema daban las escuelas que han terciado en el debate; su mágica palabra, iluminada por los resplandores del genio que al Sr. Echegaray otorgó la naturaleza, si algo hizo fué mostrar con fuerza irresistible la imposibilidad de dar á la cuestión una solución satisfactoria. En animado cuadro y con espíritu imparcial y levantado, retrató á grandes rasgos el materialismo, el positivismo, el espiritualismo tradicional y las direcciones novísimas de la filosofía germánica; duro é inexorable con el primero, justo y benévolo con el segundo, con el tercero mal avenido, y á las últimas decididamente favorable, vino al cabo á dejar sin resolver el problema y á parar en conclusiones que, á través del engañoso velo espiritualista que las encubría, hartamente revelaban las aficiones del orador y el virus positivista de que está impregnada su poderosa inteligencia. Si por una parte, y á nombre de la ciencia matemática que con tanta gloria cultiva, hizo reservas dignas de tenerse en cuenta y dirigió censuras no despreciables al positivismo; si, dejándose llevar de ciertas tendencias sintéticas, pareció complacerse en la idea de que es la vida el triunfo de la unidad sobre la variedad, por otra reveló sus verdaderas aficiones en la última parte del discurso, al combatir con dureza el dualismo espiritualista, al manifestar sus tendencias monísticas, y, sobre todo, al aceptar sin escrúpulo las doctrinas de Lhuys sobre la organización y funciones del cerebro, doctrinas que expuso con pintoresca y bellísima palabra. De los dos hombres que hay en el Sr. Echegaray, uno: el poeta, pareció afiliado en las huestes del espiritualismo novísimo; otro: el científico, colocóse, aunque sin confesarlo, en pleno positivismo, con puntas y ribetes de materialismo; y como quiera que se trataba de ciencia y no de poesía, no es maravilla que los positivistas, haciendo generosa donación del poeta Sr. Echegaray á los espiritualistas, se quedaran con el científico Sr. Echegaray, y se congratularan de haber adquirido el valiosísimo apoyo del genio peregrino que, siendo á la vez matemá-

tico insigne, físico ilustre é inspirado poeta, ha logrado reunir en su privilegiado espíritu las más grandes y al parecer las más contradictorias manifestaciones del espíritu humano.

Terminados de tan brillante manera los trabajos de la seccion de ciencias naturales, ha venido á reemplazarlos la de Literatura y Bellas Artes, poniendo á discusion un tema tan importante como oportuno, á saber: *Las causas de la actual decadencia de nuestro teatro y los medios que pudieran adoptarse para remediarla*. Señaló las primeras é indicó las segundas el Sr. Alcalá Galiano en la bellísima disertacion que en el presente número de nuestra REVISTA leerán, sin duda con deleite, nuestros favorecedores; y esto nos excusa de exponer las doctrinas que el Sr. Alcalá Galiano sustenta, aunque no de rendir el merecido tributo á su notable trabajo, lleno de verdad, de ingénio y de sana doctrina, y escrito en discretísimo y elegante lenguaje que harto revela las dotes no comunes de este escritor, uno de los más ingeniosos y brillantes que honran las letras españolas.

Contestóle el Sr. Fernandez Jimenez, acentuando en sentido pesimista las afirmaciones de la primera parte del trabajo del Sr. Galiano, y combatiendo la creacion de un teatro oficial como remedio á los males de nuestra escena. Profundo, erudito é ingenioso hasta pecar de paradójico, el discurso del señor Fernandez Jimenez fué muy celebrado por la concurrencia que espera con ansiedad las sesiones sucesivas, en que tomarán parte muchos y muy distinguidos oradores.

En la seccion de ciencias morales y políticas sigue debatiéndose el incidente á que ha dado lugar el Sr. Pisa Pajares al exponer sus doctrinas sobre el valor objetivo del conocimiento y el origen de las ideas. Razones fáciles de comprender, si se tiene en cuenta que en esta discusion incidental toma parte muy activa el que escribe estas líneas, nos impiden ocuparnos de este debate, que terminará muy pronto, y será seguido del discurso-resúmen del presidente de la seccion, Sr. Azcárate, cuyo trabajo será seguramente un acontecimiento científico no ménos importante que el discurso del Sr. Echegaray.

\* \* \*

Prometimos en nuestra última revista ocuparnos de la novela de costumbres titulada *Salivilla (el Guripa)*, y debida á la pluma del Sr. D. Andrés Ruigomez, y vamos hoy á cumplir nuestra promesa.

*Salivilla* es una novela que, sin ser una obra de primer orden, posee las suficientes condiciones para ser leida con agrado y para asegurar á su autor un puesto distinguido entre los escritores que desde fecha muy reciente han acometido la noble empresa de regenerar entre nosotros el género novelesco y concluir con la plaga de novelas de pacotilla que antes pululaban en España. *Salivilla* es un animado cuadro de costumbres populares que sirve de marco á una accion dramática no exenta de interés y de sentimiento, y en la que figuran tipos bien diseñados, algunos muy interesantes, episodios variados, y rasgos de delicadeza y ternura dignos de elogio. A nuestro juicio, el autor pudo sacar más partido de los elementos que hay en su obra y dar más realce

á la descripción de tipos y costumbres, renovando de esta suerte nuestra tradicional novela picaresca, y dando mayor importancia al elemento cómico, aunque su trabajo perdiera algo en fuerza dramática. De desear hubiera sido también que el estilo fuera más vigoroso y el lenguaje más esmerado en algunas ocasiones, y que el autor renunciara á la fatal manía, característica en casi todos nuestros novelistas contemporáneos, de embarazar la marcha de la narración con digresiones de dudosa utilidad y con reflexiones y disertaciones que rara vez vienen á cuento; pero estos y otros lunares no bastan para deslucir los indudables méritos de la obra, que revela en su autor dotes no vulgares y es acreedora á la estimación del público.

\* \* \*

Tiempo hace que en una de nuestras revistas dimos cuenta de la publicación de un libro titulado *Estudios sobre filosofía de la creación*, escrito por el Sr. D. Emilio Reus y Bahamonde. En la necesidad de dar pronta noticia de las publicaciones nuevas, no nos fué posible otra cosa en aquella ocasión que señalar someramente los principales méritos de esta obra, que entónces no habíamos podido leer aún con detenimiento. Hoy, después de una atenta lectura de este importante trabajo, nos creemos obligados á ocuparnos de él con mayor extensión y á emitir el juicio imparcial que nos merece.

El Sr. Reus y Bahamonde es un jóven, casi un adolescente, que con madurez de juicio y copia de erudición inusitados en su edad, expone en el primer tomo de su obra (único publicado) los sistemas teológicos y trasformistas que han tratado de resolver el gravísimo problema del origen de las especies, y señaladamente de la especie humana; y después de rechazarlos y refutarlos todos, aspira á dar á dicho problema una solución distinta que á su juicio será la más exacta y la que concierte en armónica fórmula las enseñanzas de la filosofía y las de las ciencias naturales. Esta empresa atrevida queda reservada para el segundo tomo de la obra del Sr. Reus.

Ocupa la mayor parte del primero una exposición, ni muy extensa ni muy completa, de las doctrinas teológicas, y otra, ámplia y fidelísima, de las modernas teorías trasformistas, y una vez rechazadas aquellas en términos breves y perentorios, pasa el Sr. Reus á refutar detenidamente las segundas.

Comprende la refutación dos series de argumentos: unos tomados de las ciencias naturales, otros filosóficos, fundándose los primeros en la carencia de hechos que comprueban la hipótesis trasformista ó en la existencia de otros que le son contrarios; en las diferencias anatómicas entre el hombre y el mono y en la distinción que existe entre la especie, la raza y la variedad. Los segundos se apoyan en la espiritualidad del alma y el análisis de sus facultades y en las diferencias que se señalan entre el alma del hombre y la de los restantes seres orgánicos.

Una buena parte de su argumentación pudiera haberse excusado el señor Reus, si hubiese fijado más su atención en la doctrina trasformista, pues solo con advertir que *ningun trasformista serio* pretende que el hombre sea descendiente de los actuales monos antropomorfos, pudo prescindir del largo exámen comparativo entre el hombre y el mono que con tanta prolijidad desarrolla y



que no le basta, sin embargo, para destruir la tésis fundamental de Huxley, á saber: *que entre el hombre y los monos antropomorfos existen muchas menos diferencias que entre estos y los monos inferiores*. Lo esencial en la hipótesis transformista es el origen zoológico del hombre, sea la que fuere y exista ó no en la actualidad la especie de que este desciende, y á combatir esta doctrina debió ceñirse el Sr. Reus, sin que para ello tuviese necesidad de discutir las diferencias entre el hombre y los monos.

Debió tambien el Sr. Reus prescindir del debate sobre el concepto de especie, raza y variedad; lo primero porque hasta la fecha no ha habido dos naturalistas que hayan logrado ponerse de acuerdo sobre lo que estas palabras significan; lo segundo, porque nadie hay que sostenga ni pueda sostener en serio la invariabilidad absoluta de las especies; lo tercero, porque sopena de admitir una teoría teológica (y el Sr. Reus las rechaza todas) ó empeñarse en sostener en la vida de la naturaleza un inconcebible quietismo, no hay otro medio de explicar el origen de las especies, que admitir la hipótesis evolucionista, si quiera quepan apreciaciones muy diversas respecto al proceso de la evolucion. La evolucion es la gran doctrina de la filosofía y de la ciencia modernas, y nunca será bastante alabado Hegel por haber introducido en la ciencia este grande y fecundísimo principio, sustituyendo con una concepcion dinámica la concepcion estática de la antigua filosofía, como nunca será bastante censurado el pensador en que parece inspirado el Sr. Reus, por haber venido, despues del gran movimiento de Schelling y Hegel, á retrotraer la filosofía al panteismo estático y quietista de épocas pasadas. Hasta los mismos espiritualistas reconocen hoy la excelencia del principio de la evolucion, y no hace mucho tiempo que así lo declaraba en el Ateneo el Sr. Moreno Nieto; y una vez admitido ese principio, no cabe explicar la vida ni mucho ménos la aparicion de las especies orgánicas, sin hacer intervenir la evolucion en todo el proceso natural, si quiera quepa, segun las aficiones de cada cual, darla un carácter mecánico y determinista, ó suponerla libre manifestacion de ideas preexistentes, determinada segun plan, con punto fijo de partida y fin previsto y determinado de antemano. Las estrechas miras de Quatrefajes suponen muy poco contra esta gran doctrina evolucionista, y cualesquiera que sean las modificaciones que reciba, el principio de que las especies nacen de las especies por transformaciones de uno ú otro género, ha de quedar para siempre en la ciencia como una de las más preciosas verdades descubiertas en el presente siglo.

Debió tener en cuenta tambien el Sr. Reus, antes de alegar hechos ó carencia de ellos contra la doctrina transformista, que esta, sobre todo en la forma que la dan los discípulos de Darwin, no se presenta más que como hipótesis, y no se invalida, por tanto, porque no haya hechos numerosos que la comprueben. Muchos hay en su abono, y pocos pueden alegarse en contra con fundamento, sobre todo fijándose en la época presente; pero lo que importa consignar es que esta hipótesis está *justificada*, porque explica hechos que ninguna otra ha logrado explicar de un modo científico y satisfactorio; que es *sencilla y clara*, mucho más que todos los sistemas que hasta el presente han tratado de explicar el origen de los seres orgánicos; y que no es *irracional*, pues léjos de oponerse á nada racional, se conforma con una ley que lo es en sumo

grado (la evolucion) y puede concertarse sin dificultad con las más elevadas y mejor probadas doctrinas filosóficas y aún con el sano y racional sentimiento religioso. Si el Sr. Reus presenta en la segunda parte de su obra una hipótesis que, reuniendo estas condiciones, carezca de los inconvenientes y dificultades que pudiera ofrecer la hipótesis trasformista, tendrá razon para combatirla; entretanto, todo lo que contra ella diga significará muy poco, pues por grave que sea lo que aduzca, nunca podrá desconocer que esa hipótesis es superior á todas las anteriores.

Nos hemos extendido demasiado y no nos queda espacio para ocuparnos de los argumentos filosóficos alegados por el Sr. Reus. En nuestro concepto, la hipótesis trasformista aplicada al origen de las especies orgánicas no se aplica necesariamente á la aparicion del espíritu. No negamos que el principio de la evolucion pueda extenderse á lo psíquico como á lo físico; pero este aspecto de la cuestion trasciende del terreno de la ciencia natural y puede separarse del aspecto primero.

Sin que nosotros seamos partidarios de cierto espiritualismo dualista que todavía priva en el mundo, no negamos que dentro de él, como dentro de ciertas concepciones teológicas, pudiera muy bien admitirse la hipótesis trasformista, circunscribiéndola al terreno puramente natural y absteniéndose de aplicar el principio evolutivo á la génesis del espíritu. Hay, pues, entre la evolucion de la materia y la del espíritu una distincion señalada, y ni cabe confundirlas, ni tampoco suponer que esta va envuelta necesariamente en aquella, como parece dar á entender el Sr. Reus.

Peró aún en este terreno no ha estado feliz el Sr. Reus. Cuanto dice respecto de la espiritualidad del alma y del análisis de sus facultades, no es otra cosa que una exposicion de esa añeja y vulgar psicología, que no es lícito exponer despues de los grandes adelantos de las ciencias fisiológicas y de los grandes trabajos de la escuela psicológica inglesa y de las escuelas que en Alemania han creado la psicología fisiológica. Ni siquiera está en semejante materia el libro del Sr. Reus á la altura de los trabajos importantes de la escuela á que pertenece; ántes parece que se ha inspirado simplemente en las exposiciones, harto ligeras, de Tiberghien. Muchas y muy graves objeciones pudieran hacerse á todo lo que dice el Sr. Reus respecto al alma humana y á la de los animales y plantas; fácil será mostrarle que ningun argumento de verdadera fuerza alega contra las teorías que en esta cuestion sustenta el trasformismo; llano mostrarle que ni en esta parte de su trabajo ni en la anterior ha logrado destruir el principio fundamental de que el hombre (cualquiera que sean las diferencias anatómicas, fisiológicas y psíquicas que le separan de los animales) se halla dentro del reino animal, ocupa un lugar en la escala zoológica como han sostenido todos los naturalistas sin excepcion, y puede, por tanto, al ménos considerado como sér orgánico, descender de antecesores animales; pero esto seria tarea larga y enojosa para nuestros lectores, y por tal razon ponemos punto aquí á estas consideraciones, no sin declarar que las diferencias que del Sr. Reus nos separan y los errores de que á nuestro juicio adolece su obra, no impiden que estimemos esta como un trabajo sério, meditado y digno de aplauso, siquiera por ser debida á un escritor

casi adolescente y por ser el primer libro español de alguna importancia en que se combaten con razonamientos científicos las doctrinas trasformistas.

\* \*

Una sola produccion digna de mencionarse han ofrecido los teatros en esta quincena. Tal es una comedia del Sr. Liern, titulada *Vivir al dia*, representada con buen éxito en el teatro Español. Propónese en ella su autor combatir la aficion al lujo que, desarrollada con exceso en la clase media, impulsa á muchas familias á gastar más de lo que sus recursos permiten, viviendo al dia, y concluyendo al cabo en ruina inevitable. La tésis está desenvuelta con alguna exageracion y los personajes resultan algo recargados; pero no faltan tipos pintados con gracia y desenfado, ni la accion deja de ofrecer movimiento é interés, siquiera la perjudique el afan de poner sermones de moral en boca de algunos personajes. En suma, la comedia entretiene y anuncia en el señor Liern intentos de volver al buen camino que en estos últimos años habia abandonado, malgastando su ingénio en deplorables producciones del género bufo.

Los demás teatros no han representado ninguna obra de importancia. Como acontece siempre que se celebran fiestas nacionales, se han puesto en escena diferentes piezas patrióticas, más laudables por la intencion que por el desempeño, entre las cuales solo merecen mencionarse dos piezas representadas en los teatros de la Comedia y del Circo, tituladas respectivamente *¡La Paz!* y *Paz como hermanos*, y originales, la primera del Sr. Puente y Brañas, y la segunda del Sr. Rada y Delgado.

M. DE LA REVILLA.

## BIBLIOGRAFIA FILOSÓFICA DE ALEMANIA EN 1875.

En extremo fecundo ha sido el movimiento filosófico de Alemania en el año de 1875. No han abundado ciertamente nuevas creaciones de sistemas ni se han traído nuevos derroteros al pensamiento, pero numerosos en cambio han sido los estudios, las aclaraciones, análisis y exposiciones de los antiguos sistemas, constituyendo riquísimo material para la historia de la filosofía.

En lo que se refiere á la antigüedad, se observa que Platon inspira un interés mucho mayor que Aristóteles. Se ha publicado el tercero y último tomo de la gran obra de H. von Stein, "Siete libros para la historia del platonismo." Además se han publicado: Estudios sobre la literatura socrática y platónica de A. Krohn; "Investigaciones platónicas," de F. Schultess; Filosofía presocrática de los griegos de S. A. B. Byk; Teoría de la razon práctica en la filosofía griega de J. Walter; Ideas de los antiguos sobre la vida, la muerte y la inmortalidad, de A. Arndt; Lo empírico en la ética de Aristóteles, por J. Klein. La filosofía china ha encontrado un traductor en Plaencker, que ha vertido al aleman el Ta-hio de Confucio, y P. Asmus ha expuesto las religiones indogermánicas en los puntos más capitales de su desarrollo. La filosofía de la Edad Media está representada en las obras siguientes: Historia de la mística en Alemania durante la Edad Media, por W. Preger; Historia de las pruebas de la existencia de Dios, hasta el siglo XIV, por A. Tyszka; Teoría del conocimiento de Arnold Geulinx y El Ocasionalismo, por E. Grimm; Lecciones sobre la filosofía israelita de la Edad Media, por M. Eisler; Aristóteles en la Escolástica, por M. Schneid; La influencia de la ética aristotélica en la moral de Tomás de Aquino, por W. Redepening.

El naturalista inglés y célebre biógrafo de Goethe G. H. Lewes, comienza á publicar una historia de la filosofía moderna, estando ya á la venta la primera entrega. La célebre obra de Kuno Fischer, Francisco Bacon, se ha publicado en una nueva edicion completamente reformada. Además se ocupan tambien de la filosofía moderna, hasta Kant, las obras siguientes: Herbart—Spinoza—Kant, por K. Thomas; Rasgos fundamentales de la teoría del conocimiento y Metafísica de Spinoza, por C. Busolt; Teoría de Spinoza sobre la existencia de una sustancia, por B. Albert; Significacion, naturaleza y sentido de la duda cartesiana, por S. Paulus; Ética de Spinoza con una introduccion, por Ginsberg; obras filosóficas de Leibnitz, publicadas por C. F. Gerhardt; Pensamientos de Pascal sobre la religion, por J. G. Dreydorff; Filosofía, religion y moral de Federico el Grande, por H. Merekens; Principios de la ética kantiana, por A. Dorner; Teoría de la religion de Kant, por B. Puenjer; Kant, Hume y Berkeley, por Spiker; Ensayos de una historia del desarrollo histórico de la teoría kantiana del conocimiento, por F. Paulsen; Sobre el punto de partida para el conocimiento metafísico segun Kant, por F. G. Hann; El imperativo categórico de Kant y la actualidad, por J. Volket; Líneas fundamentales de la religion racional de Kant, por J. Hildebrand; Para el juicio del criticismo desde el punto de vista del idealismo, por J. Bergmann.

El centenario del gran pensador Schelling se ha celebrado con muchos discursos filosóficos que examinan su importancia y significación; algunos de estos han sido impresos; los más importantes son: Federico Guillermo José de Schelling; desarrollo espiritual de Schelling, por H. Becker. La filosofía hegeliana, que antes era la que daba carácter al movimiento bibliográfico y la que sobre todas imperaba como única señora, no ha tenido en todo el año ni una monografía. De Herbart se han ocupado varios; entre ellos citaremos: Juan Federico Herbart, por F. Bartholomai; servicios prestados á la filosofía por Juan F. Herbart, por C. A. Thilo; crítica de Lott de la ética herbartiana, por T. Vogt; los últimos elementos de la materia en las ciencias naturales y en la metafísica de Herbart. La obra de Schopenhauer sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente se ha publicado en su cuarta edición y J. Frauenstaedt ha dado á luz nuevas cartas sobre la filosofía de su maestro. J. Hettinger ha publicado una nueva biografía de David Federico Strauss.

Los escritos filosóficos más numerosos son los que se refieren á las cuestiones más palpitantes de actualidad, el pesimismo, el materialismo, la filosofía de lo Inconsciente y el darwinismo. G. P. Weygolds ha publicado un escrito que ha sido premiado por la *Haager*, sociedad erigida en defensa de la religión cristiana, y que se titula *Crítica del pesimismo filosófico de nuestro tiempo*. E. von Hartmann va introduciendo el principio metafísico de su filosofía de lo Inconsciente en las ciencias particulares por medio de escritos referentes á la estética, pedagogía, teología y ciencias naturales. Al publicar J. A. von Kirchmann una conferencia sobre los principios del realismo, le ha contestado Hartmann con una crítica del mismo; además ha dado á luz este autor una segunda edición de "La cosa en sí y su naturaleza," "Verdad y error en el darwinismo," "Reforma de la enseñanza superior." En este mismo ciclo pueden ponerse las obras siguientes: Hartmann y la disolución del cristianismo, por Sonntag; El monismo y su relación con la filosofía inconsciente, por R. Wirth; La religión del porvenir de Hartmann demostrada en su propia disolución, por C. J. Heman; Fragmentos filosóficos referentes á la filosofía inconsciente de Hartmann, por A. Kluge; El objetivo de la efervescencia religiosa y científica, por H. Schwarz; Límites de la filosofía á favor de Riemann y Helmholtz y contra Hartmann y Lasker.

La lucha del materialismo y darwinismo por una parte y la de los principios contrarios por otra, se concentra en dos cuestiones capitales, la de la evolución de la humanidad y la de la libertad de la voluntad. Referentes á esto se han publicado las obras siguientes: Consideraciones sobre el materialismo, por O. Vogel; Dos cartas sobre motivación y libertad de la voluntad dirigidas á St. Mill, por R. G. Hazard; El materialismo contemporáneo desde el punto de vista del racionalismo; Cuestiones éticas, por J. Huber; La libertad y el carácter del hombre, por F. Wollny; Psicofísica de la moral y del derecho, por M. Benedickt; La idea de libertad en su realización en la vida humana, y además, El materialismo y el cristianismo, por K. Kodrle; Ideas modernas de la materia por Curing, sobre los límites de la consideración mecánica del Universo, por Hertling; La eternidad del mundo, por R. Balliss; Filosofía y Ciencia por K. Diebrich; Kant y Darwin, por F. Schultze;

Los progresos del darwinismo, por J. W. Spengel; Haeckellogonia, por F. Michelis; Apuntes para la kosmogonía, por R. Kayser; Sobre la ley de la evolucion en el campo ético-psíquico, por E. L. Fischer; Hombre y animal, por J. Wieser; Instinto y voluntad libre, por F. Kórner; Creacion, mundo y hombre, por J. C. Leuchs.

Obras de verdadera significacion sistemática, no son numerosas, como ya se dijo al principio. Antes se habia hablado ya de la concordancia, en la filosofía de Hartmann, entre Hegel, Schopenhauer y Schelling; hoy vuelve á tratar de ella L. Noiré, en sus escritos: El pensamiento monista, y Bases de una filosofía contemporánea; pero más lo hace en estilo aforístico que sistemático. Se ha publicado el segundo tomo de la obra de C. Góring Sistema de filosofía crítica, y así mismo, el segundo de la obra de W. Rosenkrantz: Teoría de los principios, donde especialmente se ocupa de los relativos á las ciencias naturales. G. Biedermann ha dado á luz una obra de estension llamada Filosofía de la Naturaleza. Tenemos la traduccion de los primeros principios de H. Spencer, hecha por Niemann; de los principios de filosofía por Hartsen, la primera parte; por último, el segundo tomo del Osiris de Radenhausen, en un sentido completamente racionalista y científico. Obras psicológicas, lógicas y tocantes á la religion, se han publicado las siguientes: Apuntes de psicología como ciencia de especulacion y de esperiencia, por K. Fortlage; Las Cartas psicológicas, de F. E. Erdmann, 5.<sup>a</sup> edicion; El sueño, por Hildebrandt; Las fantasías del sueño, observaciones psicológicas, por J. Volket; El momento, apriorístico é ideal en la ciencia, por M. Katzemberger; Silogismo é induccion, por C. Fliedner; La reforma de la lógica, por F. Harms; Investigaciones metafísicas, por A. L. Kym; El alma ó el sér espiritual, por W. Ulrich; Verdad y Apariencia, por W. Fórster; Tiempo y Espacio, Unidad y pluralidad; ¿Podemos saber algo de Dios? por Schmitz Dumont; Cultura y Religion, por H. Delff; La vida sin Dios, por J. Duboc; Dioses, Diosillos y Dios, por S. Hadrian; La cognoscibilidad de Dios en la filosofía y en la religion, por K. Schramm; Idea de Dios, por Ch. Schickh; La filosofía alemana de la religion y su importancia para la teología, por O. Pfleiderer; Círculo ideal de la vida en la naturaleza y en la revelacion, por A. Riedel; La duracion despues de la muerte (2.<sup>a</sup> edicion), por M. Meyr; Dios y las Ciencias naturales, Error y Verdad, por A. von Hartmann.

En el campo de la estética no existen tampoco obras innovadoras ó de gran estension, y solo tenemos alguna que otra monografía, tales como Bases de una estética segun Schopenhauer, por H. Klee; Escursiones extéticas, por F. Santez; La estética y su filosofía, por E. Plunke; Los elementos de la actividad estética, por B. Grueber; Metafísica de lo Bello, por Werner; El arte en su relacion á la psicología y á las ciencias naturales, por E. Dreher; Naturaleza de la intuicion estética, por H. Siebeck.

(Bl. f. t. Unt.)

RUDOLF GOTTSCHALL.

Madrid, 30 de Marzo de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23

# ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

## 15 FEBRERO

	<u>Páginas.</u>
I. Ni una seña.—Novela.— <i>Mrs. Cashel Hoey.</i>	5
II. La originalidad y el plágio.— <i>Juan Valera.</i>	27
III. Un corazón de hielo.—Poesía.— <i>M. de la Revilla.</i>	53
IV. Weimar y sus glorias.— <i>Juan Fastenrath.</i>	54
V. De la conservación de la energía en el mundo material.—II.— <i>José Echegaray.</i>	80
VI. La filosofía pesimista.—El sistema de Hartmann.	93
VII. Mi noche buena.—Poesía.— <i>Manuel del Palacio.</i>	113
VIII. Wagner y su Rienzi en nuestro teatro.— <i>J. Estéban Gomez.</i>	114
IX. Crónica del Ateneo.— <i>Rafael Montoro.</i>	121
X. Bibliografía militar.— <i>Arturo Cotarelo.</i>	131

## 29 FEBRERO

I. Ni una seña.—Novela.— <i>Mrs. Cashel Hoey.</i>	133
II. Relámpagos.—Poesía.— <i>Manuel del Palacio.</i>	163
III. La armada veneciana en el siglo XVI.— <i>J. K. Laughton.</i>	164
IV. La filosofía pesimista.—El sistema de Hartmann.	189
V. Confines entre los reinos animal y vegetal.— <i>T. H. Huxley.</i>	210
VI. España y la libertad.—Obra póstuma del conde de Montalembert.— <i>Gabriel Rodríguez.</i>	233
VII. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla.</i>	249
VIII. Crónica de la literatura alemana.— <i>J. del Perrojo.</i>	255

## 15 MARZO

I. Ni una seña.—Novela (conclusion).— <i>Mrs. Cashel Hoey.</i>	261
II. Los principios liberales en Inglaterra.— <i>G. C. Broodrich.</i>	280
III. Los suspiros.—Poesía.— <i>A. Salazar Aguado.</i>	293

	<u>Páginas.</u>
IV. Retrato de Mirabeau.— <i>Francisco Cañamaque.</i>	294
V. Demonolatría, danza del diablo y posesion demoniaca.— <i>Robert Charles Caldwell.</i>	302
VI. Poesía de Lord Byron.— <i>E. Godinez.</i>	313
VII. España y la libertad.—Obra póstuma del conde de Montalembert.— <i>Gabriel Rodríguez.</i>	315
VIII. La psicología fisiológica en Alemania.— <i>James Sully.</i>	329
IX. El crítico, teólogo y poeta J. G. Herder.— <i>Juan Fastenrath.</i>	358
X. Correspondencia literaria de París.—Últimas novedades teatrales.—Dumas.—Augier.—Gondinet.—Novelas.—Última obra de Taine.—Nuevas revistas.—MM. Patin y Didot.—Recepcion de J. Lemoinne en la Academia.— <i>Charles Bigot.</i>	376
XI. Revista crítica.—Ateneo.—Obras nuevas.—Teatros.— <i>M. de la Revilla.</i>	383

### 30 MARZO

I. Los cabellos de oro.— <i>Mauricio Hartmann.</i>	389
II. ¡Alas! ¡alas!—Poesía.—Imitacion de Rucker.— <i>A. Sellen.</i>	404
III. La literatura contemporánea en la América meridional y sus relaciones con la española.— <i>Patricio de la Escosura.</i>	405
IV. Las costumbres romanas en los primeros siglos del imperio.— <i>H. Baudrillart.</i>	426
V. Los dos infinitos.—Poema.— <i>R. Blanco Asenjo.</i>	441
VI. Vida y hechos de Francisco Deak.— <i>Karl Bluid.</i>	447
VII. ¿Se halla en decadencia el teatro español?— <i>José Alcalá Galiano.</i>	467
VIII. Morendo.—Poesía.— <i>Manuel del Palacio.</i>	494
IX. Correspondencia de Alemania.— <i>Juan Fastenrath.</i>	495
X. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla.</i>	505
XI. Bibliografía filosófica de Alemania en 1875.— <i>R. Gottschall.</i>	512

FIN DEL TOMO SEGUNDO.